

«The Sphinx must solve her own riddle.  
If the whole history is in one man,  
it is all to be explained from individual experience.»

R. W. EMERSON, *Essays on History*

«Hay sólo un poder que pueda vencer a la verdad:  
el poder. Hay sólo un poder  
que pueda vencer al poder: la verdad.  
Al final, ambos se ven como derrotados.»

SAMUEL MENASSE, *Uma Vida*

«You arrive, confused, disoriented.  
All you know is, you're looking for your partner.  
All you carry with you is the knowledge  
you've grown to accept as the truth.  
But you're about to discover  
that what the truth is depends  
on what world you're in.»

OBSIDIAN, *An incredibly challenging CD-ROM  
Mystery*, SegaSoft Inc.

«¡Cuidado, luz de mis ojos! Esto es una carta de amor.  
No la leas, pues me despreciarás por la insignificancia de mis palabras, por la comi-  
cidad involuntaria de mis sentimientos. O:  
Te emborrachas, te sirves vino en abundancia —entonces sí que me querrás, cuan-  
do la leas, por la profundidad de mis sentimientos y también por la picardía de mis pala-  
bras.  
¡Bebe! ¡Y sólo después lee cómo te concedo mi amor!»

URIEL DA COSTA, *Carta de despedida*



«No me costaría morir  
si fuera inmortal.  
Así pues me lamentaré y gritaré  
cuando prendan la hoguera.  
Cómo voy a poder resignarme  
cuando sé todo lo que se  
ha quedado en el tintero  
¡para siempre!»

EPHRAIM BUENO, *Diario do inferno*

«También tengo la extraña ocurrencia de que quiero contar todo eso a mis nietos. Pese a que ni siquiera tengo la intención de tener hijos. Pero está dentro de mí. Como me lo contó mi tía. Es ya muy mayor y podría ser mi abuela. Así que lo contaré, y a mis nietos les parecerá igual de lejano y de inconcebible. Todas las historias que me cuentan son siempre sólo pequeños fragmentos. Tratan de un día del que se oye decir diez veces que es algo que la conmovió de una manera muy particular. Ahora precisamente es mucho, porque es algo que experimenta uno mismo. Pero será exactamente así: sólo perdurarán un par de cosas... Y siempre así, no sé

Guardo recortes de periódicos... Algún día me los leeré, veré cómo fue.»

ANJA, 23 años, en *Conversaciones en Viena*,  
Videofilm de J. Holzhausen, Viena 1999

«que Baruch, el que nunca  
llora,  
talle en torno a ti  
la esquinada, incomprendida,  
lágrima que ve  
como es  
debido»

PAUL CELAN



*Le prenderán fuego a la casa. Nos abrasaremos. Si salimos, nos matarán a palos.*

Vio brillar las antorchas delante de los postigos y oyó fuera el alboroto de la muchedumbre que cantaba y gritaba encolerizada.

Era un cortejo fúnebre. El mayor cortejo fúnebre que jamás había recorrido las calles de la pequeña ciudad de Vila dos Começos, y también el más insólito: un cortejo fúnebre en el que nadie estaba triste.

Dos caballos negros, enjaezados con rosetas moradas, tiraban de un coche fúnebre en el que yacía un ataúd tan diminuto que parecía hecho para un recién nacido. Detrás, portando en alto un crucifijo que sostenía con ambas manos, desfilaba João de Almeida, el cardenal de Évora, de púrpura y con birrete rojo, y con la capa magna orlada de armiño echada sobre los hombros cuya cola llevaban cuatro canónigos ataviados con sotanas moradas. Le seguían los párrocos de Vila dos Começos y de las parroquias circundantes, que vestían negras sotanas, blancas albas y estolas de color morado. Los nobles, de terciopelo púrpura y con anchos cintos de piel, iban con la espada desenvainada y con la punta mirando hacia el suelo. Los representantes del Ayuntamiento y de la burguesía, todos de negro riguroso y tocados con grandes sombreros del mismo color, llevaban antorchas cuyo humo dibujaba un crespón alrededor del sol.

Toda esta pompa, propia de un entierro de Estado, no podía ocultar la rabia, el odio y la sed de sangre que flotaban en el ambiente. Casi todo

Começos se hallaba presente en este cortejo fúnebre que acompañaba a un gato hasta su última morada. La gente no murmuraba oraciones, sino maldiciones. No juntaba las manos para orar, sino que sacudía los puños. Los rostros arbolados, no por efecto del sol sino por el Bagaço de alta graduación, tampoco mostraban signos de tristeza sino ansias asesinas de saqueo y de pillaje.

El clero cantaba el martirio de Jesucristo, pero al pasar por delante de algunas casas determinadas sus cantos quedaban ahogados por la multitud, que gritaba a los portadores de las antorchas:

—¡Arrojad vuestras antorchas sobre ese tejado!

El cortejo entró en la Rua de la Consolação. En el diminuto ataúd yacía una gatita negra que tenía un antifaz de manchas blancas alrededor de los ojos y que apenas había alcanzado a cumplir ocho o nueve meses.

—¡Venga, arrojad vuestras antorchas sobre ese tejado!

Era la casa de los Soeiros.

Antonia Soeira era una de las pocas personas que no se encontraba en la calle. Estaba junto a sus hijos, Estrela y Manoel, atisbando cautelosamente a través de las rendijas de los postigos. Cuando el alboroto se volvió más amenazador, atrajo a sus hijos al interior de la estancia y dijo:

—Estos locos van a acabar divinizando al gato. ¡Que se coma a la paloma cuando suba al cielo de los católicos!

El motivo de la enorme excitación que se había adueñado de todo Começos y de sus alrededores era que la gata había sido crucificada. La encontraron delante de la Casa da Misericordia sujeta a una cruz por pesados clavos de hierro. Desde el primer momento, los hombres de la Iglesia tuvieron claro que un entierro con mucho aparato, que devolviera su dignidad a la crucifixión, contribuiría a que la población, solidaria y fanática, se sintiera obligada a luchar contra herejes y paganos —hacia ahora dos semanas que la Inquisición había hecho su aparición en Começos.

Los cantos y el griterío se alejaron y el chico se quedó parado en medio de la estancia, con el impulso de salir huyendo tan deprisa y tan lejos como pudiera, pero completamente paralizado. Antes de que su madre lo apartara de la ventana pudo ver el ataúd, el diminuto ataúd, y pensó por primera vez que nunca volvería a ver a su padre. Su padre había sido uno de los primeros que el Santo Oficio había apresado.

Sobre el ataúd, tirado por caballos negros como la noche, caía una luz cobriza, como si la puesta de sol inflamara la púrpura del cardenal. Una última puesta de sol, el fin de un mundo.

Manoel siempre tenía que estar de vuelta a casa antes de la puesta del sol cuando salía a la calle a jugar con sus amigos. En eso su padre era inflexible: siempre antes de la puesta del sol. Pobre de él si llegaba después. ¿Por qué? Nunca se lo explicaron, y cuando lo entendió, era demasiado tarde.

Su padre era un hombre corpulento, carente de toda elegancia, que siempre vestía con mucho esmero pero sin ningún estilo. Tenía en una de las mejillas una cicatriz en forma de media luna que repugnaba y asustaba a Manoel. El padre siempre se crecía ante sus hijos cuando los reprendía. Hablaba en voz baja, casi ronca, apenas inteligible. Por las noches, leía en silencio un libro sobre el que se quedaba amodorrado. Manoel tenía la obligación de llamarle Señor, pero a él no le parecía un señor, sino más bien un mal actor representando ese papel. Bajaba la mirada en su presencia, por miedo, pero también por desprecio: era incapaz de mirarle a la cara.

Sin embargo, lo que le horrorizaba ahora era la idea de no volver a ver a su padre. Aún podía oírse en la lejanía el rumor del cortejo y a Manoel le resonaban los latidos de su corazón incluso en la cabeza, tan acelerados y frenéticos que parecía que tratara desesperadamente de seguir de algún modo el compás de los tambores y el ritmo de los gritos. Pero ya no había acompañamiento posible. Nos matarán a todos.

Entonces oyó que su madre hablaba con Estrela. Hablaban con voz queda, pero sus voces sonaban insólitamente frías y objetivas. Aunque Estrela era sólo cuatro años mayor que Mané, que tenía ocho, era ya una pequeña adulta, el fiel retrato, cuando no la copia, de su madre. Tenía la carita pequeña y relativamente puntiaguda, con los rasgos duros y contenidos y el cuerpo redondo, que, tal vez debido a la expresión de la cara, no daba una impresión de morbidez sino de rebosar de una energía indomable, fuerte, con todos los músculos que se adivinaban dos o tres veces más abultados bajo los refajos negros. Hablaban sobre las medidas de seguridad que iban a tener que adoptar y de que no iba a ser posible huir antes de que el padre regresara a casa. Hablaban de un regreso, como si sólo se hubiera ido de viaje. A Manoel le irritaba esta conversación. Cu-

riosamente, se sentía avergonzado, como si su madre y su hermana se comportaran de un modo grotesco e impropio que las pusiera en ridículo ante todo el mundo.

—Y además tenemos el problema... —iba diciendo Estrela.

Se interrumpió al ver los ojos de Mané fijos en los rostros de las dos mujeres, que le devolvieron la mirada en silencio. En ese momento se vio a sí mismo a través de los ojos de ambas y tuvo la sensación de estar viendo algo que no debería haber visto. Su miedo, pero también su resignación: algo que le pareció tan inútil y embarazoso como la reacción de su madre y de Estrela. Si algo había aprendido hasta el momento, era lo siguiente: que había que adaptarse al juego, cumplir con el papel que a cada cual le había tocado. No lo tenía muy claro, pero le resultaba evidente: la gente de ahí fuera no podía hacer otra cosa, tenía que hacer lo que estaba haciendo. Y lo único que él podía hacer era aceptarlo. No había sabido evaluar las consecuencias de lo que había hecho, y eso a sabiendas de que las tendría. Tenía que asumirlas. Otra cosa sólo serviría para aumentar la ira de la multitud y el horror.

El miedo apenas le dejaba respirar, pero, por extremo que fuera, sólo era el miedo de un niño ante un castigo que debería haber esperado.

Él ya sabía que iba a producirse un escándalo y eso era lo que se había propuesto. Provocar un escándalo que resultara inolvidable, en consonancia con todas las pequeñas maldades, que tan pequeñas tampoco habían sido, pero que ahora, en cualquier caso, estaban olvidadas o se explicaban con esa estúpida indulgencia de los ancianos. Con sonrisas, con carcajadas quizás, y con palmadas en los muslos, todo perdonado y olvidado, en nombre del recuerdo.

Se había preparado para ello. Había intentado representarse cómo iban a reaccionar unos y otros. Había estado dispuesto a asumirlo todo, a sufrir las consecuencias de este espectáculo que él mismo había montado, que quería presenciar a toda costa, y cuando por fin sucedió, tal como él había previsto, todo resultó mucho más amenazador que cuanto había podido imaginar. Había esperado estupor, y después gritos, pero no este silencio ni estos gritos. Era natural que reaccionaran de forma rabiosa y agresiva. Pensó que podría protegerse contra eso, pero ¿contra esa rabia, contra esas muestras de agresividad tan unánimes? No,

lo había madurado todo con sumo cuidado, pero no había sido consciente de lo que estaba haciendo.

La celebración del vigésimo quinto aniversario del bachillerato. Viktor nunca había asistido con anterioridad a ninguna de las reuniones de sus compañeros de colegio y, si recordaba bien, hacía más de veinte años que no había vuelto a recibir ninguna invitación. Tal vez porque se habían hecho a la idea de que no iba a acudir, o tal vez porque no habían vuelto a reunirse, pues a la primera convocatoria apenas asistieron unos pocos. Su clase nunca había constituido «una unidad de destino», ideal expresado entonces por sus educadores. Tras haber aprobado los exámenes de bachillerato, recogieron sus diplomas y se separaron sin más, alegrándose fríamente de no tener que volver a verse. Su clase también había sido la primera en romper la tradición del viaje de fin de curso, que solía consistir en volar a Atenas con el tutor y el profesor de griego para visitar la Acrópolis, hacerse la última foto de la clase delante del Partenón y coger la primera curda de Ouzo o de vino de resina. Fue la primera promoción que manifestó a las claras y sin discusión posible «su total falta de interés en llevar a cabo un viaje de fin de curso de semejantes características».

Ahora, veinticinco años después, estaban todos reunidos en un salón privado del Goldenen Kalb, un restaurante situado a cinco minutos de su antiguo colegio, al completo. Desbordantes de curiosidad y de sentimentalismo, formaban ante la larga mesa donde se alineaban las copas de aperitivo, de vino blanco y tinto, a la espera de que comenzase una celebración que debería durar exactamente veinticinco minutos, aunque en realidad iba a durar toda la noche, hasta el amanecer, cosas ambas que por el momento nadie podía prever.

¡Cuántos signos de exclamación detrás de cada frase! ¡¡Veinticinco años!! ¡¡Un cuarto de siglo!! Viktor esperaba encontrar a hombres calvos y gordos y a matronas fondonas, pero la mayoría se conservaba en buena forma física, de lo que se mostraban encantados, con lo que no paraban de hacerse cumplidos mutuos y de recibir satisfechos las palabras de aprobación. En realidad, el único cuyo cuero cabelludo clareaba y cuyo cuerpo empezaba claramente a perder sus contornos era Viktor. En todos los rostros brillaba una sonrisa, pero el ambiente se notaba tenso. ¿Deberían comportarse nuevamente como los bachilleres de antaño, re-

presentando sus antiguos papeles, asumidos por decisión propia o adjudicados, o limitarse a mostrar en qué se habían convertido y cómo, y lo lejos que habían llegado? Viktor era incapaz de decidir si todas esas personas adultas y probas se comportaban de forma pueril o si eran personas pueriles que se comportaban de forma adulta y proba, a medida que los que iban llegando eran recibidos con ruidosas muestras de alegría. También le sorprendió que no sólo hubiera acudido a la fiesta el director de la escuela, sino que lo hubieran hecho muchos de los profesores de antaño. No sólo porque le costaba creer que se acordaran realmente de sus alumnos al cabo de veinticinco años, sino porque le asombraba que aún siguieran vivos. Le desconcertaban las emociones que le embargaban al contemplarlos. Por ejemplo, su antigua profesora de matemáticas, la señora Rehak, a la que tanto había odiado y temido, y a la que todos llamaban «la víbora enana», se había convertido ahora en una encantadora anciana, despierta y curiosa, capaz de llamar a todos por su nombre. O la señora Schneider, la profesora de gimnasia de las chicas, con la que obviamente no había tenido trato alguno, pero recordaba que le había pegado una bofetada a Hildegund por el mero hecho de haber acudido al colegio en pantalones. Ahora parecía una abuelita moderna de anuncio, como a uno le gustaría que fuera la propia abuela, que organiza excursiones en bicicleta con sus nietos y les compra los vaqueros de marca que sus padres no están dispuestos a comprar porque son demasiado caros. El profesor de latín, el señor Spazierer: su rostro congestionado y alegre era la viva imagen de una sensualidad que sólo desaparecería con la muerte. ¡Cuánto le había odiado Viktor, cuando en un examen final le hizo con toda la intención y muy mala idea unas preguntas difíciles, con lo que suspendió y tuvo que pasarse el verano estudiando para aprobar en septiembre! En aquella ocasión, el profesor Spazierer le dijo:

—¡A ver si te enteras, si quieres aprobar el bachillerato de letras, de que humanismo nada tiene que ver con humanitario! ¡Siéntate!

Se sentaron a la mesa.

Catorce chicos y ocho chicas. ¡Con qué naturalidad volvían a llamarse chicos y chicas estos hombres y mujeres hechos y derechos! Siete antiguos profesores y el director de la escuela, treinta personas en total, que observaban un poco tensos cómo el camarero, de negro, y sus dos ayudantes, con chaquetillas blancas, servían los aperitivos. A la mayoría

le pareció bien el Prosecco; sólo Eduard pidió un zumo de naranja natural, Thomas un Kir Royal e Hildegund un Campari, que hubo que ir a buscar especialmente. La tensión ambiental subió cuando nadie se atrevió a levantar su copa y a beber antes de que estos tres vieran cumplidos sus deseos. Viktor vio que el señor Preuss, el director del colegio, paseaba nerviosamente los dedos índice y pulgar por su copa, dispuesto a lanzar el brindis que tenía preparado y que marcaría el comienzo oficial de la velada. El resto era silencio, espera, cruces de miradas irónicas, como si de repente fueran a oír el sonido de un gong que daría paso a un estallido de alegría sin límites.

Por fin llegó el momento. El director se levantó, carraspeó y rompió a hablar. Viktor se sintió incómodo al ver lo inseguro y amanerado que resultaba este hombre que con tanta naturalidad había sido capaz de atemorizarlos cuando aún eran unos adolescentes. Que se sentía orgulloso, decía, y que se alegraba mucho y que quería agradecer al portavoz de la clase de antaño, el maestro Fritsch, su iniciativa de convocar esta reunión, clara manifestación de los vínculos satisfactorios que unían a los aquí presentes con su antiguo colegio, y que se sentía orgulloso y que esperaba y que deseaba y que agradecía a todos, y que muchas gracias, muchas gracias.

Todos golpearon la mesa con los nudillos en señal de aprobación, como cuando eran estudiantes, y el director Preuss elevó nuevamente las manos en señal de agradecimiento y para reclamar un momento de silencio porque aún quería añadir algo más.

El único imponderable en el plan de Viktor estribaba en cómo iba a conseguir crear la situación que le permitiera ponerlo en práctica. Prefería esperar un poco y, más tarde, cuando todos hubieran bebido bastante, golpear su copa con el cuchillo y solicitar la atención de la concurrencia, como si él también se dispusiera a hacer un brindis. Pero la idea que se le ocurrió al director Preuss lo simplificó y aceleró todo de un modo imprevisto. Se permitía sugerir, dijo el director Preuss, que todos los antiguos alumnos, las damas y los caballeros aquí presentes, fueran describiendo sucesivamente, «con cuatro trazos toscos, quiero decir, a grandes rasgos», el itinerario que cada cual había recorrido desde que terminara el bachillerato. Y así, todos, y no sólo sus compañeros de mesa más próximos, se enterarían, por lo menos a grandes rasgos, de lo más

destacado de todos los demás. Le parecía que este sistema satisfaría la curiosidad de todos y facilitaría la comunicación entre ellos. Miró a su alrededor y, cuando comprobó que algunos de los profesores aprobaban su idea con exclamaciones, propuso comenzar por el final de la mesa y seguir luego conforme el lugar que ocupaban en ella, «así que ruego al doctor Horak, sí, por favor, doctor Horak, comience, doctor, adelante».

Mi nombre es Turek, dijo el afectado, Eduard Turek, y soy diplomado mercantil. Había estudiado Comercio, prosiguió. Al otro lado de la mesa alguien gritó: «¡Más alto, más alto!», y Eduard se levantó y comenzó de nuevo: «Bueno, me diplomé en Comercio y...». De repente Viktor se puso tenso. Según el lugar que ocupaba en la mesa, le tocaría ser el tercero en hablar, y si le cedía el turno a María, que se sentaba enfrente de él, como sería «lo normal», sería el cuarto. No había esperado que se le presentara tan pronto la oportunidad de asestar el golpe, y ahora revolvía nervioso en los bolsillos de su americana buscando, en el derecho, en el izquierdo, las notas que había preparado —¿las había dejado olvidadas?—. Las palabras de Eduard le zumbaban en los oídos con tanta fuerza que le resultaban dolorosas, y cuando oía frases como «ahora tengo a doscientos empleados a mi cargo», le costaba reprimir un suspiro, pero ahora ya estaba hablando Wolfrang, que, por descontado, ejercía de abogado, una vez asumida la sucesión de su padre en el bufete, y seguía vinculado a la asociación de estudiantes, por descontado en calidad de «veterano caballero», en la «Bajuvaria» y no en la «Toscana», que era lo que se estilaba actualmente entre los compañeros, palabras que fueron acogidas con algunas risas.

Todos volvieron la vista hacia Viktor, que, galantemente, señaló a María y, mientras ella le decía entre susurros: «no, no, habla tú primero», notó la hojita de papel en el bolsillo interior de la pechera de la americana. Viktor se puso en pie, de pronto; una gran frialdad se apoderó de él y le embargó una repentina sensación de gozo por estar allí mientras recorría lentamente a la concurrencia con la mirada, contemplando las caras de aquellos desconocidos tan conocidos, que le miraban amablemente, expectantes, aunque nadie, por supuesto, esperara que hubiera hecho una carrera tan brillante como la mayoría de los demás.

—Después del bachillerato, estudié Historia —dijo finalmente—, Historia y Filosofía.

Percibió que ahora lo único que a todos interesaba era saber si sólo se había licenciado o había conseguido acabar el doctorado, si se dedicaba a la enseñanza o a la investigación, si estaba casado y cuántos hijos tenía.

—El estudio de la Historia —prosiguió— no es sino ocuparse de los hechos que han condicionado el desarrollo de nuestras propias vidas.

Fue perfectamente consciente de que esta frase le había salido un poco forzada, así que introdujo una breve pausa, sacó la hoja de papel del bolsillo superior de su americana y dijo mientras la desdoblaba:

—Se espera ahora de nosotros que contemos aquí nuestras biografías, aun cuando nosotros siempre lo hemos ignorado todo de las biografías de aquellos que fueron nuestros maestros, que nos educaron y que indudablemente nos marcaron de algún modo, quiero decir...

Viktor sudaba y las gafas le resbalaron un poco nariz abajo, las volvió a colocar en su sitio con el dedo mediano. Cuánto le había gustado jugar al fútbol, en fin, le habría gustado. Pero como tenía que llevar gafas...

—Creo que para comprender en qué se ha convertido un hombre puede valer la pena, puede resultar esclarecedor, plantearse: ¿quiénes fueron sus maestros? ¿Quiénes eran, a grandes rasgos, como ha dicho el director Preuss, nuestros profesores?

Volvió la mirada hacia el otro extremo de la mesa, hacia los viejos profesores que sonreían. ¿Esperaban que dijera algo jocoso entre tanta solemnidad? ¿Esperaban, veinticinco años después, las bromas mezquinas y ya trasnochadas de la revista estudiantil, en la que nadie había querido colaborar entonces? Viktor tragó saliva, bajó la mirada hacia sus notas y dijo:

—Profesor Josef Berger, miembro del NSDAP, afiliado número 7 081 217. Profesor Eugen Buzek, miembro del NSDAP, afiliado número 1 010 912. Profesor Alfred Daim, miembro del NSDAP, afiliado número 5 210 619. Profesora Adelheid Fischer, alto mando de la BDM, dirigente de la agrupación de juventudes femeninas en Viena desde 1939; la agrupación abarcaba cinco secciones compuestas de cuatro subgrupos de muchachas, y cada subgrupo se componía de tres grupos de quince chicas. Lo que significa que tenía bajo su mando a unas mil muchachas vienesas y...

Tal era el estupor imperante que aún pudo leer dos nombres y sus respectivos números de afiliados al NSDAP sin que nadie moviera un

músculo o dijera esta boca es mía. Por último, habló del profesor Karl Neidhart: «Un caso interesante por cierto; al comenzar la guerra aprendió inglés, el idioma del enemigo. ¿Por qué estudia inglés un nazi convencido y alemán de pro? Justamente por eso. Porque era un nazi particularmente convencido. Los nazis necesitaban gente de especial confianza para interceptar al enemigo y ésta es la misión que se le encomendó al profesor Neidhart, a partir de agosto de 1943, y con rango de teniente, en la central del servicio de seguridad del Reich. Tal vez alguno de vosotros recuerde cómo él, nuestro profesor de inglés, entró en la clase un día del año 1965 para leernos la necrológica del recién fallecido Winston Churchill. Todos los profesores de inglés de Austria tuvieron que hacerlo, por decreto del Ministerio de Educación. Leyó pues ese comunicado en el que se honraba a Churchill por sus méritos en la liberación de Austria, pero aún hoy recuerdo la expresión de su cara, se veía que se estaba conteniendo para no gritar: “¡El cerdo ha muerto!”».

De repente sonó un estallido. ¿Un disparo? ¿Un trueno? Viktor vio que el director Preuss se había levantado y, al parecer, con tanta precipitación que había volcado la silla; también el profesor Spazierer y la profesora Rehak se pusieron en pie.

—¡El cerdo ha muerto! —dijo Viktor. Eso era realmente lo que habría querido gritar. Había llegado asombrosamente lejos, pero ahora tenía claro que sólo le quedaban unos segundos—. Otto Preuss, miembro del NSDAP, afiliado número...

—¡Basta! ¡Se acabó! —gritó el director, con tanta fuerza que su voz tapó cualquier sonido que habría podido producirse en la sala, las palabras siguientes de Viktor, el estrépito de sillas, las primeras frases indignadas de los antiguos profesores y alumnos, los carraspeos y hasta la respiración. En el tenso silencio imperante, dijo otra vez:

—¡Basta! ¿Se ha vuelto loco? —resollaba, tenso, tieso y con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, oscilando sobre las suelas de sus zapatos hacia delante y hacia atrás, buscando las palabras, y finalmente añadió—: No esperará que me quede más tiempo.

Apartó con el pie la silla caída y se precipitó hacia la salida, seguido de los profesores, que abandonaron el comedor con el rostro congestionado y acartonado, sin mirar a derecha ni a izquierda.

De repente, Viktor tuvo que reprimir la risa; allí estaba, aguantándose la risa; sabía que no era el momento de echarse a reír y que resultaría ridículo hacerlo, pero no podía remediarlo, era la expresión de su triunfo y al mismo tiempo el acto reflejo de su miedo, una sensación de pánico incontenible y creciente. Había desatado algo que ya no podía controlar, que iba a anegarle —y eso fue lo que sucedió, mucho peor de lo que habría podido imaginar.

Se sentó, inmóvil en la silla, «tan pálido y tieso como una figura de cera», diría más tarde Hildegund. El director y los profesores habían desaparecido. Nadie era ya capaz de seguir sentado, aparte de Viktor, que se vio rodeado, increpado y empujado por todas partes. Vio rostros que se inclinaban sobre él, bocas que se abrían y cerraban enfurecidas, miradas llenas de odio, todo se mezclaba mientras él se limitaba a seguir sentado. Allí estaban las grandes y negras gafas de Wolfgang, la dura boca de Edi, sintió un golpe en el brazo derecho, vio frases que le gritaban a la cara: «¡No!». Oyó frases y vio los perdigones que le llovían con las palabras, los comentarios enfurecidos que al principio sólo percibía con retraso. «Cabrón. ¿Por qué haces esto? Todos hemos llegado a ser alguien. También se lo tenemos que agradecer a ellos. ¿Qué tienen que ver las matemáticas, el griego, el latín con los nazis? Eres un cabrón frustrado.»

La tímida María («habla tú primero») dijo:

—¡Serás imbécil!

Vio cómo Toni Neuhold se inclinaba hacia él:

—Menudo idiota vanidoso estás tú hecho... Tú, el seguidor hoy eres tú... Precisamente tú pretendes reprochar a los demás que...

—¿Qué has hecho en todos estos años? ¿Revolcarte en la mierda? ¡Mofeta! —repitió Karl Cerha, precisamente él, que se había ganado el apodo o el mote de «mofeta» por mojar siempre la cama.

Viktor vio cómo, por detrás de Neuhold, el menudo Feldstein intentaba abrirse paso, con la cabeza gacha, sin mirarle, y se dirigía a la puerta —ahora ya no entendía nada—. Todos salían en defensa de los profesores. ¿Por qué? Y: ¿por qué también Feldstein?

¿Cuánto duró todo? Unos le insultaron y se marcharon, otros se fueron sin entretenerse demasiado en insultarle; sólo le trataron, al pasar, de «imbécil», de «capullo» o de «cabrón». Al cabo de unos minutos todo había terminado. ¿Por qué? ¿Porque la velada había sido una estafa? ¿O

porque su educación había sido arrastrada por el fango? ¿O porque todos esos herederos de bufetes de abogado arianizados y de consultas médicas arianizadas tenían la impresión de que sus orígenes habían sido mancillados y sus capacidades cuestionadas? ¿Pero todos? ¿Por qué era tan unánime el odio? Viktor trató de levantarse, pero volvió a caer sentado en la silla. Miró a su alrededor. La sala estaba vacía, no había nadie. Pero no. Apoyada contra la pared, detrás de él, al lado de la pesada cortina de color rosa con un estampado de rosas de color más oscuro, estaba Hildegund, y sonreía. Volvió a mirar a su alrededor y, en efecto, sólo quedaban Hildegund y él, no había nadie más. En ese momento, treinta platos de sopa hicieron su aparición.

De golpe, se abrió la puerta y entraron el maître y los dos camareros, portando grandes bandejas que sostenían con mucho arte. Al ver el comedor vacío —sólo había un hombre sentado a la mesa y una mujer apoyada contra la pared—, se detuvieron, vacilantes, con lo que poco faltó para que las bandejas con las sopas acabaran rodando por los suelos.

—Pero ¿dónde, dónde están los comensales?

—Se han marchado.

—¿Cómo que se han marchado? Pero... Si hemos... Encargaron treinta menús. Y el vino. Tienen que... ¿Quién va a pagar esto?

—¿Quién hizo la reserva? ¿Quién lo encargó todo?

—Hay que... Puedo comprobarlo ahora mismo. Vamos a ver.

El maître depositó su bandeja encima de la mesa y salió, mientras los dos ayudantes, con las suyas en las manos, aguardaban, inseguros, sin saber qué hacer. Viktor miró a Hildegund, que se acercó y se sentó enfrente de él. Fue un momento crucial, preludio de una imprevista pequeña eternidad. Si en ese momento Hildegund no se hubiera sentado enfrente de Viktor, la historia habría terminado aquí. El maître volvió y leyó lo que ponía en una nota:

—Un tal director Preuss del Instituto de Enseñanza...

—Pues eso —dijo Hildegund—, si lo ha encargado él, él también lo pagará. Sirva la comida y envíe la cuenta al Instituto. Sirva los treinta menús —prosiguió y sonrió a Viktor—, porque sólo se pagará lo que se haya servido, como es natural.

Tres camareros atendieron a una pareja de comensales que ocupaba una larga mesa y sirvieron treinta sopas que luego retiraron, treinta ra-

ciones de carne con sus clásicas guarniciones, treinta sorbetes con fresas silvestres.

—¿Desean tomar algún digestivo? ¿Quizás un aguardiente de aceros? ¡Especialmente recomendable!

—Sí, por favor. ¡Sirva treinta!

Hildegund daba mucha importancia a que Viktor la llamara Hildegund. En el instituto quería que la llamaran Hilli; más tarde, en la universidad, le pareció demasiado pueril y se hizo llamar Gundl. Pero ahora era Hildegund. Exclusivamente Hildegund.

—No puedo, no me sale. Suena tan... quiero decir, siempre te he llamado Hilli. Hildegund suena tan... germánico. Ario.

—Eres realmente un cabrón.

—¡Pero si tú misma decías que no te gustaba tu nombre! Seguro que tus padres eran... quiero decir, ¿qué hacían tus padres antes?

—¿Qué hacían mis padres antes? Pues vivir. En su momento. Ahora han muerto. Y mi nombre es Hildegund.

El niño tiene muchos nombres.

Manoel Dias Soeiro —un respetable nombre portugués—. Manoel, como ese rey de Portugal que persiguió con especial crueldad a los judíos y les impuso el bautismo. El nombre de pila masculino predilecto de las viejas familias cristianas del país. Bautizar a un niño cuyos padres eran judíos clandestinos con ese nombre era una señal casi demasiado manifiesta de asimilación, quizás también un intento de conjurar el peligro en nombre del peligro. Al mismo tiempo, en este nombre, o detrás de él, se escondía un antiguo nombre judío, el auténtico, el que se quería decir en realidad, el que sólo se pronunciaba en los círculos más íntimos de la familia: no Immanuel, del que derivaba Manoel, que ya se había emancipado del todo de esta raíz y que se había convertido en un nombre de pila absolutamente cristiano, sino Samuel, el último juez de Israel según el Antiguo Testamento, el vidente y el profeta. Dicho en voz tan queda, tan fugazmente, que cualquiera que lo oyera, un testigo casual, a menudo el mismo niño, entendía Moel, un Manoel pronunciado con dejadez.

El niño tiene muchos nombres, no sólo el de la aniquilación y de la esperada redención. En las caricias de los padres y en los juegos con otros

niños se amalgamaron en Mané, un nombre ambiguo, ya que Mané significa en portugués coloquial algo así como bobo, ingenuo —¿y qué niño no lo es?—. Pero ¿puede serlo un niño sometido a la doble carga de su nombre público y clandestino?

El niño tiene muchos nombres. En Mané ya se intuía el nombre que este niño recibiría más tarde, en Amsterdam, en la libertad, cuando los marranos huidos se despojaron de sus nombres falsos y los pudieron suplir por nombres abiertamente judíos: Manasseh.

Con este nombre alcanzaría finalmente la fama, como escritor e intelectual, como rabino y diplomático. Pero a pesar de la relevancia pública que acabaría adquiriendo este nombre, en tanto que nombre de un hombre libre y colmado por el éxito, un nombre que no tenía por qué tener ya otro significado más que aquel que su portador pudiera darle, en su fuero interno escucharía siempre Manoel, Samuel y Mané como el eco de un tiempo ya muy remoto, pero también como el eco de la fama alcanzada. Manoel el asimilado, Samuel el profeta y Mané el ingenuo.

Antes de ser rabino fue antisemita. Eso fue entonces, cuando Mané jugaba a hidalgos con los niños de su calle. *Hidalgos*. Ése era el mundo que conocía. Todo era ideal y no obstante estaba al alcance de cualquiera. Un sencillo sistema de reglas pero siempre lleno de nuevas aventuras y de solemnidad. Y él admiraba a Fernando, un chico algo mayor, que siempre sabía alguna cosa que los demás no sabían y que al mismo tiempo era el más fuerte de todos ellos. El cabecilla nato.

En presencia de Fernando, sentía que el respeto, incluso el miedo, podían resultar placenteros, no como en casa. Los pies de Fernando: dedos largos y delgados, pero fuertes, con uñas lisas y duras como las de unas manos bonitas. No aquella masa rechoncha y blanda que eran sus propios dedos de los pies, que siempre tropezaban con algo al andar y siempre se lastimaban.

Cuando se peleaban, sólo hacía como que se defendía, no porque no tuviera probabilidades de ganarle, sino porque con su resistencia quería poner a prueba y saborear la fuerza con la que Fernando le vencía. Tendido en el suelo, con la rodilla de Fernando que le clavaba el cuerpo contra el suelo, admiraba las fuertes venas azules que tan claramente se dibujaban en la parte interna de sus brazos.

Cuando estaba en casa y nadie le observaba, controlaba, tensando los músculos de los brazos, si por fin aparecían las venas azules, pero era como intentar ver la leche a través del fondo de una vasija.

La excitada premura con la que se rendía ante Fernando le convertía en su vasallo, pero, como tal, ¿no formaba parte de esa fuerza noble y siempre vencedora? Fernando, el hijo del carpintero, encarnaba para él el ideal del hidalgo. Llevaba la vara de nogal con la misma elegancia que una daga, se movía descalzo como si calzara botas del cuero más fino y sus músculos, conseguidos a fuerza de trabajar en el banco de carpintero de su padre, parecían herencia de una lucha secular e ininterrumpida contra los infieles. ¡Qué penoso resultaba en cambio su propio padre, un ferretero, un vendedor de clavos en suma, siempre petulante en su forma de vestir, pero nunca refinado! Y su forma de hablar, con devoción en la tienda, y con mucha firmeza en familia, pero en voz baja, con aspereza, sin elegancia ni claridad. Y siempre tan mezquino.

—¿Eres la escoba de Começos? —le dijo el padre cuando llegó sin resuello—. Traes el polvo de toda la ciudad pegado a la ropa.

Fijó la mirada en el pantalón de su padre, ridículamente limpio pero ordinario, y no dijo nada. Qué deslustrado parecía su padre. No dijo nada. Hizo lo que su padre quería, pero era su enemigo. Pero no el enemigo de la madre. Ella, con tantos refajos, le recordaba de algún modo a la Santa Madre de Dios, María, tal como la representaban en los grandes cuadros que había en la iglesia, en los bordados de las banderas, en las pinturas de los azulejos, con su gran manto protector. Pero el padre...

Cuando jugaba con Fernando olvidaba su propio aspecto, olvidaba que era hijo de su padre, este hombre corpulento que se iba pudriendo poco a poco. Dime por qué, *Senhor*; por una vez: ¿por qué? Pero no, nada. Ninguna explicación. Esto debía ser así y lo otro asá.

¡Cuántas cosas sabía Fernando! Hay que dar por sentado, decía, que prácticamente todos los médicos son judíos clandestinos. Miró a los niños que, sentados en corro, le contemplaban pasmados, apretando con fuerza las rodillas con los brazos, como si buscaran apoyo. Los judíos, decía, siempre se las arreglan para que algún hijo suyo sea médico o boticario, porque así están en situación inmejorable para envenenar al pueblo.

¿Los Souzas también?

Los Souzas también. Casi seguro. Habría que hacer una prueba.

Pero si se los ve todos los domingos en misa y...

Fernando despachó estas objeciones con un amplio gesto de la mano. Eso no significa nada. ¿No conocéis la historia del obispo Fernando de Talavera? Gloria de la Iglesia, consejero del rey y fíjate tú: se descubrió que era un judío clandestino. Él y todos sus parientes fueron a dar con sus huesos en la cárcel; bajo el disfraz de cristiano siempre aparece la mueca del hebreo.

Él no sabía nada de ese obispo. Tampoco sabía dónde estaba Talavera, sólo sabía...

¿Dónde está Paulo de Souza?, gritó Fernando. ¿Busca nuestra compañía? ¿Es uno de los nuestros? ¿Podemos contar con él?

Él sólo sabía que no. Que Paulo no estaba con ellos. Hacía tiempo que ya no se juntaba con la pandilla.

Corrieron a casa de los padres de Paulo. No. Paulo no estaba en casa, pero no tardaría en llegar. La madre de Paulo era una mujer amable. Invitó a los niños a beber algo. Pero Fernando decidió que tenían que irse. Caminaron despacio. Con paso tenso y forzado. Esta insólita manera de andar lo hacía todo más extraño y, con el movimiento, la tensión iba en aumento.

Quería que encontraran a Paulo, quería saber lo que pasaría entonces. Al mismo tiempo, esperaba que no lo encontraran, algo había en el ambiente que le daba miedo, como si fueran a hacer una cosa prohibida o peligrosa, pero: sabía que estaba del lado del vencedor.

Caminaron despacio, con el alma en vilo, al acecho, seis o siete chiquillos dispuestos a enfrentarse a un poder sin Dios que amenazaba al mundo, a un solo chiquillo de su misma edad.

Fueron hasta el cementerio y desde allí al mercado de pescado. Siguiendo recto, se llegaba donde los carboneros y, después, a las murallas de la ciudad. Una vez allí, hicieron un alto, indecisos, pero sin parar de moverse, como animales nerviosos. ¿Hacia dónde tenían que ir? Miraron a Fernando, que de repente exclamó: ¡Allí! Miraron en la dirección que les señalaba y vieron a Paulo de Souza, que se dirigía hacia ellos, cada vez con paso más lento, y que finalmente se detuvo, justo cuando todos se le echaron encima. Le rodearon y él supo de inmediato que éstos no eran los chicos que conocía.

—Dejadme, tengo que ir a casa.

El león de forja dorado que colgaba encima de la puerta de la posada Leão d'Ouro adquirió una tonalidad gris mate, su sombra desapareció azulejos abajo por la fachada del hotel, el sol se ocultó detrás del tejado de la casa de enfrente.

Sabía que lo que tenía que hacer era marcharse corriendo a casa, pero eso ahora era imposible, no podía, estaba casi ciego y sordo de miedo. Se convirtió en una parte blanda que de alguna manera se movía con el grupo, que ahora era un solo cuerpo que se contraía y atacaba, se apretaba y tambaleaba. Era como empujar con los ojos cerrados, unas veces aquí, otras allá, sin saber qué estaba ocurriendo. Oyó cómo Paulo no paraba de repetir que tenía que irse a casa, a casa, dejadme en paz, tengo que ir a casa. Le cortaron el paso, lo empujaron, todos los chicos tan juntos que, al andar, al avanzar, se restregaban, se apretujaban, un cuerpo con muchos brazos que empujaban sin parar. Acorralaron a Paulo en el callejón que conducía al cementerio. Un poco más adelante, podía verse el muro encalado, gris oscuro. Todo estaba silencioso, ni siquiera se oía a Paulo gritar no, no, no, rogar repetidamente que le dejaran marchar, eso podrían imaginárselo más tarde, cuando recordaran este momento. Si lo recordaban.

Dos chicos sujetaron a Paulo por los brazos. Cuando empezó a patallar y a dar coces, otros dos le agarraron las piernas. ¿Sabían los chicos por sí mismos lo que tenían que hacer ahora o fue Fernando quien dio la orden? Fernando dirigió la punta de su *daga* a la bragueta de Paulo, le dio unos ligeros toques, después la agujereó, buscó la abertura entre los botones —pero ¿quién le abrió el pantalón y se lo bajó de un tirón?

Paulo no estaba circuncidado. Le dejaron marchar. Le perdonaron.

Ésta fue la primera *caza de marranos*.

No hay principio. Toda historia empieza con la frase «Lo sucedido hasta ahora» y es una continuación, por mucho que el título rece: «¡Esto no debería volver a suceder!». El 15 de mayo de 1955, el canciller de Austria, el ministro de Asuntos Exteriores austríaco y el ministro de Asuntos Exteriores de las cuatro potencias vencedoras se asomaron al balcón del palacio Belvedere de Viena. El ministro de Asuntos Exteriores austríaco sostenía en alto el documento del recién firmado Tratado internacional y anunció a la muchedumbre expectante: «¡Austria es libre!».

Una explosión de alegría recorrió a la multitud congregada que, con brincos y gritos, y abrazos y pasos de vals, manifestó su júbilo. En medio del gentío desenfrenado, liberado, una embarazada, que se había puesto de parto dos semanas antes de la fecha prevista, cayó al suelo, en ese preciso momento y en ese lugar. ¿Cuántas veces contarían —ella y su marido— esta historia en el transcurso de los años y décadas siguientes? Su miedo, su pánico a perder la criatura —¿y a morir ellos también pisoteados?

No, mi único temor, mi único pensamiento era: el niño, no perder el niño.

Y de repente apareció el hombre de la bata blanca. Que no se puso nervioso. Y ella pensó: un médico. ¡Qué suerte! Un médico. Se tranquilizó. Confió en aquel hombre.

El corro que se formó alrededor de ella —el quirófano—. Ja, ja (el padre de Viktor). Y ¿sabéis quién era ese hombre de la bata blanca? ¿Qué era en realidad?

¿Por qué cuentas eso ahora? Siempre haces lo mismo. Así pierdes toda la gracia. ¡Viktor aún no ha nacido y tú ya has chafado el chiste! (la madre).

El caso es que el supuesto médico ayudó —era el único que no perdió la calma—, se ocupó de que no se rompiera el corro que se había formado alrededor de ella dando instrucciones y órdenes a los que la rodeaban. Este punto de la historia era lo que más le gustaba al padre de Viktor, cuando el hombre gritó: ¡El corro ha de moverse en corro, el corro ha de moverse en corro...!

Es de cajón que, en medio de una muchedumbre en incesante movimiento, unas cuantas personas paradas alrededor de una sola corren el peligro de ser derribadas, con lo que pueden acabar muriendo pisoteadas —así lo comprendió él y por eso los gritos de ¡Moveos, moveos! ¡No os paréis! No paréis, seguid girando a su alrededor...

En ese preciso momento nació Viktor. El hombre, el médico —¡Médico! ¡Ja, ja!—, lo sostuvo en alto tras haber cortado el cordón umbilical con una navaja, ¡con una navaja! Y dijo: ¡Que llore! ¡El niño tiene que llorar! Pero el griterío imperante era tremendo, alrededor todos chillaban ¡Austria es libre! El médico dio un azote a Viktor, y después otro, algo más fuerte, y entonces la criatura rompió a llorar. ¡Dios mío, cómo lloraba Viktor! Estaba vivo, y sano, y tenía buenos pulmones, si dejara de

fumar de una vez, ahora también tendría buenos pulmones. ¡Ah! Cómo lloraba. Ya no paró de llorar, en medio de aquel alboroto, miles de personas gritando ¡Austria es libre! y para colmo la música, y Viktor venga a llorar, no paraba, lloraba sin cesar, Austria es libre y luego no sé qué más, creo...

En cualquier caso (el padre), el médico, el supuesto médico, el de la bata blanca, ¿sabéis qué era? Carnicero. El de la carnicería de la calle Weyring, la que está a la vuelta de la esquina, la tienda todavía existe.

No hay principio. Viktor miró a Hildegund sin decir palabra. Intentaba comprender de dónde provenía el poder que ejercía sobre él, tan fuerte, que estaba dispuesto a perdonárselo todo, y eso que había mucho que perdonar, mucho más de lo que nunca podría disculpar en otros. ¿Por qué podía perdonárselo todo precisamente a ella?

—Enhorabuena —dijo ella—. No pensaba que fueras capaz de hacer una cosa así.

—¿Qué cosa?

—Lo que has hecho. Ya tocaba. A fin de cuentas, nunca se ha llegado al fondo de toda esta historia. Pero aunque sea tan tarde, demasiado tarde, hay que llegar al fondo. Esto ha sido un principio.

—¡No lo creo!

—¿Qué es lo que no crees?

—Que haya que llegar al fondo. Al contrario. Hay que olvidarlo todo de una vez.

—No lo dirás en serio. ¿Por qué has hecho lo que has hecho hoy si lo que quieres es olvidarlo?

—Por sed de venganza.

—Entonces has hecho lo correcto por una razón equivocada.

—No, por una razón de gilipollas he hecho una gilipollez. Y por eso seguramente incluso Feldstein se ha marchado.

Viktor pegó a Feldstein un puñetazo en toda la cara, oyó el chasquido de su tabique nasal, sintió los dientes de Feldstein que se le clavaban dolorosamente en los nudillos, sólo quería pegarle una vez, darle un único puñetazo, él siempre seguiría recibiendo, salvo que una vez al menos demostrara que él también sabía pegar. Había recibido demasiado a me-

nudo para que pudiera plantearse no devolver los golpes. Por eso pegó al más pequeño, al pequeño y desvalido Feldstein. Un único puñetazo. Pero entonces pasó algo que ya nunca consiguió olvidar: vio lo feo que vuelve a uno el dolor, la máscara grotesca en que se convertía el rostro del humillado, era como si la expresión deshumanizada de quien ha sido víctima del temor y de los malos tratos confirmara que era lícito asustarlo, maltratarlo, humillarlo, convertirlo en objeto de escarnio, y obligara a destrozarle la cara a puñetazos. De pronto, Viktor sintió el impulso de seguir aporreando sin cesar esa máscara grotesca, porque le horrorizaba, quería que desapareciera. Él, el débil, golpeaba sin parar, pegaba al más débil, se volvió loco, aquel a quien castigaba ya no era una persona, era un ente, cómo podía un hombre volverse tan feo, tan repulsivo, tan primitivas sus súplicas, o lo que fuera eso que se reflejaba en sus ojos, en sus rasgos tan descompuestos, era de repente una cosa sucia, a la que nunca se le podría sacar el alma a golpes, sólo saliva y sangre y mierda saldrían a golpes de un ente semejante, habría que pisotear esa mierda hasta que desapareciera, que desapareciera por fin en las grietas del suelo. Eso tenía que desaparecer, no debía existir, no debía ocupar un lugar en el mundo, no mientras hubiera ojos que tuvieran que verlo. Viktor intentó con uñas y dientes borrar a ese niño, esa imagen deforme, hasta que lo separaron, lo agarraron, mientras seguía retorciéndose y revolviéndose entre las manos de aquellos que lo sujetaban.

—Sí, me acuerdo —dijo Hildegund—. ¿Cuántos años teníamos entonces? ¿Catorce? ¿Quince?

—Dieciséis.

—¿De veras? Le rompiste la nariz, creo recordar, por lo menos le sangraba muchísimo. Quedó todo perdido de sangre. Qué raro...

—¿Raro?

—Quiero decir, lo raro ya fue que se armara tanto escándalo, que se convirtiera en un auténtico caso. Lo que quiero decir es que había peleas a menudo, pero aquella vez vino el director a nuestra clase...

—Al día siguiente. No vino hasta el día siguiente. Seguramente los padres de Feldstein fueron...

—Sí, entonces convocaban a los padres, abrían un procedimiento disciplinario y...

—Fue entonces cuando me enteré de que...

Hildegund no oyó la última frase. Viktor había hablado demasiado bajo, quizás sólo para sí mismo, e Hildegund, que justamente estaba tomando una cucharada de sopa, se levantó de un salto en ese momento y dijo:

—¡Está fría! —recorrió la mesa probando distintos platos al azar, mientras Viktor la observaba atónito. Finalmente, dijo con gesto teatral—: ¿No humeaba hace un momento? Ya se ha enfriado. ¡Tienes que pedir que lo recalienten todo!

Viktor no pudo contener la carcajada. Muy típico de Hildegund, no, ¡de Hilli!

—¡Es tu obligación! Ocuparte de que lo recalienten todo.

—Anda. Ven, siéntate otra vez a mi lado.

—¿Y te acuerdas de cómo continuó la historia?

—¿Qué historia?

—La historia de Feldstein. No te echaron de la escuela, ni Feldstein se cambió de instituto, continuaron las peleas y las reyertas... sólo Feldstein quedó excluido. Convertido en un tabú. Naturalmente, Neuhold siguió contando chistes antisemitas, pero incluso él vigilaba que Feldstein no anduviera cerca cuando lo hacía.

—¿Ah sí? ¡Ven, siéntate aquí otra vez!

—No. ¿Sabes qué? —le propuso que se sentaran de otro modo. Ella en un extremo de la mesa y él en el otro, en el extremo opuesto, como en aquella película en la que salía un viejo matrimonio que se sentaba cada uno en una punta de una mesa interminable y se pasaba la cena enviando al mayordomo con mensajes de aquí para allá porque estaban demasiado lejos para poder hablar entre ellos. ¿Cómo se llamaba aquella película? Viktor no lo sabía y le dijo que no le apetecía nada tener que comunicarse con ella por camarero interpuesto.

—Entonces hablemos más alto. Tenemos todo el comedor para nosotros solos. ¿Tú siempre has querido chillarme, no? ¡Anda, vamos! —se sentó en el lugar que poco antes había ocupado el director.

—¡Vamos, déjate de cuentos! La situación es tan, tan...

—Ridícula.

—Sí, ridícula, da igual, quiero que ahora sea como es. Estamos tú y yo solos en este comedor privado. Y tenemos esta mesa interminable. Para

disfrutarlo, para tenerlo bien presente, tengo que sentarme aquí, y tú allí en el otro extremo. Es lo lógico. Sobre todo después de lo que ha pasado.

Después de todo lo pasado. Viktor se sentó frente a ella... Por cierto, ¿una mesa tan larga, tenía dos cabeceras o cabecera y pie? Victor se sentó en el extremo del pie, ése fue su pensamiento, y levantó la mirada hacia ella, por encima de los platos de sopa fría y del bosque de copas innumerables.

Se había teñido el pelo de rubio y lo llevaba muy corto por los lados, como mal afeitado, casi rapado, pero largo por arriba, con un mechón que le caía sobre la frente. Ésta era Hildegund. Hilli, la colegiala, lo tenía castaño, largo, que le caía por encima de los hombros, con raya en medio. Y Gundl, la estudiante, se lo había hecho cortar de tal modo que parecía que se lo hubiera cortado ella misma, y se lo teñía con jena. Así la recordaba.

—Me acabo de acordar de algo —dijo él.

—¿Qué dices?

—¡De Portugal! —exclamó él—. ¿Te acuerdas? —gritó—. ¡Portugal!

Se la había encontrado en la universidad, en el otoño de 1974, cuando ella acababa de regresar de Portugal. El verano posterior a la revolución de los claveles se puso de moda, entre los estudiantes, el turismo revolucionario, a Grecia ya no se podía ir, por la dictadura militar, Eritrea no le interesaba a nadie, salvo a «Ali», Alfred, Alfred —cómo se llamaba, aquel que organizaba seminarios con escaso éxito en Viena sobre la revolución de Eritrea—. El caso es que en el verano del 74 todo el mundo iba a Portugal. También Gundl, y en otoño el encuentro fortuito, en la universidad, ¿cómo te va?, cuánto tiempo sin verte. Bien, soy una persona nueva, acabo de volver de Portugal.

Fueron al café Votiv, detrás de la universidad vieja, bebieron vino tinto, «ni punto de comparación con el vino portugués», por supuesto, y Gundl le habló de sus experiencias con una «clase obrera que tenía las cosas claras», de las noches enteras de discusiones sobre «el fenómeno cualitativamente nuevo del papel del cuerpo militar como sujeto revolucionario», aunque también había contradicciones, por supuesto, «desfases», y le contó una vivencia que tuvo en el Museu da Cidade de Lisboa.

En el piso superior del museo había una sala de grabados antiguos que representaban autos de fe y cremaciones de herejes y de judíos del siglo XVII. Al contemplar estas imágenes, experimentó una insólita fascinación, explicó Gundl.

—¿Por qué?

—No lo sé. Da igual, lo cierto es que me pasé un buen rato contemplando estos grabados, un buen rato. El realismo chocante de las escenas, tal vez. El caso es que no lo sabía.

—¿Qué es lo que no sabías?

—Cuando te imaginas un auto de fe piensas en una pira donde se va a quemar a una persona, pero fueron docenas de personas a las que quemaron, cientos las que fueron conducidas en largas filas a esta hoguera; y al pie de los cuadros ponía incluso que exhumaban a los muertos y los colocaban sobre la pira si la Inquisición podía probar algo póstumamente, y que además en la muchedumbre de curiosos que llenaba el lugar donde esto sucedía había un orden jerárquico...

De repente, se plantó la celadora de la sala a su lado, que, muy alterada, le dijo algo que Gundl no entendió; pero creyó comprender, «espontáneamente» como dijo, que la alteración de la celadora estaba relacionada con esas imágenes —hasta que ésta le repitió en inglés que estaba prohibido tocar el cristal de protección que cubría los grabados—. Gundl retrocedió rápidamente un paso atrás al tiempo que, señalando los cuadros, a modo de disculpa, dijo algo así como:

—¿Qué horrible, no?

La celadora le dio la razón, sí, en efecto, horrible, y ¡ahora viene lo bueno! ¡Escucha! —la celadora le explicó que le habían enseñado en el colegio que según de dónde soplara el viento, el hedor de la carne humana quemada se expandía por toda la ciudad—, tenía que ser algo espantoso, no se podía imaginar cómo la gente podía soportarlo entonces.

—Portugal después de la revolución —dijo Gundl—, y de pronto se planta a tu lado una mujer que siente compasión por los que tenían que oler la carne quemada y no por los quemados. Y que además te dice que lo ha aprendido en el colegio...

La mesa del café Votiv era pequeña, y había tan poco espacio entre ellos que por encima de las dos copas de vino tinto sus cabezas casi se rozaban. Pero no significaba nada. Era la historia equivocada.

Los rayos oblicuos del sol naciente se filtraban entre las nubes. Parecía una pintura: el fondo del retablo de un altar. Y a un altar es donde los conducían, a través de las angostas calles de Lisboa, a esta hora tem-

prana, a los ciento veintitrés hombres y mujeres. Llevaban *sacos benditos y túnicas amarillas*, con una negra cruz de San Andrés en el pecho y otra en la espalda. Y en la cabeza mitras amarillas, y gorros altos y puntiagudos como los de los obispos. Y velas sin prender en las manos. Caminaban despacio y en silencio, en fila india, formando una larga hilera, encuadrados por miembros del Santo Oficio que portaban en alto un estandarte de pesado brocado con la efigie de la Madre de Dios y varios crucifijos, y escoltados por sacerdotes, que rezaban en silencio, sólo moviendo los labios. Pesaban sobre los hombres y las mujeres de las túnicas amarillas acusaciones de pecados muy graves, brujería, bigamia, homosexualidad. Pero los «pecadores contra natura» eran muy pocos. El cortejo estaba formado mayoritariamente por judíos. Personas cuyos antepasados hacía tres, cuatro o cinco generaciones que habían sido bautizados, pero a las que todavía se tildaba condescendentemente de «conversos» o de «cristianos nuevos» y que ahora habían sido denunciadas por seguir viviendo clandestinamente según las leyes de Moisés y por esconderse para celebrar los ritos judíos.

La gente caminaba susurrando oraciones, pero su susurro era inaudible, y se veían bocas abiertas, como si fueran a proferir gritos de miedo, pero no se oían gritos de miedo ni lamentaciones, y más de cien pares de pies golpeaban el pavimento de la Rua do Hospital, pero sus pasos no parecían producir eco, como si no caminaran sobre piedras, sino ya sobre nubes.

Era el 5 de diciembre de 1604. ¿Qué acallaba el rumor de aquella comitiva? De alguna parte llegaba un fuerte barullo, un zumbido quedo, y los *acusados* se dirigían hacia allí. No eran pocos los que acababan de recibir, por vez primera en la prisión de la Inquisición, un apellido escrito sobre un papel, un nombre que sólo iban a necesitar para poder dar un paso al frente cuando los llamaran y conocer su condena: ¡Y que tu nombre sea borrado para siempre!

Caminaban hacia ese paso al frente que iban a dar cuando los llamaran, hacia este zumbido que ya traían silenciosamente en sus mentes, hacia una selección que sólo dejaba un estrecho margen, aunque decisivo, entre la perdición y la muerte. Y, de pronto, el ruido ensordecedor, estalló el silencio, cuando el cortejo enfiló la Rua Lazaro que conducía a la Praça Ampla, lugar donde iba a celebrarse finalmente el auto de fe.

Miles de curiosos se congregaban ya en la Praça, y seguían afluyendo por doquier, había cientos apostados que ya formaban una calle de dos filas en la Rua Lazaro, con antorchas, y que empezaron a gritar, extáticos, y a vociferar cuando la procesión se adentró en la calle.

—¡Que los afeiten! ¡Dejad que los afeitemos, a los cristianos nuevos! —bramaban mientras intentaban prender fuego a las barbas de los judíos con sus antorchas.

La comitiva, que, pese a progresar con paso regular había producido una impresión de inmovilidad y de ensimismamiento, daba ahora muestras de pánico. Mientras los judíos se tapaban la cara con las mangas de sus *sacos benditos* y gritaban «¡Dios, ayúdanos!, ¡Dios, ayúdanos!», los integrantes de la multitud vociferaban «¡Que los afeiten!». Cuando los judíos intentaban esquivarlos, apartándose hacia el otro lado de la calle, los otros los repelían nuevamente con sus antorchas o a empujones. Los sacerdotes, que no estaban dispuestos a caer en manos de los espectadores que se agolpaban a ambos lados de la calle, dejaron de murmurar silenciosamente el rosario y se pusieron a cantar en voz alta, apresurando el paso, atentos a que no les chamuscaran las sotanas en el «afeitado».

Entonces llegaron a la Praça. Los gritos se tornaron clamor, los *acusados* agacharon la cabeza y Antonia Soeira se enderezó con un gemido, buscó la mano de su esposo Gaspar Rodrigues, le clavó las uñas en el dorso de la mano...

—¡Ya empieza! ¡Ha llegado la hora!

Gaspar Rodrigues salió sin demora en busca de doña Teresa. ¿Podía dejar mientras ahí a la pequeña Estrela? ¿O mejor sería que se la llevase? No. La comadrona vivía tan sólo unas pocas casas más allá, así que no tardaría, estaría de vuelta mucho antes si no llevaba a su hija de cuatro años consigo.

Cuando salió a la calle, dio un paso atrás, retrocedió un instante buscando refugio en el zaguán de su casa. Nunca había visto en el callejón donde vivía semejante agitación, semejante tumulto, tantos empujones. Había hombres a pie y a caballo, sentados en carruajes, en coches tirados por un solo caballo o en sillas de mano. Resonaban en el angosto callejón los gritos, las imprecaciones y los cantos de los transeúntes, las voces de ¡cuidado! de los cocheros, los silbidos de los portadores de las sillas de mano, el chasquido de los latigazos de los jinetes y los relinchos estri-

dentes de las caballerías. Nunca el hedor animal a orina, a excrementos y a sudor había sido tan apestoso.

Arrimándose a la fachada de su casa, Gaspar Rodrigues trató de avanzar hacia la de doña Teresa. Pero al cabo de unos pocos pasos no tuvo más remedio que dar media vuelta y dejarse llevar por la avenida humana para no ser derribado. Eran demasiados y todos se abalanzaban en la misma dirección. ¿Qué pasaba? Le arrastraban, sencillamente, en la dirección opuesta, y casi se habría alegrado ahora de poder volver a su casa, de la que cada vez se alejaba más. En su intento de evitar los empujones no tardó en encontrarse en medio de la multitud, que seguía empujándolo y de la que ya no conseguía zafarse. De repente, sintió un golpe en la mejilla, sintió que la mejilla se le reventaba, se tambaleó y, de refilón, vio a su lado un cuerpo de caballo de color marrón y, al alzar la mirada, mientras se limpiaba con la mano la sangre que le corría por la mejilla, al jinete que blandía de nuevo la fusta al tiempo que le gritaba:

—¡Insensato! ¡Sigue avanzando! ¿Acaso quieres morir pisoteado?

Gaspar Rodrigues ya había cumplido los cuarenta y seis años. En su casa, tan cercana y sin embargo tan inalcanzable en este instante, tenía una hija de cuatro años y una mujer que estaba de parto. Le ardía la cara, sucia de sangre, y tenía el cuerpo dolorido por los golpes y los empujones, un cuerpo poco agraciado, demasiado ancho y fofo como para poder deslizarse con agilidad entre la gente, y demasiado débil y blando en toda su insignificancia como para poder abrirse paso con energía. En sus ojos se mezclaban la sangre y el sudor, apenas podía ver lo que pasaba y ya casi no sabía lo que hacía cuando, movido por el pánico, intentó de nuevo zafarse violentamente hacia un lado, o conseguir que lo empujaran hacia aquel zaguán, que ahora le parecía sólo un hueco vacío, un agujero negro que le atraía. En realidad, ya había perdido el conocimiento antes de que un último empujón en la espalda y en el codo le hiciera tropezar con el umbral de aquella casa y caer dentro del agujero negro.

La oscuridad duró horas. Cuando Gaspar Rodrigues finalmente despertó, era tan tarde que ya estaba anocheciendo otra vez. Pero entonces el fuego ya había prendido en la gran hoguera y se hizo la luz.

La planta del Hospital Real tenía forma de cruz. La fachada principal daba a la Praça Ampla, donde, justo al pie de la cruz, estaba también

la entrada a la capilla del hospital. A ambos brazos de la cruz se situaban la unidad de hombres y la de mujeres. Y en el lugar que en el crucifijo corresponde a la cabeza coronada de espinas de Jesús se hallaba la unidad de cirugía. A la unidad de hombres, en la planta, brazo derecho del Hijo de Dios, no se accedía por la entrada principal de la Praça, sino por la fachada posterior del edificio, por un portal que tenía forma de gran cripta abierta. Fue en esta cripta donde la multitud pisoteó, empujó y golpeó a Gaspar Rodrigues. Allí, en la oscuridad fresca y vacía, fue donde finalmente le encontraron los enfermeros.

Le habían limpiado y vendado las heridas. No se conocía el alcance de las posibles lesiones internas y se temía por su vida. Cuando despertó, yacía sobre un catre en el pasillo; del hospital por el que sacaban a los muertos. Se sentó, contempló el largo pasillo, a su izquierda cortinas, todavía no sabía que esas cortinas servían para separar de las otras las camas de los moribundos o de los que padecían enfermedades contagiosas. Se tumbó de nuevo en el catre, trató, con los ojos cerrados, de recuperarse y de apartar el tumulto y el griterío que le retumbaba en la cabeza —¿era en su cabeza?— y volvió a sentarse entre gemidos. Percibía ahora el apagado y repetido rumor de los débiles lamentos y de los estertores detrás de las cortinas.

—¿Quieres confesarte, hijo?

—¿Dónde estoy, padre?

—En el Hospital Real de Todos os Santos. Puede que tu cuerpo no llegue a salvarse, pero tu alma sí puede salvarse. ¿Quieres confesarte, pues?

Gaspar Rodrigues se escurrió del catre con cuidado, dio un par de pasos y dijo:

—¡Tengo que ir a casa!

—No puedes irte ahora.

—Tengo que ir a casa. Mi mujer...

—No puedes irte en este estado. Y aunque pudieras... ¡Mira allá fuera! ¡Ahora no se puede pasar!

Gaspar Rodrigues miró por la ventana, parpadeó un par de veces para vencer el mareo y, también, porque no podía dar crédito a lo que borrosamente contemplaban sus ojos en la plaza. En realidad no veía nada, desde luego nada que pudiera reconocer. Jamás había visto lo que

estaba viendo. Tambaleándose, volvió al catre, se palpó la cabeza, la venda, respiró hondo y regresó junto a la ventana. En ese preciso momento saltaron las primeras llamas.

Gaspar Rodrigues vio a la muerte. Pensó en la muerte en su casa, en su mujer que estaba de parto, en la pequeña Estrela. Y sintió la muerte dentro de él. ¿Qué le deparaba el destino? Todo estaba tranquilo en este pasillo de la muerte. El ruido procedente de la plaza llegaba tan amortiguado por las dobles ventanas que literalmente se quedaba fuera, tan apagado y débil que Gaspar Rodrigues sólo lo oía como algo que se estrellara contra esta cueva de tranquilidad donde se encontraba. Allí donde se hallaba reinaba un silencio sepulcral.

El sacerdote se había acercado y estaba ahora a su lado, le pasaba el brazo por los hombros.

—Hijo, tendrías que...

—Sí, tendría que...

Las llamas en la calle aumentaron de tamaño, todo se tornó más claro, un cuadro deslumbrante en la creciente oscuridad. Que no podía irse de este mundo así, que tenía que arrepentirse, antes de irse... Asintió. Irse. Que él...

—¡Que sí, que sí!

Entonces se quedó solo.

Tenía que irse a casa. Tenía que intentarlo, sin tardanza... pero estaba muerto de miedo. Un miedo de pesadilla. No podía apartar la mirada de esa luz. De la luz deslumbrante en el anochecer que ponía de manifiesto que los colores de esa ciudad tan famosa por su blancura eran el blanco y el negro. El negro del basalto de sus adoquines y el blanco de la Pedra Lioz de sus edificios. Nubes de reflejos rosados flotaban en el cielo, y cerca dominaba el color fuego y sangre de la plaza encendida, pero el resplandor del blanco enseguida se imponía nuevamente o desaparecía en las profundidades negras de las tinieblas, o reverberaba débilmente en el basalto negro. Tenía que irse a casa sin tardanza. Pero bien mirado... Allí estaba toda Lisboa. Lo que veía era toda Lisboa, el mundo entero, todo su mundo de entonces. Reunido encima y delante del mayor escenario que hubiera contemplado el mundo. Debido al miedo, pero también a la magnitud de su asombro, era incapaz de apartar la mirada. En la parte frontal de la plaza, el cadalso, con las escaleras de madera y

unas superficies de enormes dimensiones; encima, un altar, todo forrado de paños negros, con una hilera de tronos mayestáticos a ambos lados en los que se sentaban unos hombres impertérritos vestidos de negro; en los lados de la plaza, una estructura de menor tamaño y de tres niveles, provista de barandillas y de varias escaleras. En el de arriba, se sentaban formando una larga hilera los dignatarios de la Iglesia. En el nivel intermedio había un púlpito y un altar, y al lado un con-falón y un crucifijo de varios metros de altura. Las escaleras bajaban por uno de los lados a la hoguera, un espacio acotado por una doble hilera de plátanos, y, por el otro, a una superficie delimitada por un cercado de madera, donde se apretujaban arrodillados unos hombres vestidos con túnicas amarillas. A la luz de la hoguera, los troncos y las ramas desnudas de los plátanos parecían despedir blancos destellos, como enormes y grotescos esqueletos. Qué insignificantes parecían los hombres allí, la carne y la sangre. Grande, inmensurable era la multitud que llenaba la plaza.

Reinaba un silencio sepulcral donde él se encontraba. Pero no duraría. Dentro de pocos minutos, este edificio y este pasillo serían un infierno, y el resplandor de sus llamas ya lo podía ver allá afuera, delante de la ventana. Debido al ingente calor que desprendían las llamas de la hoguera, los que estaban cerca del patíbulo intentaban retroceder. Mientras, los curiosos, colocados más atrás, donde aún no llegaba el calor, empujaban hacia delante. El sinnúmero de jinetes, carruajes y sillas de mano hacía más difícil, si no imposible, cualquier intento de maniobra dentro de la muchedumbre apiñada. Cundió el pánico, se produjo una gran confusión. Las caballerías se encabritaron, pisotearon a la multitud, algunas cayeron cuando los jinetes de repente trataron de hacerlas retroceder, derribando en su caída a los que estaban más cerca, que quedaron sepultados debajo de los caballos. Los portadores soltaron las sillas de mano provocando su vuelco, y aquellos de sus ocupantes que intentaron salir sufrieron impotentes los empujones de la muchedumbre y fueron aplastados. Las mujeres que llevaban niños pequeños vieron morir a sus hijos en sus brazos, alcanzados por los innumerables golpes y empellones. El pavimento quedó sembrado de jirones de ropa y de zapatos, con los que muchos tropezaron, lo que les significó la muerte, o serias heridas. El Hospital Real se llenó enseguida de gritos de dolor, de llamadas

de socorro y de lamentos, y el pasillo de la muerte de cadáveres traídos en angarillas, en mantas y en carretones de madera... mientras Gaspar Rodrigues seguía con la vista clavada en la ventana, contemplando la luz que ardía. Todo comenzó de nuevo desde el principio, el griterío y los golpes en su cuerpo, se dio la vuelta, vio lo que estaba ocurriendo y recuperó el sentido. Se abrió paso a golpes, era su única alternativa, su único pensamiento, se abrió paso a través de los muertos y de los heridos, de los enfermeros y de los cuidadores, se metió en el alboroto y en la huida que dominaban la calle... que ahora le llevaban en la dirección correcta.

—Es un niño. Está sano y fuerte.

—¿Quién os ha llamado, doña Teresa?

—Estrela vino a buscarme. ¡Dios mío, qué aspecto traéis! ¿Qué os...?

La comadrona le entregó a su hijo, Gaspar Rodrigues lo cogió en sus brazos y miró a su mujer y a Estrela, que yacía a su lado en la cama, hecha un ovillo, y dormía.

Samuel, dijo el padre, el niño se llamará Samuel. El vidente. Cerró los postigos. Mané había llegado y el padre supo que tenían que marcharse.

Más adelante, cuando Gaspar Rodrigues se refería a este día y a las circunstancias que habían rodeado el nacimiento de Mané, solía decir:

—Yo —y, tras una breve pausa—, sí, yo nací el 5 de diciembre de 1604 en el Hospital Real.

Al cabo de pocos días, ya había iniciado la liquidación de los enseres domésticos y había encontrado un comprador para el negocio. Cerró el trato por un importe muy inferior a su valor real, pero Gaspar Rodrigues no quería esperar más. Estaba ansioso por volver a su lugar de nacimiento, a Vila dos Começos, lejos del centro político y de la sede de la Inquisición. Estrela le acompañó un trecho, camino del Cartorio, donde tenía que legalizar el contrato. Cuando entraron en la Praça, vieron que, en un lado, los plátanos que daban al patíbulo estaban brotando y habían empezado a florecer, en pleno invierno, debido a la prolongada exposición al calor de la hoguera y de los rescoldos. Había paseantes que, al pasar por delante, se paraban y se santiguaban. Cuando prendieron las hogueras, desde el púlpito, el Gran Inquisidor citó ritualmente a Juan, 15, 6: «Un hombre que no cree en Jesucristo es como la rama seca de un

árbol. Cae y la gente la recoge y la quema». Y ahora, los árboles secos extendían sus ramas cargadas de brotes nuevos y de flores hacia el gigantesco montón de rescoldos donde hombres y mujeres habían sido quemados.

Gaspar Rodrigues quiso alejar a su hija de ahí, pero Estrela se soltó de la mano de su padre. No quería, con sus cortas piernecitas, caminar como una niña torpe al lado de su padre y tropezar. Seria y orgullosa, prosiguió su camino, despacio, como una pequeña adulta. El padre jadeaba, casi no podía respirar, atenazado por la angustia. Subieron hacia el Chiado; Gaspar Rodrigues quería asomarse, una vez más, al cercano Miradouro, en cuanto hubiese resuelto sus negocios. Tiempo atrás, cuando llegó a Lisboa, había contemplado esperanzado por vez primera la ciudad desde allí, desde la parte baja hasta el castillo y el barrio de Alfama. El sol se estaba poniendo cuando alcanzaron ese mirador maravilloso. Por el lado del castillo, las ventanas de las casas de repente se tiñeron de rojo, como si ardieran, las blancas fachadas adquirieron un resplandor rojizo, brillante, y, cuando el sol se puso, en la desembocadura del Tajo, la ciudad pareció unos instantes llenarse de una incandescencia blanca que finalmente se tornó gris, cenizas en la creciente oscuridad.

El día que nació Mané fue también el día en que Estrela manifestó por primera vez el don especial que tenía de leer el pensamiento de los demás, de los adultos. Y ahora, junto a su rechoncho y jadeante padre, que no encontraba las palabras, ajustándose el pañuelo en la frente, dijo:

—Sí. Esta ciudad arde, *senhor*; tenemos que irnos de aquí.

—Parecías tan entusiasmada entonces, que...

—¿Qué?

—¡Pues eso, entusiasmada! Estaba diciendo que estabas tan entusiasmada con Portugal, en aquella época, que...

—Sí.

—Que hasta habías aprendido portugués.

—¿Qué?

—Aprendido portugués —Viktor lo sabía: era imposible mantener una conversación a esa distancia—. Me contaste entonces que habías aprendido portugués.

—¡Ah, eso! No. Olvídalo... Un par de semanas... dos lecciones quiza... me dormía... ¡No recuerdo ni una palabra!

—Y eso que estabas tan entusiasmada, entonces...

—¿Qué?

—Tan entusiasmada cuando regresaste de la revolución.

—Revolución —gritó él, se levantó, fue al otro extremo de la mesa y se sentó a su lado, así no se podía hablar—. Luz de amanecer. Nuevo día. Vida nueva —le dijo—, ésas fueron tus palabras —había llegado junto a ella. Ella levantó los ojos y le miró.

—¡No te pongas tan patético! —dijo ella—. Y vuelve a sentarte donde estabas.

Viktor, hasta que empezó su infancia desgraciada, había tenido una infancia muy feliz. Había sido un niño muy tímido y temeroso, pero curioso, que siempre iba con los ojos bien abiertos. Todo era nuevo para él. Y así suele ser, fundamentalmente, para todos los niños pequeños, pero a él le parecía que lo nuevo era algo en cierto modo decisivo, también en la vida de los adultos: lo nuevo. Se conservan de aquella época algunas fotografías en blanco y negro de bordes festoneados, sus primeros recuerdos. Todas estaban sobreexpuestas. Porque lo nuevo siempre resultaba brillante y cegador y, por encima de todo, porque en todas las fotos lucía un sol omnipresente y «risueño» —éste era el adjetivo que entonces él relacionaba automáticamente con «sol»—. Seguro que también hubo otros momentos, tardes nubladas, atardeceres, noches, otras estaciones, algún otoño gris y melancólico, una primavera lluviosa, pero en sus recuerdos parecía que sólo hubiera existido una retahíla de días nuevos, que empalmaban sin discontinuidad con los días siguientes, el sol salía, deslumbrante, y ya está, ya estaba allí el nuevo día, lucía un sol risueño.

—Ponte ahí —le decía su padre mientras giraba a su alrededor y hacía un movimiento circular con el índice para que Viktor se diera la vuelta—. No se puede fotografiar a contraluz.

Que el fotógrafo ha de tener el sol en la espalda fue una de las primeras experiencias conscientes del niño, y «cromo» una de sus primeras palabras. Era cegador. Y todos los colores eran tan tiernos y frescos, todas las fotos de su primera infancia son en blanco y negro, pero Viktor

sabía que entonces todo era de color pastel. Estos colores impregnaban aún hoy estas fotos, y con mayor razón las imágenes de su memoria, que no estaban documentadas por fotos. Tonos pastel, como las cortinas nuevas del cuarto de estar, amarillas, con un estampado de planchas, por las que el sol se transparentaba hasta que su madre las descorría, porque había comenzado un nuevo día y las hojas del tilo de interior que había en el salón se iluminaban de verde claro. El verde, el azul y el rosa de la nueva «cocina americana», donde también estaba la batidora cromada, el rojo claro del helado de fresa, el color amarillo del sol del queso «Jerome», el ocre de las rebanadas de pan blanco que saltaban de la tostadora cromada. El coche, en cambio, un flamante Volkswagen escarabajo de color rojo teja, con los parachoques y los embellecedores cromados, lo tenía documentado en blanco y negro. Básicamente, las fotografías se tomaban como documentos para toda la eternidad: lo nuevo. ¡Cómo se alegraban los mayores con todo lo que aparecía de repente y que antes no existía! Con él, por ejemplo.

—Quién lo hubiera dicho. ¡Si ya tienes un hijo!

—Sí. ¡Y estoy muy orgullosa de él! (la madre).

—No me lo puedo creer. ¡No me digas que es tuyo! ¡Qué chico tan guapo!

—¡Pues sí! ¡Es mi hijo! ¡Clavadito a su padre! (el padre).

—¡No, ahí! Ponte ahí. He de tener el sol en la espalda —dijo el padre—, ¡yujú, una sonrisa!

Siempre todo nuevo y siempre a la luz de un nuevo día. Era lógico que la frase preferida de su abuela, de la madre de su padre, fuera:

—De esto, antes no había.

Viktor no sabía cómo eran las cosas o qué había sucedido antes, sólo sabía que ahora imperaba una gran felicidad cuyo centro ocupaba él, una felicidad que unía absolutamente a los niños y a los adultos, aunque el niño sólo figurara como un accesorio más, mostrado o fotografiado como un coche nuevo. Lo había registrado al mismo tiempo en sus fotografías mentales. Lo armónica y felizmente que se adaptaba el niño a todo: para él, que era nuevo en el mundo, todo era nuevo, y, al mismo tiempo, también lo era para los adultos. Ni se le pasaba por la cabeza que pudiera ser de otro modo: el mundo era una rutilante máquina cromada que producía ininterrumpidamente cosas nuevas de color pastel. Y

todos, grandes y chicos, se alegraban juntos, risueños como el sol. Pero de pronto desapareció el padre, los padres se separaron, poco después de que llegara la nueva estantería para el cuarto de estar. Con muchos estantes para muy pocos libros. Y luz indirecta, de arriba. No había televisor todavía. Aun así, los padres se sentaban en los butacones y contemplaban orgullosos la estantería durante varios minutos, como si fuera una película o un paisaje. Viktor se sentaba en el regazo de su madre, emocionado por la emoción de sus padres, y, como sus padres, mantenía fija la mirada en el mueble.

—No hay discusión —decía el padre—, ¡donde esté la caoba!

Cuánto se había ensombrecido la pared. La primera sombra en ese mundo tan claro. Un marrón muy oscuro y, arriba, detrás de una pantalla, la luz indirecta, que no conseguía contrarrestar el brillo oscuro de la pared.

Viktor siempre lo había observado todo con curiosidad, convencido de que sus ojos y los de los adultos veían lo mismo. El divorcio de los padres lo pilló desprevenido. En todas las fotos de la época sale un Viktor con una mueca de dolor en la cara y guiñando los ojos: siempre de cara al sol, obligatoriamente, cuando su padre lo retrataba.

Después de la ciudad en llamas, la pequeña población era un paraíso, aunque algo destartado, como siempre le parece al que se ha ido cuando vuelve. Vila dos Começos era un lugar floreciente y próspero, pero aún demasiado pequeño para olvidar y, por el contrario, muy indicado para saber.

Gaspar Rodrigues era hijo de la anciana dona Violante y del difunto Seu Alvaro. Eso nadie lo había olvidado. Un paisano que había recorrido mundo. Ahora había regresado y volvía a pertenecer al lugar. No del todo. Si ha probado fortuna fuera, ¿por qué ha vuelto? Nadie lo sabía, pero era la comidilla de la gente. ¿Qué ha pasado para que haya trocado el mundo por este pueblo tan pequeño? ¿Ha fracasado? ¿Tiene algo que reprocharse? ¿Pues haberse quedado aquí! La gente se acordaba, pero no sabía nada, toda esa gente que le trataba con afecto y respeto, a él y a la familia que había traído consigo, y que al mismo tiempo estaba dispuesta a alegrarse del mal ajeno y a burlarse del prójimo. A Gaspar Rodrigues, sus paisanos lo readmitieron entre ellos, pero no como a uno de

ellos. A él, como ya lo habían conocido de niño, le dispensaban un trato que no establecía distancias, pero que partía precisamente de esta base para hacérselas sentir.

Inicialmente, la familia Nunes Soeiro se instaló en la casa de dona Violante. El modesto capital del que disponía Gaspar Rodrigues tras la venta de la ferretería de Lisboa bastó para alquilar una nueva tienda, bien situada, en el callejón de los soportales, con un patio trasero suficientemente grande para construir un almacén. Al poco, compró la casa donde se encontraba la tienda y, al morir su madre, vendió la casa de sus padres, vieja y demasiado pequeña, y amplió el almacén. No, no había fracasado, en su comercio de ferretería, eso pronto quedó claro, el senhor Gaspar cubría toda la gama, desde clavos y hierros para la construcción hasta utensilios domésticos, armas e incluso joyas, con un surtido nunca visto en Começos hasta la fecha. Seguía manteniendo sus antiguos contactos con las grandes forjas y casas comerciales del país, y a menudo acudía gente a su negocio sólo para ver, por ejemplo, los nuevos herrajes, máxima novedad incluso en Lisboa. Con paciencia, sin alardes, casi devotamente, Gaspar Rodrigues mostraba sus mercancías, la polea más moderna, una maravilla mecánica con ruedas y cadenas con la que hasta un niño podría levantar el peso de un caballo con una sola mano.

—Quien hoy se asombra mañana comprará —gustaba de repetir Gaspar Rodrigues, y no solía tardar en poder añadir—: ¿Qué os decía ayer?

El nombre de Gaspar Rodrigues Nunes fue ganando peso y relevancia. Ahora ya no sólo había sido admitido por las gentes de Começos, sino que era uno de ellos. Se dio cuenta, con pavor, de que se estaba formando un círculo en Começos dentro del cual se sentía solo y abandonado. Con todo lo conseguido, había alcanzado lo contrario de lo que quería, es decir, notoriedad en vez de consideración. Estaba rodeado de competidores y de envidiosos que giraban a su alrededor y batían las palmas. Y esas palmas sonaban a aplauso, pero al mismo tiempo a batida.

Tal vez las cosas habrían sido distintas si Gaspar Rodrigues hubiera sido un subalterno, un personaje estafalario, lo que habría justificado que no siempre hiciera las cosas como los demás. Pero porque no lo era, el particular y esmerado empeño que ponía en no distinguirse llamó la atención de la gente que se dio cuenta de que era diferente. Nadie lo ha-

bía visto vestir de forma ostentosa, como tampoco adquirió nunca un carruaje. No quería llamar la atención, pero la gente se preguntaba: ¿qué hace con su dinero? Nunca reía, a menos que rieran todos, siempre permanecía callado cuando los demás hablaban. No quería llamar la atención, pero la gente se preguntaba: ¿cómo es posible que un hombre que tiene tanto éxito en los negocios nunca tenga nada que decir? En cuanto a su éxito: ¿cómo es que él lo tiene y no Joao Oliveira, nuestro ferretero, el de aquí de toda la vida?

En este paraíso se crió Mané, como hijo de una familia próspera, a primera vista respetada, pero pendiente del reconocimiento y de la aceptación de sus pares, deseosa de no diferenciarse de las demás y de pasar desapercibida, de desaparecer en esta sociedad —un deseo este que habría de verse colmado—. En Mané, este afán no tardó en manifestarse: su mayor deseo era ser aceptado en el mundo exterior, fuera de la familia.

Ser como los demás, eso es lo que la familia le había enseñado, pero no iba a tardar en tener la sensación de que el obstáculo que se lo impedía era su propia familia. ¿Por qué él, a diferencia de los demás niños, tenía que estar en casa, obligatoriamente, antes de la puesta del sol? No lo entendía y tampoco se lo explicaban. Estrela no había necesitado explicaciones para entender que tenían un secreto, ni para intuir y finalmente comprender cuál era. Se comportaba deliberadamente como los demás porque sabía que era diferente. Pero Mané, el ingenuo Mané, sólo tenía presente una cosa: sé como los demás. Pero los demás eran diferentes, y de este modo, porque él siempre quería adaptarse a los demás de una forma cada vez más consecuente, se convirtió en un enemigo, en un peligro dentro de la propia familia, que, precisamente por ello, evitaba darle explicaciones.

Los escasos recuerdos que tenía Mané de su primera infancia eran literalmente sombríos, eran recuerdos de atardeceres, imágenes de penumbra y de anocheceres. El despertar de la vida, la época en la que empieza todo, la niñez, era para él, curiosamente, el anochecer. El sol siempre se estaba poniendo, o se acababa de poner o estaba a punto de ponerse. Siempre estaba pendiente de la posición del sol, y nervioso, porque las sombras empezaban a alargarse y la luz a tornarse rojiza o gris. Los *azulejos*, los hermosos azulejos azules de las fachadas de las casas per-

dían el brillo, se oscurecían. Estaba en los inicios, en el comienzo de la vida, pero daba la misma impresión de desánimo terminal, de apesumbramiento y de desesperación, que se apodera de aquel al que se le agota el tiempo. Dentro de muy poco el chico rechoncho iba a tener que volverse corriendo a casa, que apresurarse todo lo que pudiera.

¿Cuántas veces llegó a tiempo a casa antes de que se pusiera el sol? Casi todas. Pero en sus recuerdos, en esas pocas imágenes oscuras, nunca. Se veía ante su padre, imaginándose más gordo aún de lo que estaba en realidad, porque agachaba la cabeza y se encogía, un ser ridículo que respiraba atropelladamente. Un niño sin especial necesidad de moverse, que siempre tenía que andar corriendo.

De su abuela de Vila dos Começos sólo guardaba un único recuerdo, por una frase que dijo una vez en este contexto delante de él y de su padre. Una anciana toda vestida de negro, con el pelo gris recogido bajo un pañuelo negro, y las manos grandes y deformadas sujetando el bastón sobre el que se apoyaba. ¿A cuántas mujeres había visto así, incluso mucho después de la muerte de su abuela? Alguna habría visto, y por eso es una mujer como ella, de negro, la que en sus oscuros recuerdos le dijo a su padre esta frase: «¿Por qué no le dejas ir a correr con su pandilla?»

Correr con el grupo ya era bastante agotador, y tener que marcharse corriendo a la puesta del sol no facilitaba las cosas, ya que le separaba radicalmente de los demás y no sólo en el momento de tener que salir a la carrera en solitario hacia su casa, compitiendo con los últimos rayos del sol.

Para este muchacho, poco aficionado al movimiento pero siempre apresurado, por obligación, la vida parecía componerse de movimientos contradictorios: correr con el grupo y marcharse corriendo. Desear correr con el grupo y tener que marcharse corriendo, pero también tener que correr con el grupo y desear marcharse corriendo.

Su mayor temor consistía en imaginarse que por alguna razón de repente ya no podía correr. Era algo que le quitaba el sueño. Este temor y el sueño estaban estrechamente relacionados. Desde muy niño tuvo, durante una temporada, un sueño recurrente. Alguien aporreaba la puerta. Pero no se oía nada, era un sueño silencioso, aunque él sabía que había alguien aporreando la puerta. Miraba por las rendijas de los postigos y veía un al-

boroto delante de la casa, unos golpeaban la puerta con los puños, era de noche y la luz de las antorchas con su resplandor abría agujeros de fuego en la imagen; de repente cayó una lluvia de piedras contra las ventanas, se agachó y en ese momento su madre tiró de él y le arrastró cogido de la mano hasta una ventana de la parte trasera de la casa. Pero también allí había un gentío fuera; tuvo el impulso de echarse a correr, de huir, pero ¿adónde? Ya no había escapatoria; pero aun así habría querido echarse a correr, por lo menos hasta el arcón o el armario, pero estaba paralizado, atenazado por una pesadez infinita, contra la que luchaba desde su fuero interno con todas sus fuerzas, para sacudírsela de encima, en vano, mientras su madre lo abrazaba, lo estrechaba contra su pecho, y él sabía que ahora la puerta, incapaz de resistir la violencia, estaba a punto de ceder.

Se despertó, tan silencioso como había sido el sueño. Algo en su fuero interno le impedía manifestar de forma llamativa su reacción, por grande que hubiera sido el pánico. Sólo había sido un sueño y por eso no gritó, ni siquiera durante el breve instante que necesitó para comprenderlo, no llamó la atención, no armó ningún revuelo. Pero resollaba como si hubiera corrido, resollaba con tanta fuerza por el vano esfuerzo de querer echarse a correr, que apretó la cara contra la almohada, y habría preferido morir asfixiado antes que provocar alguna alteración, algún movimiento en la casa, quizás incluso prendieran una luz, y alguien, fuera, se preguntara: ¿qué pasa en esa casa a estas horas? Y esto de ningún modo podía ocurrir, eso lo sabía, aunque entonces aún no sabía por qué.

El mismo sueño se repitió tres o cuatro veces en el intervalo de pocas semanas, así que acabó por llamar la atención, pero de tal modo que el impacto quedó reducido al ámbito familiar sin salir al exterior. Una noche, a la hora de acostarse, echó a correr. Se lanzó a la carrera por toda la casa sin saber lo que hacía, sin idea ni plan premeditados, cruzó las habitaciones, corrió hacia la puerta de la casa, donde dio media vuelta y, como una exhalación, anduvo por toda la casa hasta llegar a la puerta trasera, donde tomó carrerilla y salió disparado hacia la puerta que daba a la tienda de su padre y, una vez allí, regresó a la carrera al cuarto de estar, donde, al cabo de unos pasos, se dio la vuelta y, tras echar una breve ojeada a su alrededor, pero sin reparar en nada ni en nadie, ni en el padre, ni en la madre ni en la hermana, salió de nuevo a la carrera, ciega la mirada, en busca de una salida donde no podía haberla, ¿adónde podía ir? Corrió, se

detuvo, miró a su alrededor, acosado. ¿Adónde ir? Corrió. Ya no era un chiquillo que corría con otros chiquillos por la calle, jugando a emular a los grandes héroes y que luego, una vez en casa, estaba alegre y sobreexcitado, cuando tendría que haberse ido impregnando paulatinamente de su papel de pequeño adulto; no, este chico que recorría descontrolado la casa a la carrera era la primera irrupción del miedo incontrolable en este paraíso, en esta casa nueva de Vila dos Começos, una premonición de las fuerzas amenazadoras, el heraldo de la locura que se anunciaba.

¿Cuánto duró el estupor del padre, la paralización consternada de la madre, el pasmo rígido de la hermana? Pero de pronto, todos corrían... ¡Por allí! Y por allí venía, lanzado, con movimientos cada vez más torpes, más amplios, aún dio unos pasos lentos, porque no sabía cómo eliminar su loca carrera, cómo hacer para que nada de esto hubiera sucedido. Y los movimientos de los padres: no estaban enfadados por la insubordinación del hijo, ni mucho menos actuaban como cazadores que acosan a la presa, era una escena peculiar y muda en la que el miedo aleteaba, hasta que finalmente el padre, imponente y al mismo tiempo apesadumbrado y encorvado, se plantó con las piernas abiertas delante del niño que se tambaleaba, y, con voz casi inaudible, musitó una única palabra:

—¡Chegah! ¡Se acabó, basta ya!

El chico se quedó quieto, agachó la cabeza, incapaz de dar un paso más, de hacer el más mínimo movimiento. O sea, que sí que pasaban esas cosas: ¡que de repente no se pudiera correr! Y era el padre quien le había privado de movimiento, quien le había inmovilizado. Se sintió avergonzado, tuvo miedo del castigo, de la humillación, pero eso fue sólo de puertas afuera, una desagradable quemazón en la cara. En su fuero interno, algo ardía como las antorchas de su sueño: quemaba agujereando todas las imágenes que le eran familiares. Aunque estuviera en su casa, algo empezaba a arder y de repente se convertía en un infierno.

Y como no levantó la mirada hacia su padre, tampoco vio el miedo terrible que este hombre también sentía. No lo vio. Vio el libro abierto encima de la mesa ante el cual su padre había estado sentado, vio la rueda de su madre en un rincón de la estancia y, al lado, delante del escabel, la labor de bordado de su hermana. Vio un orden del que habría querido huir, pero no podía hacerlo.

—Dime una cosa, Hilli, tenías...  
—¡Hildegund!  
—¡Hildegund! ¿Tenías de niña sueños recurrentes, pesadillas, que siempre...?  
—¿Te refieres a cuando quieres correr y no puedes, a cuando no puedes moverte en absoluto, a cosas así? Pues claro. Todo el mundo ha soñado estas cosas alguna vez.  
—¿Qué quieres decir con todo el mundo?  
—Todo el mundo quiere decir todo el mundo. Es normal, sobre todo a una edad determinada.  
—¿Cómo lo sabes?  
—¿El qué?  
—¿Que cómo sabes que todo el mundo...?  
—Tú también lo sabes, que...  
—Quiero decir, ¿cómo sabes que todo el mundo, que todo el mundo tiene estas pesadillas?  
—Eso es de nivel de primer curso de psicología infantil. Y yo he estudiado psicología. Ya lo sabes.  
—¡Ah!, es verdad, se me había olvidado.  
—Señores. Aquí está la carne. ¿Podemos...?  
—¡No faltaría más! ¡Sirvanos, por favor!  
Viktor y Hildegund guardaron silencio mientras les servían. A estas alturas, los camareros lo encontraban manifiestamente divertido, aunque el maître todavía daba claras muestras de su turbación.  
Al final, se acercó a Viktor, le presentó una botella de vino, le mostró la etiqueta y dijo muy tieso y estirado:  
—Con la carne, sugiero un Veltliner Kabinett, cosecha 1977 de Alois Hotzy, de las bodegas Turmhof.  
Viktor asintió y dejó que le sirviera un trago.  
—¡Excelente!  
—Ahora Eduard habría pedido vino tinto y María agua mineral...  
—¿Por qué dices eso?  
—Eduard siempre bebe vino tinto, da igual lo que haya para comer. Primero un zumo de naranja, de aperitivo, y después vino tinto. Y María nunca bebe alcohol. Siempre...

—Pero de eso hace una eternidad. ¿Cómo puedes saber si entre tanto no...?

—¿No te has fijado en que apenas ha tomado un sorbito de Prosecco con el brindis? Y lo ha hecho sólo por cortesía. Ahora habría bebido agua. Igual que entonces...

—¿Tú nunca olvidas nada, verdad? Y además siempre ves las...

No, tenía que andarse con ojo. Ya había bebido tanto que tenía la sensación de que sólo era capaz de hablar con afectación. Había estado a punto de decir: y siempre ves las constantes. ¡Vaya frase! Y sobre todo: no sabía qué había pretendido decir, pero seguro que estaba equivocado. No conocía a nadie, aparte de sí mismo, que hubiera cambiado tanto con el tiempo como Hildegund. Una vida con tantos vuelcos. Estaba un poco achispado, así que tenía que estar alegre y todo eso y no así...

—¿Qué?

Viktor negó con el gesto.

—Resulta la mar de interesante, hay cosas en la gente que sencillamente no cambian. Qué cosas. Tú, por ejemplo... ¡Ahora! ¡Ahora lo has vuelto a hacer, igual que entonces, como cuando ibas al colegio!

—¿El qué?

—Igual que entonces. Cuando te pones nervioso, empiezas a sudar y te resbalan las gafas nariz abajo, entonces te las subes, empujándolas con el dedo corazón estirado. ¡Lo primero que se le ocurre a una es que estás haciendo un gesto obsceno!

Hildegund le enseñó su dedo corazón estirado, se rió y apoyó el dedo entre los ojos. Viktor levantó la copa, sí, estaba muy achispado, tenía que andarse con ojo, y haciendo un brindis dijo a Hildegund:

—¿Qué pena que estés sentada tan lejos! Así no podemos chocar las copas, no hay quien brinde. Con lo incitante que estás hoy, me brindaría...

—Ya vale, para, por favor. Ése es otro punto.

—¿Qué?

—Ése es otro punto en el que no has cambiado nada. ¡Ya entonces eras incapaz de renunciar a un juego de palabras! ¿Dónde estábamos? Los sueños. ¿Por qué preguntabas eso?

—¿El qué?

—Los sueños. ¿Por qué me has preguntado si yo también tenía sueños recurrentes...?

—¡Ah sí! Quieres correr y no puedes. Decías que era la mar de normal. Pero, ¿en qué contexto?, quiero decir... Una botella de agua mineral, por favor, ¿me traería una botella de agua mineral? —dijo dirigiéndose al camarero—. ¿Qué pasaba, en qué situación estabas, en tus sueños, cuando querías echar a correr y no podías?

—Sí, veamos, ¿qué pasaba? Por ejemplo, sueño que estoy parada en medio de la calle y que viene un coche, y de repente no me puedo mover, por mucho que lo intente, y el coche cada vez está más cerca, y sí: está oscuro y sé que el coche no me puede ver y quiero echarme a correr y no puedo. O voy paseando por un prado, bueno, en realidad es una ladera, y de pronto baja rodando un enorme pedrusco, una esfera gigantesca que cae rodando desde muy arriba, directamente hacia mí. Quiero evitarla, y al principio lo consigo, pero entonces la esfera cambia de dirección y se viene directamente hacia mí, con el serio peligro de arrollarme, y de repente no me puedo mover, ¡estoy clavada en el sitio, como si hubiera echado raíces!

—Pero, ¿nunca has soñado que estabas como paralizada por una amenaza muy concreta?

—¿Es que no te parece algo concreto esto?

—Sí, pero quiero decir real, así como lo verdaderamente histórico...

—¿Qué?

Viktor bebió un vaso de agua y lo intentó de nuevo:

—Por ejemplo, alguien viene a por ti y...

—¿Y a santo de qué iba a venir alguien a por mí?

—Bueno, de niño siempre soñaba que alguien venía, que venía a por mí, más exactamente: que venía a por nosotros, a por mi madre y a por mí. Mi padre, curiosamente, nunca aparecía en estos sueños. Primero oía un ruido de botas que retumbaban a paso ligero en la estrecha escalera de la casa. No sé cómo sabía que eran hombres con botas, pero llevaban botas. Entonces aporream la puerta, muy fuerte, pronto da la impresión de que quieren echarla abajo. Mi madre y yo corremos a la ventana y miramos a la calle. Es de noche, pero divisamos delante de la casa a unos hombres con largos abrigos de cuero. Corremos a una habitación que da al patio trasero y también miramos por la ventana. El patio también está lleno de hombres. De hombres de la GESTAPO. No sé por qué lo sabía, pero lo sabía. Los nazis vienen a por nosotros. Entretanto, el ruido junto a la puerta se había vuelto ensordecedor, estaban intentando

echarla abajo. Seguía teniendo el impulso de correr, ahora con mayor motivo, quería correr, correr y esconderme donde fuera, pero de pronto no podía. Tiraba de mis piernas, pero ya no podía moverlas, o sólo tan despacio que habría necesitado varios minutos para dar un paso. A cosas así me refería. A cosas que ya han pasado alguna vez en la realidad, pero lo de la esfera gigantesca...

—Eso de la esfera salió en una serie de la tele que pasaban entonces. Puede que lo viera y lo elaborara en sueños. Y...

—¡Pero si en aquel entonces en tu casa no teníais televisor!

—Nosotros tuvimos televisor muy pronto. Además, tampoco recuerdo exactamente cuándo fue. Y tú, probablemente, oirías algo que contaban en tu casa.

—¿En tu familia, se hablaba de la época nazi?

—No.

—Pues eso. En la mía tampoco. Ni una palabra. Te aseguro que entonces, en mi casa, nada de nada. Pero en mi sueño era todo tan plástico, tan concreto como tuvo que serlo en la realidad, y...

—¿Y cómo te lo explicas?

—¡Lo he vivido de verdad!

—No puedes haberlo vivido. Los dos somos de la quinta del 55.

—Antes. Yo fui un niño pequeño judío y vinieron a por nosotros y me morí.

—No estarás hablando en serio.

—Y después de la liberación volví a nacer. A ver, ¿cómo si no podría haber visto en mis sueños estas imágenes con tanta intensidad y concreción? Aunque...

—Viktor, ¡estás como un cencerro! Alguna cosa pescarías entonces. ¡Qué cosas, que volviste a nacer! ¡Pero eso no te lo puedes creer ni tú!

—¡Gundl! Tú, precisamente tú, ¿qué sabes tú de creencias?

—¡Hildegund! Cantidad. Estoy casada con un profesor de religión.

—¿Qué? Pero... ¡Ah, bueno! Así que estás casada con un... ¿pastor?

—No, mi marido es profesor de religión católica.

—¡Pero eso no puede ser, si no pueden casarse! ¿Qué cuento es ése?

—Viktor, no he dicho que fuera sacerdote. No ha sido ordenado, ni lleva alzacuellos ni nada que se le parezca. ¿Estás tonto? He dicho profesor de religión.

—¿Que no ha sido ordenado? ¡Con lo a gusto que lo ordenaría yo rey de los cornudos!

—¡Viktor!

Lo de correr, las correrías con la pandilla y lo de irse corriendo todavía le complicó la vida durante una temporada, y cada vez le resultaba más trabajoso porque dormía demasiado poco. ¿Lo habló al fin con su madre? Con su padre seguro que no, pero ¿tal vez le contara algo del sueño a su madre? ¿Fue ella la que le explicó que esas cosas habían sucedido de verdad? Que él probablemente había pescado algo de lo que se contaba o se decía por ahí y que en su fantasía... no. Quién le había dicho que esas historias habían sucedido hacía mucho y no en la ciudad en la que vivían ahora... no. ¿Se le había ocurrido a él solo de repente, sin hablar con la madre o con cualquier otra persona, que la madre de su sueño en modo alguno podía ser su madre? La madre de su sueño siempre iba con la cabeza descubierta, y su madre en cambio siempre se tapaba el pelo con un pañuelo. Y el cuerpo voluminoso y tosco de su madre no tenía ninguna semejanza con la mujer delgada y ágil que le apartaba de la ventana en su sueño. La ventana. ¿De qué ventana se trataba, además? La casa, en sus sueños, no era la de sus padres. ¿Quién le había contado que lo que veía en sus sueños ya había sucedido en la realidad? ¿Algún amigo? ¿Fernando quizás? Seguro que no. No podría haber jugado a *cazar marranos* si hubiera establecido alguna relación.

Estas historias flotaban en el ambiente. Se comentaban. Se intentaba explicarlas, tranquilizar. Pero, al mismo tiempo, no existían. No se comentaban abiertamente. Se mantenían en la penumbra. Palabras oscuras, gestos, tonos de voz, estados de ánimo, le habían permitido fantasear, altivo y gozoso en el juego, con Fernando, y dominado por el miedo en ese sueño. Y él no estaba a la altura de su fantasía. Si la casa no era la casa de sus padres, si la madre no era su madre, se preguntaba qué podía significar. Si miraba en la vida de otras personas, ¿se trataba de una catástrofe ocurrida en el pasado o —lo que era igualmente posible de imaginar— aún por venir, que fuera a producirse en el futuro? Todo esto superaba la fantasía del niño, Manoel, el profeta, y al final, volatilizándose, acabaría depositándose en el suelo de su rutina diaria, que le era familiar y que al mismo tiempo ya le resultaba suficientemente enigmática.

Cerró los ojos, aunque no conseguía dormirse. En algún momento, sin embargo, se durmió. Cumplía las instrucciones de su padre. Aunque le resultaran totalmente incomprensibles.

Como que ciertas noches se prendieran dos velas y se colocaran encendidas dentro de un armario. Luz escondida. Nadie que pasara por la calle y mirara dentro de la casa, nadie que entrara inesperadamente podría verla. Era así. Por lo que fuere. Ni él mismo recordaba, al despertar, que había unas velas encendidas desde la noche anterior en el armario. Quizás ya se habrían apagado.

Ponían el horno a calentar, tanto que se ponía al rojo vivo, y lo llenaban de leña, toda la que cupiera, y después estrangulaban el tiro, para que las brasas duraran todo lo posible. Al día siguiente no guisaban, pero todavía quedaban brasas en el horno.

Permanecían sentados juntos, sin moverse. Reinaba una atmósfera de devoto recogimiento, pero hacía demasiado calor en la habitación para devociones. El muchacho aún estaba sudoroso por la carrera que se había pegado para volver a casa. Ahora estaba sentado allí y seguía sudando. Era normal. Pero algo le decía: no es normal. No le cabía en la cabeza que eso era lo que hacían todas las familias. Aunque sólo fuera porque sus amigos, contrariamente a él, no parecían tener ninguna prisa a la puesta de sol, ni sentir apremio por volver a sus casas cuanto antes. No quería saberlo. El padre era raro. Pero también otros padres eran raros. A lo mejor, hablando de padres, lo normal no existía. ¡Lo normal! ¿O acaso era normal que nada fuera normal? El padre de Pedro, por ejemplo. Siempre arrojando objetos. Lo que más le gustaba era arrojarle el manajo de llaves a su hijo. Pero no me ha dado nunca, decía Pedro con una risa de conejo. Un pobre muchacho. No porque su padre fuera tan raro, sino porque tenía cara de conejo. Sobre todo cuando reía con su risa de conejo. Se imaginaba a Pedro en su casa, corriendo de un lado a otro como un ratón mientras su padre trataba de alcanzarle con el manajo de llaves. ¿Qué es normal?

Todas las maestras del jardín de infancia son *seños* buenas. Pero hay una *seño* buena que es una *seño* buena mala, contó Viktor en casa. ¡Lo que se rió su madre! Eso fue entonces, cuando su padre ya se había ido, la mayor pasión de la madre: reírse tanto cuando Viktor decía algo que

se le saltaban las lágrimas. Contaba en su presencia a los demás sus continuas ocurrencias y todos se reían. Se volvió realmente creativo, pero estaba hecho un mar de dudas. ¿Y si realmente no hubiera posibilidad de acuerdo con los adultos? ¿Tan ridículo era lo que a él le parecía tan serio? Las cosas se estaban poniendo serias, lo notaba, lo de vivir sin preocupaciones se había acabado. Cuando los padres hablaban entre ellos, era algo serio, pero cuando él decía algo y lo decía en serio, su madre se reía. Así que Viktor no volvió a despegar los labios.

—Pobrecito. ¿Es verdad que tus padres están divorciados? (la *señorita* buena).

Viktor no lo entendía. Papá se había ido a vivir a otra casa que le quedaba más cerca del trabajo. Para no tener que coger el coche y desplazarse tan lejos todos los días. Eso es lo que su madre le había contado y que él se creyó a pies juntillas entonces. ¿Divorcio? ¿Pobrecito? Él no decía ni pío.

—¡Ahora tienes que rezar mucho!

Era una guardería municipal. Del Ayuntamiento de Viena. De la Viena roja. Donde las maestras llevaban medias gruesas e incitaban a los niños a la oración. ¿Hasta qué edad sentiría Viktor ganas de arrojar bombas, cuando se acordaba de eso? ¿Hasta pasados los cuarenta y cuatro? No, esos impulsos se habían terminado de una vez y para siempre, ahora todo era diferente. Aunque fuera incapaz de articular palabra durante varios minutos porque la chica con la que hubiera estado dispuesto a arrojar bombas era hoy la mujer de un profesor de religión.

Tanto le incitaron a la oración que al final se negó a ir a la guardería. Los otros niños jugaban y a él le pedían que rezara. Y después de la comida, cuando se suponía que todos tenían que echarse a dormir —y no era nada fácil dormirse—, él tenía que tumbarse de espaldas con las manos cruzadas sobre el pecho. Dormir como si estuviera amortajado. La palabra «amortajado» aún no pertenecía a su vocabulario entonces, pero el recuerdo de aquellas circunstancias era tan intenso que cuando aprendió esa palabra enseguida pensó en ello.

La madre no podía quedarse en casa con él, tuvo que ponerse a trabajar de nuevo. Viktor se colgaba de ella, se aferraba a las patas de la mesa, de las sillas, de la cama, a los pomos de las puertas, a los grifos y a las macetas. Tengo que ir a trabajar. Llévame contigo. No puede ser. No

puede ser, no puede ser y no puede ser. Finalmente, los abuelos, los padres del padre, se declararon dispuestos a ocuparse de Viktor. Transitoriamente. Además, pronto iría al colegio.

Los abuelos eran personas mayores que ya no tenían que trabajar. Viktor, por supuesto, estaba equivocado. Estuvo acompañando durante mucho tiempo a su abuelo al trabajo engañado, sin darse cuenta de que el abuelo no iba ocioso al trabajo. Por otra parte: claro que iba ocioso al trabajo. Pero en eso consistía precisamente su trabajo.

Tras sobrevivir, contra todo pronóstico, a la dictadura de Hitler, el abuelo decidió que ya era hora de vivir. La pregunta ¿de qué? debió de parecerle irrelevante, puesto que había tenido que vivir con nada y con menos que nada. Exigió una indemnización, no de la Administración o de las autoridades, sino directamente del propio destino. De ahora en adelante sólo se dedicaría a una única cosa, a su actividad preferida: pasarse las horas sentado en un café.

¿Cómo se podía vivir de eso? El destino respondió a su solicitud de manera nada burocrática. Encontró un trabajo de representante en una empresa de cafés y su cometido consistía en ir de café en café preguntando cuántos kilos de café iba a tener que servirles la semana siguiente y si iban a necesitar más servilletas de papel y terrones de azúcar de propaganda con el nombre de la empresa. Cada día visitaba unos cuatro o cinco cafés, leía el periódico en el primero de ellos, en el siguiente asistía, como mero espectador, a una partida de cartas, y jugaba al billar en el tercero. En todos los sitios conocía a los parroquianos más asiduos y él era el único que era parroquiano asiduo en todos los cafés. Discutía de política y de fútbol y, a fuerza de escuchar los debates en los cafés, estaba al tanto de todos los montajes que se estrenaban en Viena sin haber puesto jamás los pies en un teatro. En el momento de marcharse de un café para ir al siguiente, tomaba nota del pedido para su empresa. Hacia las cinco de la tarde, al llegar a casa, antes de quitarse el abrigo, decía a su mujer:

—¡He tenido un día agotador! ¡Venga, Dolly, vámonos al café!

Viktor prefería acompañar a su abuelo a quedarse en casa con su abuela. Ella, básicamente, apenas hablaba con él, sino sólo de él. El abuelo le llamaba Viktor, la abuela le llamaba «el niño». Cuando le pedía algo, ella no le contestaba «no hay» o «lo siento Viktor, no nos lo podemos permitir», sino que decía «pero qué niño más exigente».

Viktor estaba acostumbrado a que los abuelos estuvieran encantados de tenerle allí, de que existiera. Siempre había sido así, ya era así antes, cuando iba a visitarles.

—¡Viktor, tesoro! (el abuelo).

—El niño es un rayo de sol (la abuela).

Pero ahora, instalado en casa de ellos, aprendió a ser un cuerpo extraño, un factor de distorsión en un sistema de rituales sencillo, pero completo. Los mismos rituales se repetían a diario, siempre igual. A Viktor, mientras le resultaron ajenos y misteriosos, no le dejaron hacer preguntas, y, una vez familiarizado con ellos, mucho menos cuestionarlos. La hora del desayuno: la abuela preguntaba al abuelo qué quería para desayunar.

—¡Pero Dolly! ¿Por qué me lo preguntas? ¡Si ya lo sabes!

Como todos los días, la abuela se iba a la cocina con cara de indignación, echaba en la sartén huevos y jamón —como siempre, ya se había ocupado de que no faltaran los huevos y el jamón— para acabar plantándole el plato encima de la mesa con estas palabras:

—¡Aquí lo tienes, tu pescado relleno!

Viktor preguntó una sola vez si a él también podían darle pescado relleno.

—¿Dónde aprenderá el niño estas cosas?

Viktor no volvió a preguntar nunca más. Le daban un pan con mantequilla y dos cuartos de una manzana pelada y sin pepitas. Tampoco preguntó nunca por qué llamaban pescado relleno a los huevos con jamón. Aquí nada era normal, pero eso era lo normal. El jamón, de pronto, volvía a llamarse jamón —cuando el abuelo dejaba de comerlo:

—¿Por qué no te lo acabas, Richard?

—¡Ya está frío!

—¿Ah, sí? ¿Y sólo porque está *frío* no te lo vas a comer, el jamón?

Viktor no tardó en saberse de carrerilla todos los diálogos de la obra que sus abuelos representaban a diario, y habría podido recitar en voz alta y por adelantado la frase siguiente si alguien le hubiera dado la entrada. Sólo lo hizo una vez.

—... ¡ya está frío!

—¿Ah sí? ¿Y sólo porque está *frío* no te lo vas a comer, el jamón? (Viktor).

—¿Quién le ha preguntado algo al niño? (la abuela).

Viktor era un niño flaco, con una acusada necesidad de moverse. Pero tuvo que aprender a estarse sentado y quieto durante horas. Durante las comidas. Y los días que se quedaba en casa con la abuela. Allí, lo único que se movía eran las tijeras cuando le daban un recortable. Castillos, palacios, estaciones, aviones, barcos, sentado y quieto, construyendo todo un mundo de trabajos manuales. Prefería acompañar al abuelo, así podía caminar a su lado de café en café. Qué estupendo era volver a estar sentado en un café, el abuelo y el nieto se miraban satisfechos y el abuelo decía:

—¡Qué me dices, Viktor! No está nada mal lo que camina tu anciano abuelo, ¿verdad?

Y la dicha era completa cuando la abuela les acompañaba, y Viktor no tenía que escuchar la frase: «¿No puede estarse quieto este niño? ¡Esto antes no pasaba!», mientras los abuelos disputaban una interminable partida de bridge en el café Monopol.

Se pasaba las horas sentado, y con los ojos bien abiertos. Pero no veía nada. Era como si tuviera que contemplar el mundo a través de un cristal opaco.

Después le llevaban a casa de su madre. Ahora, ya le tocaba ir al colegio.

—El niño es muy bueno. ¡Puedes estar orgullosa de él!

—¡Viktor es mi tesoro!

Poco faltó para que la primera *caza de marranos* fuera también la única. Al día siguiente, los chiquillos volvieron a reunirse, como con resaca por la borrachera de poder de la víspera. La pasión espontánea que Fernando había sido capaz de suscitar expresando una mera sospecha así no se podía repetir. En el comportamiento, esforzadamente altivo, de los chicos se mezclaban los escrúpulos y el miedo.

¡*Oh José, José Pinheiro!*, gritaba siempre Fernando, y quería que salieran todos a paso ligero, lo acosaran y lo emplazaran. Pero ¿y si tampoco en esta ocasión conseguían probar sus sospechas? ¿Cuántas veces más podrían bajarles impunemente los pantalones a niños cristianos? ¿Y no tenía José dos hermanos mayores y más fuertes? Con uno que, a diferencia de Paulo, hubiera tenido la posibilidad de defenderse, el grupo se habría disuelto por sí solo.

Fue precisamente él, el niño rechoncho, el acólito, el que supo amalgamar la obsesión impaciente de Fernando con los escrúpulos que detenían a los demás, en un sistema que finalmente les permitió extender durante meses la *caza de marranos* con un celo ininterrumpido y una sensación de poder inquebrantable, sin miedo a castigos o sanciones.

—Si pudiéramos tener la seguridad —dijo Mané— de que los Pinheiros son judíos clandestinos, si encontramos en José la prueba definitiva, entonces los hermanos no podrán hacernos nada. Todos el mundo estará furioso contra ellos, antes incluso de que se les ocurra pensar en hacernos algo. O sea, que tenemos que conseguir estar seguros. Pero ¿cómo? Pues...

Su retórica era más que notable para un muchacho de su edad. Los chiquillos tenían los ojos clavados en él, Fernando señaló hacia Mané con el índice, como el soberano que cede la palabra a aquel del que sabe que no es más que el eco de sus pensamientos inexpresados.

Asintió y volvió a señalar hacia Fernando con un gesto que pretendía ser elegante.

—Fernando nos ha proporcionado todas las pistas. ¿Acaso no nos ha explicado siempre las herejías secretas de los que fingen ser cristianos? Fernando nos ha enseñado que el agua con que se bautiza a un judío es agua derramada en vano, igual que el mar no se vuelve dulce por mucho que el Tajo desemboque en el océano. En nuestras manos y en nuestra vigilancia está encontrar las pruebas necesarias.

Era el discípulo más aventajado: era capaz de repetir, compendiar, interpretar y ordenar todo lo que Fernando había dicho sobre los judíos clandestinos, que adquiriría así la apariencia de una malla densa e invulnerable que podía ser arrojada sobre cualquier sospechoso. Nada ni nadie podría escapar.

Si los cristianos nuevos eran en su mayoría realmente unos farsantes, había que estar atento, pues todo mentiroso puede ser desenmascarado. ¿No había contado Fernando que los judíos clandestinos profanaban las hostias regularmente? ¿Que tenían que profanarlas? ¿Pero de dónde las sacaban, las hostias? Pues sólo podían sacarlas de la iglesia, de la santa misa, cuando, en vez de tragar las hostias durante la comunión, las escondían para poder llevárselas a casa. ¿Y si, ahora, a fuerza de vigilarlos, los pillaban? Y también están los preceptos de la comida. Por ejemplo,

¿los Pinheiros suelen rechazar a veces las invitaciones para no tener que comer comida que no es kosher? Había que comprobarlo.

Habló largo y tendido, y cuanto más hablaba, más crecía la magnitud de su tarea, tanto como menguaba el miedo de los chicos. ¿No es la escopeta requisito de la caza? Todos asintieron. Estableció reglas y leyes que se sacó de la manga. Las leyendas de Fernando, sus propias exigencias, todo se amalgamó en un esbozo de procedimiento auténticamente burocrático, que significó en cierta medida un contrapeso en esa ciega carrera de cuando empezó la *caza del marrano*. Iban a necesitar paciencia, mucha paciencia. Había que tomar nota de todo, de absolutamente todo, la observación más nimia podía ser significativa.

¡Y nada de persecuciones a partir de la puesta del sol, pues la verdad tenía que salir a la luz, a la luz! Y no en la dudosa penumbra del anochecer. A todos les pareció lógico. Y si se ponía a llover, pues había que interrumpir de inmediato las persecuciones, pues la lluvia, en esa precisa circunstancia, podía ser una señal de que Dios quería lavar al sospechoso de toda sospecha. Sabía que a Fernando le gustaba considerarlo todo como un oráculo de Dios, una indicación divina, y, a su vez, no quería volverse a ver nunca más obligado a tener que justificarse ante su padre por llegar con la ropa mojada o sucia.

—Y por lo que se refiere al sabbat, al sábado... —no acabó la frase.

—¡Quien respeta el sabbat no trabaja!

—¡Ni guisa!

—¡Y se pone ropa limpia!

—¡Pero donde no se guisa tampoco hay humo!

Como si se le hubiera atragantado la frase, porque todos estaban tan excitados que hablaban al mismo tiempo. Quería añadir algo, quería... dijo:

—Si los Pinheiros respetan el sabbat se quedarán todos en casa. O intentarán quedarse en casa. Llamáramos demasiado la atención si anduviéramos siempre todos merodeando alrededor de la casa...

—Nos turnaremos —dijo Fernando.

—Sí, nos turnaremos, siempre de uno en uno, tenemos que...

—Tenemos que descubrirlo todo, pero siendo invisibles.

—Eso. Invisibles —después ya no dijo nada.

Ahora todos querían interrumpir la reunión de inmediato, tenían prisa por iniciar la cacería. ¿Por dónde empezar? ¿Qué podían hacer en ese mismo momento? Apremiaban a Fernando para que les impartiera las tareas. Fernando estaba impresionado. Se veía a sí mismo confirmado ahora en su autoridad cuando poco antes habían estado a punto de negarle la obediencia. Sí, él era aquí el rey... y el chico rechoncho su burocracia.

Así que Mané aprendió a ver. O, mejor dicho: podría haberlo aprendido. No era muy rápido cuando se trataba de comprender las cosas. Era el testigo que no veía nada. Estaba con ellos porque, como acólito, corría con ellos, pero con la mirada se alejaba corriendo. Sus ojos habían contemplado el camino embarrado que muchos pies, a ratos en formación, habían recorrido a paso ligero, los hierbajos polvorientos, los matorrales, el muro del cementerio. La mano de Fernando, la que sujetaba la vara, los leves movimientos rotativos de su muñeca. Esa muñeca más grande de lo normal, amenazadora como si fuera totalmente autónoma. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, sólo sombras fugaces —pero el asunto, lo que buscaban cuando le bajaron los pantalones a Pablo, eso no lo había visto. Había visto un movimiento, que sólo había sido el movimiento de sus propios ojos, surgiendo de la niebla y adentrándose en las grises sombras que se extendían detrás de ellos sobre la línea de las casas, había dirigido la mirada hacia allí, desde donde los podían ver, las ventanas— como una hilera de ojos tapados, todos los postigos cerrados, no, no había visto nada.

Ahora se esforzaba en mirar las cosas con mayor precisión. Escondido en algún lugar, fijaba pacientemente la vista; al caminar, observaba por el rabillo del ojo, trataba de ver con los párpados entornados, y con la cabeza inclinada en actitud meditabunda, intentaba, siempre que podía, clavar la mirada en lo que quería ver. Pero observaba demasiado para poder ver algo realmente. Observaba lo que quería observar, pero al mismo tiempo también a los otros que observaban con él. Y a la vez se observaba a sí mismo y también si les observaban. Cuando después hablaban de lo que habían estado observando, nunca había visto lo que habían visto los demás, aunque podía participar porque él también había estado allí. Él era sin embargo el que mejor recordaba todos los informes, el que mejor los ordenaba en la memoria, al tiempo que los catalogaba y los tenía a mano cuando se los pedían. Él era el archivo.

Los Pinheiros, cuando iban a la iglesia, ¿se santiguaban con agua bendita? La señal de la cruz, ¿cómo la hacían? Durante la misa, ¿rezaban de verdad o sólo movían los labios? La hostia, cuando comulgaban, ¿se la tragaban de verdad?

Los niños, estratégicamente repartidos por la iglesia, vigilaban desde distintos ángulos y con la máxima concentración el comportamiento de los Pinheiros en cada momento de la misa. Pero él, mientras observaba fijamente, siempre intentaba establecer un contacto visual con los demás, siempre cruzaba miradas con los demás, con lo que acababa tejendo una red en la que se enredaba. Se fijó de repente en que su padre no cruzaba las manos como es debido, pues escondía los pulgares entre los dedos índice y corazón. Esto significaba... esto no tenía por qué significar nada, no quería verlo, no veía nada, hasta que fue consciente de los extraños movimientos a su lado: su padre balanceaba el cuerpo adelante y atrás en el Gloria Patri. Alzó la vista, miró a su padre, que le miró y que interrumpió de inmediato aquel insólito movimiento.

El padre de José no se había quitado el sombrero durante toda la santa misa y se había pasado el rato sentado sin participar. Pero decían que estaba enfermo y casi sordo. Los otros miembros de la familia habían rezado en voz alta y habían participado de forma manifiesta en la misa. ¿Tal vez de forma excesivamente manifiesta, incluso exagerada? José no se había golpeado el pecho durante la elevación del cuerpo de Cristo: ¿cabía considerarlo como una muestra oculta de rechazo deliberado?

Él esto no lo había visto. Lo que vio fue el mero ser visto. Vio su propia espalda inclinada en el banco de la iglesia, su cogote redondo. Vio, al pasar por delante de la casa de los Pinheiros para atisbar a través de las ventanas, a una mujer detrás de la puerta abierta del balcón de la casa de enfrente que, en ese preciso momento, daba un paso atrás y se metía en la habitación. Vio a dos hombres que conversaban, parados en el lado de la calle que quedaba a la sombra, que dejaron de hablar unos instantes para mirarle antes de reanudar su conversación, pero que como por casualidad cambiaron de posición, de modo que pudieran seguirle con la mirada. Vio rostros, detrás de las ventanas, que desaparecían grises en la penumbra de las habitaciones. Si contenía la respiración y mantenía los ojos fijos en la deslumbrante luz del sol, le parecía oírlo: ver y ser visto.

El pueblo era pequeño y hacendoso. La de ruidos que había allí. Era como si oyera las vibraciones de las pupilas y el zumbido de las miradas tensas que se cruzaban por doquier.

De día, le asaltaban las imágenes del sueño. De noche, reconstruía las imágenes del día. Durante una temporada, le costó mucho dormirse. La mirada sobre las hileras de ventanas cerradas. El camino embarrado. Se veía a sí mismo como le veían los demás, veía su espalda. Su espalda ocultaba el asunto de las miradas. Por más que frotaba y apretaba, no veía nada. Lo sacudía, conteniendo la respiración, lo sacudía con el pulgar y el índice, ahora sentía la necesidad de coger aire, lo hizo como si estuviera haciendo algo prohibido, el pecho no le subía ni le bajaba, sólo se agitaba levemente, paró y tiró nuevamente del prepucio, lo retiró hacia atrás, lo soltó y notó que el miembro se le movía debajo de la mano abombada. Cerró los dedos a su alrededor y lo apretó hasta que se empinó. Le gustaba apretarlo hacia abajo y luego soltarlo. Entonces recordó que Dios lo ve todo desde el cielo. Podía verlo todo, todo al mismo tiempo. Ahora, pensaba, a esta hora, en la que no hay nada que ver porque todo el mundo duerme, Dios debía de estar especialmente pendiente de él. Era de noche, no había nada que ver pero de todos modos Dios seguía viendo. Estaba la luz, en la que podía verse todo, hacia esta luz tenía que dirigirse él. ¿Quién podía creer en un supuesto Dios que exigía a los hombres que se cortaran algo allí abajo y que luego volvía la vista hacia otro lado? Cerdos. Rezó un padrenuestro, con la mano abombada descansando sobre el miembro como un pequeño escudo protector. Durmió mal, como siempre.

La *caza de marranos* iba tomando cada vez mayor amplitud. Decidieron limitar su observación a una única persona y a su familia, ya que su propósito consistía en cazar a una sola víctima. Pero la familia escogida, en múltiples aspectos, estaba relacionada con otras. Así que, aunque por el momento la sombra de la sospecha no se fuera espesando, sí se iba alargando. No podían vigilar a José, a sus hermanos y a su hermana sin plantearse finalmente si todos aquellos a los que frecuentaban también eran judíos clandestinos.

—Pues claro que los cerdos judíos forman comunidades, que tratan de juntarse entre ellos. Es lo más natural —decía Fernando—. ¡En cuanto consigamos pruebas contra alguno, caerán todos los demás!

Las observaciones se ampliaron y, entre los miembros del grupo, se repartieron las tareas.

José tenía una hermana, María, un año mayor que él. Su comportamiento de adulta dentro de un cuerpo aún infantil resultaba en cierto modo literalmente modélico en su caso, se vislumbraba en efecto la mujer que sería alguna vez, por lo menos él lo veía así. Vio algo en ella. Pero nada que pudiera contar en el círculo de los hidalgos. Por primera vez, observando a María, no vio su propia espalda, que en el recuerdo le distorsionaba la visión de lo que había querido observar; por el contrario, la vio a ella realmente, y ella de repente le miró, con mirada inquisitiva o curiosa, y entonces él se vio a sí mismo agachando la cabeza y tropezando con una piedra o riéndose tontamente. Se vio por delante —con los ojos de ella—. María llevaba el pelo negro recogido en una gruesa trenza. ¿No había contado Fernando que las muchachas judías sólo se cortan el pelo cuando alcanzan la mayoría de edad? Por otra parte, su propia hermana también llevaba... ¿le habían cortado el pelo alguna vez? No lo sabía. Sólo sabía que ahora, de pronto, había un gran desasosiego en el ambiente y: sus ojos. Tenía el pelo negro, pero los ojos muy claros. Cuando pensaba en ella, en realidad siempre veía sus ojos. Y con sus ojos. Cuando todo dormía y él sólo esperaba poderse dormir al fin, veía esos ojos claros, que probablemente eran azul claro, y veía las venas azules de los brazos de Fernando, y le parecía bonito ver cómo se movía su miembro debajo de su mano.

Al conjunto de observaciones reunidas sobre una persona los chicos lo llamaban sumario. Fernando había dicho que había que llamarlo sumario. Estos sumarios eran cada vez más numerosos, y cada sumario más extenso. Y él era el único que aún era capaz de aclararse con las innumerables observaciones reunidas, el único en disposición de contar todo a partir de un nombre o de una palabra, el único que podía relacionar los argumentos a favor y en contra, establecer las interrelaciones. Tenía presente aún el informe pormenorizado de las cuatro inspecciones de la basura de los Pinheiros —la primera efectuada hacía dos meses—, qué residuos habían encontrado y qué conclusiones habían sacado sobre los usos alimentarios de la familia. Para los demás, las últimas impresiones siempre prevalecían, las anteriores se diluían o se confundían, y se las adjudicaban a otras personas con inexactitudes en los pormenores. Pero

en su archivo mental, todo conservaba un valor idéntico e inalterable, podía ir hojeando las páginas de su cabeza y nada se le escapaba. Sentía que ahora era importante dentro del grupo y que por fin contaba con un reconocimiento de igual a igual, porque ya no sólo era un acólito que corría con la pandilla, sino que desempeñaba una función especial. Su cuerpo rechoncho ya no parecía tan poco agraciado ni tan ridículo, sino directamente proporcionado. Rebosaba de sapiencia.

Y sabía que su autoridad crecería más todavía cuando por fin aprendiera a leer y a escribir. Cuando fuera él el encargado de registrar todo por escrito y de administrar los sumarios. Esta intuición se convirtió en una obsesión: poder fijar y recopilar todo el saber acumulado por escrito.

Efectivamente, sucedería pronto. Sus padres ya se estaban asesorando al respecto. Su padre le regaló un sombrero, como los que llevaban los adultos, y dijo que había llegado la hora de aprender a leer.

Pero ¿dónde? ¿En los jesuitas? Mandar por lo menos a uno de los hijos a estudiar con los jesuitas o con los franciscanos era considerado un signo de especial religiosidad y aumentaba el prestigio de la familia. Pero el padre tenía reparos. Nadie sabía con claridad cuáles. Parecía que algo en la idea no acababa de ser de su agrado.

Al propio muchacho, por un lado, le habría gustado ir a los jesuitas. Por el otro, ahora que tanto disfrutaba de su reciente importancia entre sus amigos, implicaba estar separado de ellos durante largas temporadas. Habría representado el fin de la *caza de marranos*. El fin de la sensación de poder y del reconocimiento, el fin de una cacería que para él significaba, entre otros, pero no sólo, tener también a María en el punto de mira.

No, en los jesuitas no. El padre pretendía enseñar él mismo a Mané. Y aunque el chico estaba deseoso de aprender, con su padre no progresaba, no tanto como se había imaginado en cualquier caso, porque su capacidad de concentración se veía obstaculizada por esa extraña fuerza interior que, aquí, en la casa, le impulsaba, en la medida de lo posible, a cerrar los ojos y a no darse cuenta de nada. En cuanto se sentaba a la mesa con su padre se sentía presa de una plúmbea rigidez, con tanta intensidad que ni siquiera era capaz de aparentar que se concentraba. Se le

cerraban los ojos todo el rato. Sí, dormía mal, siempre se acostaba demasiado tarde y, para colmo, dormía mal. Pero no era éste el motivo.

Su padre había traído de alguna parte unos naipes pequeños, algo más gruesos que los de la baraja, en cada uno de los cuales figuraba una letra. Fue aprendiendo a reconocer todas y cada una de las letras. Después, el padre le puso varias letras juntas, unas al lado de las otras, de modo que formaran una palabra, y él tenía que unir las. Así durante semanas. Él quería aprender a escribir, pero el padre, aquel cuerpo inasible a su lado, que olía fuerte, que hablaba por encima de su cabeza inclinada, ese padre decía que primero había que aprender a leer. Que lo más importante era saber leer.

Siempre esos naipes y los párpados pesados. Y después, a la calle otra vez, de vuelta a la luz, al poder y a un permanente y vigilante estado de tensión.

A Fernando lo enviaron a la escuela pública de la Rua da Consolação.

¿Por qué no podía él también ir a ese colegio? Una mañana, sencillamente, se plantó allí.

La *escola pública* era una sala adaptada de forma provisional, casi una nave, que antiguamente había servido de almacén de una familia de comerciantes que se había marchado; el caso es que, por algún motivo, había desaparecido. Algunos barriles y grandes cajas de aquel entonces yacían desparramados: a ellos, ahora se sumaban unos cuantos bancos y mesas dispuestos de cualquier manera. De la pared frontal de la sala colgaba una lámina con el abecedario. La parte inferior de las paredes estaba cubierta de moho, y el olor a podrido de la cal húmeda se mezclaba con la acre fetidez a fermentos de los barriles y cajas, y con los efluvios sofocantes de especias de los sacos de yute vacíos apilados en un rincón del fondo que soltaban una nube de polvo cuando un niño se dejaba caer sobre ellos. A eso había que añadir el tufo penetrante a sudor y la pestilencia que emanaba del retrete, al que se accedía por uno de los lados bajando tres peldaños, y que no tenía puerta pues era en realidad un espacio subterráneo lateral, con suelo de barro pisado, una letrina provisional excavada en la tierra con un poco de paja al lado para tapar los excrementos.

En la nave, en el aula, sentados, de pie, correteando, se mezclaban los niños de siete años y los de cinco, envueltos en una nube de ruido y

de malos olores que lo asfixiaban. Se quedó pegado junto a la pared posterior del aula, al lado mismo de los sacos, con la cabeza gacha hundida entre los hombros y los brazos detrás de la espalda. Nadie le preguntó quién era, ni si estaba matriculado, ni si había pagado la cuota. El maestro era un antiguo soldado que había perdido una pierna en la guerra contra los moros. Parecía empeñado en que los niños dijeran todos a una la letra que señalaba en la pizarra con su muleta. Intentaba juntar las letras y formar palabras, pero no lo conseguía porque carecían de sentido para los niños, pues se trataba de palabras en latín sacadas de la liturgia. El alboroto iba en aumento, con lo que el maestro soltó un grito, dio un brinco sobre su única pierna y se plantó en medio de los alumnos, al tiempo que blandía la muleta de un lado para otro. A golpe de muleta fue abriendo pasillos en el grupo de escolares turbulentos hasta que enganchó a uno y lo arrastró por los pelos, a la pata coja, hasta la pizarra.

Al chico que estaba agazapado junto a la pared del fondo se le puso la carne de gallina. Sacó lentamente las manos de la espalda y vio que tenía las yemas de los dedos ensangrentadas, varias uñas rotas y sucias de la cal mohosa de la pared contra la que se había apoyado.

¡La primera letra del abecedario! ¡Malditos renacuajos, así os abraséis en el infierno, la primera letra!

Vio a Fernando gritar AH, AH, AH.

Quería ir a los jesuitas, tenía que conseguirlo como fuera, ir a los jesuitas.

—¿Y sabe idiomas? (el director del colegio).

—¡Algo de alemán! (el padre).

—¡Prefieres perder a tu hijo antes que perder la oportunidad de hacer un chiste! (la madre).

El director esbozó una sonrisa que parecía la de un torturador de animales obligado a acariciar a uno porque hay testigos delante. Así sonrió a Viktor, hasta que éste bajó la mirada al suelo. El padre firmó un formulario.

El niño no tenía ningún derecho. Ni siquiera el de saber qué iba a pasar ahora. Su vida oscilaba al compás de un ritmo sencillo: tanto daba que estuviera con los abuelos, con su padre o con su madre; los adultos siempre tenían que ir a algún sitio y él tenía que acompañarles. Su úni-

ca tarea consistía en amoldarse y quedarse sentado y quietecito. ¿Por qué habría que conceder algún significado a esta circunstancia delante del señor de pelo blanco y sonrisa particular? Se trataba de su inscripción en la escuela primaria.

—¡Ahora serás un colegial! —dijo su madre, como habría podido decir: «¡Serás astronauta!». Caminó resignado entre sus padres. Qué irritables estaban.

—¡No tuerzas los pies para dentro con ese modo de andar! —dijo el padre—. ¡Una persona normal camina con los pies ligeramente hacia fuera! ¡Mira mis pies...! ¡No, no tan exagerado, sólo un poco! —dijo el padre—. ¡Docentemente!

—¡Viktor, lo que tu padre quiere decir es decentemente! ¡Para de una vez, siempre le confundes con tus chistes!

Viktor caminaba cabizbajo, pendiente de la posición de sus pies, atento a los movimientos de los zapatos de su padre, negros y brillantes, impecables. Estaba sordo de vergüenza. Abajo, el taconeo de los zapatos sobre el asfalto, derecha izquierda derecha izquierda, y arriba por encima de su cabeza, derecha izquierda derecha izquierda, las palabras de sus padres. El padre se despidió cuando llegaron a su coche. A Viktor le habría gustado darle un beso, pero el padre le tendió la mano sin agacharse. Viktor vio la mano, alzó la mirada hacia la cara de su padre, que, con sonrisa ladeada, decía a la madre:

—¡Lo que pasa es que tú no entiendes mi fino humor inglés!  
Acto seguido, arrancó el coche y se fue.

—¡Con la de veces que le habré pedido a tu padre que hable inglés contigo!

Viktor colocó ostentosamente los pies, derecha izquierda, en la posición correcta.

—Domina el inglés a la perfección. Cuando nos conocimos apenas hablaba alemán, se crió en Inglaterra.

¿Había preguntado Viktor por qué?

—¿Por qué? Pues porque tuvo que irse de aquí, de niño, y fue a Inglaterra. Por... por la guerra. Cosas de aquellos tiempos. El caso es que: cuando naciste, le dije, tú hablas con Viktor en inglés y yo en alemán, así se criará bilingüe. Pero no, no hay quien hable con él, sólo sabe hacer chistes. ¡Vamos Viktor, acelera, tenemos prisa! ¿Sabes lo que dijo? ¡Tu pa-

dre! Vivimos en Viena, dijo, y aquí se habla alemán. Por eso hay dos personas en esta familia que tienen que aprender alemán a la perfección: ¡mi hijo y yo!

Eso es lo que Viktor aprendió ese día: a no volver a caminar nunca más con los pies hacia dentro.

Viktor empezó su vida de colegial. De colegial a la antigua. De leer y escribir desconocía en efecto las nociones más elementales. Eso no son cosas que se aprenden correteando con los demás niños. Aunque algo de cuentas sabía. Era lo único que le había interesado los ratos que había tenido que pasarse sentado y quieto en casa de los abuelos: cómo funcionan las cuentas. Quería entenderlo. Contaba los dedos de su mano, las patas de las sillas alrededor de la mesa del comedor, los lunares rojos del delantal de su abuela, siempre queriendo saber, queriendo entender el funcionamiento. Cómo se llega de una cifra a otra. Cuántas hay entre las dos. La abuela estaba encantada, porque había encontrado una manera de ocuparse ocasionalmente del niño sin tener que comprarle algún juego ni que temer que la casa se convirtiera en un torbellino de intranquilidad y movimiento. Viktor no tuvo canciones infantiles, sino la salmodia de su abuela que recitaba rítmicamente columnas de números que Viktor repetía, batiendo palmas con las manos cuando pasaba una decena. Fueron momentos de éxtasis. El abuelo le regaló un artilugio con unas bolas de colores.

—Es una máquina de calcular —le explicó.

Con ella, Viktor podía pasarse horas enteras tranquilamente sentado, sin agitar las piernas. Movía de un lado al otro las cuentas de colores, con lo que llegó un momento en que estuvo en condiciones de calcular cuántos años tendría cuando los mayores por fin se murieran. Porque entonces lo de tener que ir con ellos a todas partes se acabaría. Eso era lo que le interesaba. ¿Cuánto tiempo todavía? ¿Cuántos años tienen los abuelos? ¿Cuántos años tienen los padres? ¿Cuántos años viven las personas? ¿Cuántos años tendría él, cuando por fin todos estuvieran muertos? La muerte tardaba demasiado en llegar. Eso estaba más claro que el agua. Pero cuando llegó la hora de ir al colegio ya sabía contar hasta cien.

El primer día de colegio. El padre le había comprado la cartera y él la llevó desde el coche hasta el aula. Una vez allí, colocó la cartera al lado de un pupitre en la primera fila y dirigiéndose a Viktor, dijo:

—Tú te sientas aquí, así lo entenderás todo.

—¡Y si no entiendes algo se lo preguntas al señor profesor! —dijo la madre.

—No se dice señor profesor, se dice señor maestro. ¿O es que ya estamos en la universidad? ¡Viktor, al señor maestro tú le dices señor maestro!

—Los demás niños le llamarán señor maestro. Viktor le llamará señor profesor. ¡Le será útil! ¡Viktor, tú le dices señor profesor!

—Si todos le dicen señor maestro, Viktor también le llamará señor maestro. ¿Qué quieres, que llame la atención?; ¡Viktor, si llamas la atención, que sea sólo porque respondes correctamente, no porque estás tan chiflado como tu madre!

Poco después, apareció un hombre que se plantó delante de todos y dijo que era el maestro. Prometió a los niños experiencias emocionantes y abundante diversión. Pero los niños permanecían sentados en sus pupitres, tan envarados como le habían enseñado a Viktor a sentarse a la mesa del comedor de los abuelos. Los padres de los niños estaban todos juntos, de pie, apoyados contra una de las paredes laterales de la clase, como agarrotados, con una sonrisa pétrea en el rostro. Sólo su madre —la vergüenza que pasó Viktor cuando la miró— introducía una nota discordante y llamativa en el cuadro, pues intentaba decir disimulada y silenciosamente algo a Viktor haciendo muecas con los labios y gestos con el índice, que apuntaba al maestro:

—¡Pro-fe-sor!

El maestro preguntó a los niños si estaban de acuerdo en mandar ahora a los padres afuera. Viktor estaba absolutamente de acuerdo, así que con voz alta y clara contestó que sí. Fue el único. Siempre le habían inculcado lo siguiente: ¡si te preguntan algo, contesta en voz alta y clara! Entonces, los adultos abandonaron la clase entre risas. Mientras, Viktor luchaba por vencer dentro de sí una sensación de ardor sofocante y sordo, la insoportable sensación de vergüenza por haber llamado la atención. Oyó que el maestro decía algo, aunque no llegó a comprenderlo, mientras parpadeaba un par de veces para disipar el velo que le cubría los ojos. De pronto vio que sus vecinos de pupitre —se giró, presa de pánico, miró atrás—, que todos los niños disponían delante de sí un cuaderno de tapas azules, un lápiz y una goma de borrar. ¿Cómo es que lo te-

nían todo y él no? Dio un codazo a su vecino de la izquierda y en un susurro le preguntó si tenía otro cuaderno igual. Y un segundo lápiz y una goma de borrar. Y si se los podía prestar.

—¡Hazme el favor!

El chico le devolvió el codazo.

—¿Estás chalado? ¡Déjame en paz!

Bien. Y ahora el maestro se había plantado delante de Viktor y le preguntaba qué pasaba y por qué no tenía el cuaderno abierto encima de la mesa.

—Por favor —dijo Viktor.

¿Serviría de algo llamarle ahora señor profesor? Llanto. Las lágrimas manaban silenciosas, y de pronto, porque no conseguía respirar, se transformaron en un lamento francamente estremecedor. Él no tenía esas cosas y él no sabía...

—No puede ser —dijo el maestro. Todos los padres habían sido informados, en una reunión preliminar, sobre lo que cada alumno tenía que traer el primer día de clase, y añadió—: ¿Ésta no es tu cartera?

Sí. No sé. Creo que sí. Mi padre la ha dejado ahí. Todo esto Viktor no lo dijo. Sólo dijo:

—¡Yo no tengo la culpa!

—Bueno, vamos a ver lo que hay aquí dentro —dijo el maestro, y abrió la cartera. Sacó un cuaderno con las tapas azules, exactamente igual que el de los otros niños, un bonito estuche de cuero, que contenía un lápiz del número 2, igual que el de todos los demás, un sacapuntas y una goma de borrar.

Sus padres lo habían comprado todo, de acuerdo con las instrucciones recibidas. Se habían preocupado de que lo suyo fuera como lo que tenían los demás. Pero no le habían explicado nada. Sólo una cosa:

—¡A la salida del colegio, te recogerá el abuelo, ve un rato al café con él, que luego te llevará con mamá!

En el archivo de la mente de Mané ya existían actas sobre Álvaro Gomez Pinto, que no sólo era el padrino de José, sino también un estrecho colaborador de su propio padre en los negocios... ¿Todavía no se daba cuenta Mané de que se estaba cazando a sí mismo?

Cuando se confesaba, ¿qué confesaba? ¿Quebrantaba el sacerdote el secreto de confesión, como era normal en los casos que podían competir al Santo Oficio? ¿Comentaba Mané en el ámbito de sus amistades los sorprendentes descubrimientos que hacía en su propia familia? ¿Para qué están los amigos? ¿Quién había escrito la denuncia: «Gaspar Rodrigues, judaizante»? Un nombre y una palabra, de trazo rudimentario y tamaño desigual, y con las letras inclinadas ora a la derecha y ora más a la izquierda, toscamente dibujadas sobre una hoja arrancada de un libro que, para colmo, figuraba en el índice. En la parte superior de la página ponía «Gaspar Rodrigues», luego había un espacio en blanco, y abajo, escrito con una plumilla despuntada que hacía borrones de tinta: «judaizante». Entre ambos, el espacio en blanco, como un mensaje adicional, figuraba aquí impreso y prohibido: «No hay más que naturaleza. Pero la naturaleza es un juego de fuerzas enfrentadas, sin valor interno, sin sentido externo, sin más belleza que la que nosotros, los hombres, le otorgamos, sin atributos divinos». ¿Quién había emborronado esta página con una denuncia, esta página con la que aún hoy se abre el archivo de la Inquisición de la ciudad de Lisboa, la primera página de la primera de las cuatro carpetas que documentan el sumario del Santo Oficio contra Gaspar Rodrigues Nunes, padre de Mané? Una página que muestra con toda su crudeza y vanidad la contradicción entre la naturaleza humana y el deseo de equipararse con Dios, comparada con el trazo armonioso y ornamental, bien dibujado y casi sobrenatural de la letra de la primera acta siguiente, obra del escribano del Tribunal.

El sol estaba comenzando a ponerse en el paraíso.

Los chicos estaban sentados en los peldaños de la fuente de piedra de la Praça Principal. Tras tanto indagar, se sentían más inseguros que nunca, y tan desconfiados que no se excluían ni a ellos mismos. Habían llegado al cabo de la calle, donde tenían que llegar: se fiaban de sus observaciones pero, precisamente por eso, ya no se fiaban de nadie. Esta desconfianza les corroía sin tregua ni descanso, ni éxito. Pues motivo, motivo real, no tenían contra nadie.

—Podemos seguir así durante años —decía Fernando—, y siempre volveremos al mismo punto donde estamos hoy: ¡necesitamos confesiones! —estaba furioso—. ¡Confesiones! —gritaba.

Disponían, al menos sobre una docena larga de personas de esa pequeña ciudad, de la documentación más exacta que jamás se hubiera re-

copilado de forma sistemática sobre la vida de unas personas, sus costumbres, preferencias e intereses, sus palabras y comportamiento público, sobre sus negocios, sus relaciones sociales y —por lo menos a la vista de lo deducible de sus basuras— sus hábitos privados. Y pese a ello, cabía interpretarlo todo, y ese todo era mucho, muchísimo, así o asá, tanto para absolverlos como para condenarlos. Debido a su desconfianza fundamental, los chicos tendían naturalmente a condenar de forma preliminar y despiadada, mientras que el hecho de poder reconsiderar el asunto, de retorcerlo de modo que las sospechas se desvanecieran, daba pie cada vez a mayores agresiones y rabia porque siempre faltaba la última y decisiva piedra del mosaico:

—¡Confesiones!

¿Cabía la posibilidad de que no llegaran a una certeza absoluta en sus indagaciones y observaciones por el mero hecho de que algunos de ellos tuvieran algo que ocultar, que de algún modo estuvieran implicados en esa red? ¿Había que plantear abiertamente esa pregunta? Flotaba en el ambiente. Y Mané notó lo ansioso que estaba Fernando por romper a puñetazos el silencio, las caras de los hermanos Pinheiros, la boca abierta del pez de piedra del que brotaba el agua de la fuente. Quería pegar a ciegas para sacar a puñetazos lo que faltaba y poder ver claro de una vez. Y Mané se dio cuenta de que con esta agresión no sólo pretendía encontrar lo que faltaba, sino que arruinaría y destruiría todo lo ya conseguido. Contra quien quiera que se dirigiesen los puños de Fernando, se dirigirían contra el archivo, lo volverían obsoleto, lo destruirían.

—Fernando tiene razón —se apresuró a decir Mané—, ¡necesitamos confesiones!

Estaba sentado allí, pequeño y rechoncho como una gallina clueca, dispuesta incondicionalmente a proteger lo que hacía tanto tiempo estaba incubando. Entonces pasaron dos cosas.

Procedente de la Rua Nova, María Pinheiro avanzaba hacia la plaza, y Mané dijo rápidamente:

—Pero ¿en qué nos basamos para preguntar así a bocajarro a alguien si es judaizante? ¿Y por qué tendría que contestarnos libre y francamente con un sí? —observó a María, y dijo—: Eso sería, me gustaría...

María estaba cada vez más cerca, Mané la miró, sintió que se le escapaba la sonrisa, trató de que pareciera una sonrisa indiferente, abierta-

mente cínica, mientras seguía observando a María y Fernando y los otros chicos le miraban expectantes.

—Uno de nosotros, por lo menos uno, tiene que ganarse la confianza de los Pinheiros, trabar amistad con ellos, y sólo así...

Entonces Fernando atacó, golpeó a Mané en el hombro y dijo:

—¡Exacto! Eso es lo que necesitamos, un *íntimo macacório*, alguien que desde dentro...

Pedro se dio entonces la vuelta y miró hacia donde Mané había estado mirando, luego Fernando, y finalmente todos vieron a María; Fernando se rió, dio otro golpe en el brazo de Mané y dijo:

—¡Exactamente! Ya lo tengo. Un *íntimo macacório*. Eso es. Uno de nosotros tiene...

—Si yo lo consiguiera, María...

Fernando agarró de repente a Mané por la entrepierna, sólo pellizcó tela, se rió y dijo:

—¿Tú? ¿Qué dices? ¡Escucha, pequeño, tú te ocupas del acta, de la acción me encargo yo! Pienso...

Entonces irrumpió el carruaje en la plaza.

—¡Confíesme una cosa!

—¿Qué?

—Quiero decir, ha pasado tanto tiempo desde entonces. Y, no sé por qué, pero quiero saberlo. ¿Tuviste algún rollo con Turek, en aquella época?

—¿Qué?

—Con Turek. Entre nosotros. ¡Qué digo entre nosotros, entre mí!

—¡Viktor!

Mané vio que María de repente se había inmobilizado. ¡Qué ojos tan grandes tenía! O abría. Fernando de pronto pegó un brinco, aunque al instante quedó como petrificado. Entonces Mané miró la bragueta de Fernando, levantó la vista y vio... la boca medio abierta de Fernando. Todos los niños se incorporaron despacio y justo después, fija la mirada, también se quedaron inermes. María seguía inmóvil, la luz empezaba a menguar, como si una nube ocultara el sol, la cabellera morena de María aún parecía más oscura, y sus ojos claros ensombrecidos. Pedro subió rápidamente los peldaños que conducían a la fuente, pero durante unos momentos su

carita de conejo adquirió una expresión tan pétrea como la del Neptuno que cabalgaba el pez del que manaba agua. Todo ocurrió al mismo tiempo, movimientos que Mané en esta inmovilidad sólo percibió en un primer momento como una sucesión debido a los movimientos temblorosos de su cabeza y, al cabo de un instante, de la forma siguiente: un sonrojo, un ardor en todas las caras, un reflejo incandescente se posó sobre el pelo de María y un súbito resplandor apareció en su cara. Mané se levantó y se dio la vuelta. El carruaje. Vio el chorro de agua del caño de la fuente, detrás algo que no podía ver porque nunca había visto nada semejante: aquel carruaje. ¿Parecía aumentado? ¿Borroso? ¿Ambas cosas? Abrió y cerró los ojos un par de veces, pero para entonces Fernando ya estaba gritando algo, echando a correr, todos los chicos echaron a correr, entre expresiones de asombro, de entusiasmo, preguntas, y ya todos lanzados a la carrera, Mané con ellos, en pos del carruaje. Mané se volvió otra vez hacia María, vio que ella también corría, él iba el último del grupo, y ahora, además, moderó el paso, con la esperanza de que María se manifestara, ella corría veinte, quizás treinta pasos detrás de él, qué bien corría.

¡El carruaje, todos tras él! Jamás habían visto un carruaje semejante. ¿Quién llegaba a Começos en semejante carruaje? ¿Adónde se dirigía? A la Pousada Leão d'Ouro, seguro. ¡Vamos tras él! ¿Quién se apearía, una vez allí?

María corría ahora a su lado. Mané nunca olvidaría su cara, la mirada que cruzaron, el lunar en la mejilla. ¿En la mejilla izquierda? Ella corría a su derecha, o sea, que lo tenía en la mejilla izquierda, ¿o tal vez corría a su izquierda? Entonces lo tendría en la mejilla derecha; tiempo después pensaría a menudo en ello, evocando repetidamente esta imagen ante los ojos de su fuero interno, y el lunar siempre saltaba de un lado a otro, de izquierda a derecha y de nuevo a la izquierda, derecha izquierda y entremedias la sonrisa, una sonrisa casi de soslayo, una boca de labios redondos y muy carnosos, que formaban un pequeño hoyuelo en la comisura,

la boca de Hildegund, una boca para besar, pero levemente torcida hacia un lado, arrogante, insegura,

roja, tan roja la puesta de sol, el carruaje redujo la marcha, Mané oyó el trote corto de los cascos de los caballos, sus propias pisadas sobre los ado-

quines, vio a María que corría justo delante de él, su trenza saltarina, vio las grupas gigantescas y castañuelas de los caballos, los dos caballos de repuesto, atados a la parte posterior del carruaje y que lo tapaban a la vista; el carruaje maniobró en la entrada del hotel Leão d'Ouro, penetró en el patio interior, puesta de sol, tenía que irse a casa, tenía que irse a casa urgentemente. Tenía miedo. De repente, aparecieron dos hombres que corrían entre el carruaje y los chicos, que los empujaban, que intentaban apartarlos impartiendo órdenes a gritos, aún vio la mano de un hombre que, sentado en el interior del carruaje, levantó un poco la cortina de la ventanilla y la dejó caer inmediatamente después, una mano de articulaciones finas, huesuda, de dedos muy largos, una gran sortija, con la piedra rojo oscuro, estaba oscureciendo, tenía que... salió corriendo hacia su casa.

De todos ellos, Mané fue el único que no vio al hombre que interrogaría a su padre y, poco después, a su madre, que intentaría obligarlos a confesar recurriendo al potro de tortura, a las botas españolas, al péndulo y a la cama de Judas.

Los chicos dieron la vuelta a la Pousada y fueron corriendo hasta la parte de atrás, donde las cuadras y el patio sólo estaban separados de la calle por una valla de tablones. Quizás hubiera algún tablón flojo. También podían intentar aflojar alguno. O encaramarse a la valla. Los chicos capitaneados por Fernando no eran los únicos que querían volver a ver el carruaje y echar un vistazo a su pasajero. Algunos hombres salían de sus tiendas y miraban fijamente el hotel, otros, los que habían visto el carruaje desde sus ventanas, cerraban los postigos, salían en tropel de sus casas y se concentraban delante de la Pousada, caminaban lentamente a su alrededor, comentaban lo que habían observado, intercambiaban conjeturas. Y Mané, mientras, se dirigía hacia su casa a la carrera, lleno de odio hacia su padre, ese...

—¡Judíos!

Resonó un grito y Mané quedó petrificado. Se encontró de repente frente a un anciano barbudo que blandía en alto un reloj de arena y que volvió a gritar:

—¡Oíd, judíos! ¡Cerrad vuestros negocios, el sabbat está a punto de empezar!

Se reía con una risa solapada, casi parecía que se tambaleaba de tanto reírse, y gritó de nuevo:

—¡Oíd, judíos! Cerrad vuestros negocios, el sabbat está a punto de empezar!

Mané trató de esquivar al anciano, que, vacilante, avanzó un par de pasos en su dirección, enarbolando muy tieso el reloj de arena en alto, como si se agarrara a él y fuera a desplomarse en cuanto se soltara de allá arriba.

Se apresuró todo lo que pudo, aunque tratando de pasar lo más lejos posible del viejo y conteniendo la respiración, mirando hacia atrás, sin quitarle el ojo de encima. De pronto se golpeó contra algo, tropezó con alguien, un transeúnte, que le —«¡Oye, tú! ¡No corras tanto!»— agarró y le inmovilizó. Mané gritó, un grito breve y balbuciente, jadeando, sin respiración, y ya estaba: no se podía mover. La tela de la camisa del hombre con quien había tropezado, su olor, la fuerza de los brazos que lo aprisionaban, la mirada vuelta hacia atrás, hacia el viejo —que ahora se acercaba, tambaleándose—. Venía hacia él, precisamente. Riéndose estrepitosamente, y sujetando en alto el reloj de arena.

—¡Aquí dentro! —gritó, y todos los paseantes, igual que los comerciantes que estaban parados delante de sus tiendas, se detuvieron y observaron mudos la escena—. ¡Aquí dentro, judíos, hay arena de la orilla del río del sabbat! ¡Mirad! ¡El sabbat está a punto de empezar!

Estaba ahora muy cerca de Mané. Tendió hacia él el enorme reloj de arena y murmuró:

—¡Vete corriendo a casa, pequeño judío! ¡Corre tan deprisa como puedas! —y otra vez esa risa demente.

En casa, a Mané le esperaban una cocina donde reinaba un calor asfixiante, dos velas sobre la mesa del comedor, una insípida trenza de pan metida dentro de una cesta cubierta por un paño bordado y un padre, una madre y una hermana tan tiesos como si fueran ellos y no él quienes hubieran vivido lo que él acababa de vivir. ¿Cuánto tiempo se puede sobrevivir sin respirar a fondo de verdad?, se preguntó Mané.

Nunca olvidaría el carruaje. Pero no fue capaz de describirlo hasta el cabo de dos días, tras haberse vuelto a reunir con los otros y haber ordenado sus observaciones: el carruaje era posiblemente tres veces, tras diversas estimaciones se redujo la cosa a por lo menos dos veces, mayor

que la lujosa carroza del conde Ramalho Gonçalves da Mota, el hidalgo considerado más rico e influyente de Começos. Fabricado con madera de Courbaril, una madera americana tan escasa como cara —afirmó Fernando, el hijo del carpintero: «¡todo él de madera de Courbaril!»—, lo que explicaba su brillo rojizo y también «su suavidad de rodadura», concluyó Fernando, pues es «una madera muy dura, pero extraordinariamente ligera. ¡Con unas ruedas tan grandes como las que hemos visto —todos lo podían certificar: ¡sí, las habían visto!— y una suspensión adecuada no hay traqueteos ni golpes! ¡Un carruaje así se desliza, suave como el dedo sobre la mantequilla!» Pero lo que más fascinaba a los chicos, prescindiendo del tamaño y de la elegancia del carruaje, por lo inusual y nuevo, eran las ventanas, que eran triangulares. Grandes y triangulares, y en vez de tener un crucero simple presentaban en este triángulo un adorno ovalado en forma de ojo, de modo que las tres ventanas triangulares con el ojo central configuraban el ojo de Dios. Detrás de las ventanas, cortinas de terciopelo, y debajo, aunque no hubo forma de aclarar la cuestión, unas letras doradas —¿doradas o pintadas?, ¿y eran de oro o chapadas?, ¿de oro macizo y labrado?, ¿qué letras?, ¿qué podían significar? Los otros chicos todavía las recordaban, las tenían bien presentes en la mirada—. Las dibujaron sobre la arena con un palo.

—Jesús —dijo Mané—, eso quiere decir «¡Jesús!».

—¡Nuestro pequeño se ha vuelto loco! (Fernando). ¡Cree que Jesús ha venido a Começos de visita! —cómo se rieron todos.

Pero ahora, Mané podía contar en casa lo que había visto. El padre se mostró sorprendentemente curioso.

—¡Dejadle hablar! ¡Repite eso...! ¿De qué letras hablas? ¡Pintadas o chapadas en oro, qué más da! ¿Qué letras eran? ¿A qué letras te refieres?

Mané tuvo que sentarse a la mesa y el padre le puso delante las tarjetas con las letras.

—¿Era ésta? ¿O ésta? ¿O ésta?

Su padre, su madre, su hermana a su alrededor, inclinados sobre él. ¿Cuánto tiempo se podía vivir sin respirar? ¿Cuándo se morirían de una vez?

—Tú reconoces las letras. ¡No seas niño! ¡Colócalas! (Estrela).

—¡Esto! —dijo Mané finalmente—, esto es lo que ponía en el carruaje. Con muchos adornos y como con las letras entrelazadas de algu-

na manera, pero ¡creo que era esto! Encima de la mesa había tres tarjetas con tres letras: «J e M».

—*Justitia et Misericordia*—dijo el padre—, ¡ya están aquí!

El Inquisidor había llegado a Começos.

Esa noche Mané tardó mucho en dormirse. Yacía en la cama, como amortajado, y en lo alto veía el ojo de Dios a través de la oscuridad. Tenía la forma de la ventana de un carruaje nunca visto anteriormente y le hizo un guiño cuando la cortina de la ventana se abrió y se volvió a cerrar al cabo de un instante. La piedra roja de un anillo lanzó un destello—el ojo de Dios lloraba: una lágrima de sangre—. Cuatro días más tarde vinieron a buscar a Gaspar Rodrigues Nunes.

Se portaba tan bien que no paraba de provocar escándalos. Estaba efectivamente convencido de que en su propio interés debía parecerse lo más posible a esa imagen ideal que le habían presentado: la de un pequeño adulto. Un pequeño igual entre iguales. Lo que significaba: no alborotar ni hacer diabluras. No manifestar emociones, sobre todo nada de malos humores infantiles. El nerviosismo de los adultos era un nerviosismo adulto, y él todavía era demasiado pequeño para eso. Caminar con paso ligero, pero no descontrolado, o, según la circunstancia, permanecer bien sentado y tranquilo, sin llamar la atención. También mostrar talentos útiles, es decir, identificables para los adultos, como por ejemplo calcular en voz baja, en vez de ponerse en la cabeza un gorro de papel de periódico y gritar: «¡Soy un pirata!». El mundo andaba necesitado de hombres de negocios tranquilos y decentes y no de piratas frenéticos y chillo-nes. Para empezar: «¡Austria es un país que no tiene salida al mar!» (el padre). Más claro, el agua. Y por encima de todo (y en eso estribaba por lo visto la picardía de la existencia de los pequeños adultos): hay que contestar abiertamente todas las preguntas con voz alta y clara. Este punto era una trampa, y él era tan ingenuo que siempre volvía a caer en ella.

Debido a la forma de ser de Viktor, tranquila y en cierto modo parecida en efecto a la de un adulto en miniatura, siempre se entendían lo que no eran más que frases inocentes suyas como provocaciones conscientes, con la consiguiente irritación de los mayores.

Viktor manifestaba interés por la aritmética y progresaba, pero cuando a punto de acabar el primer año escolar no se mostró capaz de leer ni

una frase sencilla de su libro de lectura, el maestro explotó. Qué se había creído, Viktor. Vaya ocurrencia. Cómo es que no estaba dispuesto a alcanzar los niveles mínimos exigidos en el aprendizaje de la lectura. No era tonto... o acaso lo que se proponía era provocar al maestro. Viktor, tranquilo y objetivo, absolutamente convencido de lo concluyente de su argumento adulto, contestó que no veía ningún motivo para aprender a leer puesto que su madre estaba evidentemente dispuesta a leerle por la noche cualquier libro cuyo contenido quisiera conocer. Por fortuna, se contuvo y no llegó a calcularle que su madre viviría presumiblemente unos cincuenta y ocho años más, teniendo en cuenta la media de esperanza de vida y la edad que habían alcanzado los abuelos, además de la edad a la que habían muerto sus bisabuelos, por eso... Su madre recibió una citación del colegio, pero no precisamente para sugerirle la conveniencia de proporcionar a Viktor una educación más independiente y no leerle siempre todo, sino para que, aprovechando su «forma de ser consciente y adulta», le sacara ese hábito impertinente y provocador tan suyo.

O: Viktor a la salida del colegio con su abuelo en un café. Un día, ya llevaba un buen rato sentado y quieto, portándose bien como un adulto, de modo que la ropa «de crecimiento» que le habían comprado —le iba grande, una tortura— casi parecía a su medida, y hasta un poco elegante, por lo menos si no se movía, cuando su abuelo le preguntó si quería algo más, Viktor no contestó con un «¡No gracias!», como era de esperar, sino que se descolgó «de golpe y porrazo» —como dijo su abuelo más tarde— con un «¡Sí, por favor! ¡Otro jarabe de frambuesa con sifón!».

—¡Viktor, tesoro! Si un jarabe de frambuesa cuesta cuatro chelines, dime: ¿cuánto cuestan dos jarabes de frambuesa?

—¡Ocho chelines! —contestó Viktor al instante.

—¡Bravo, Viktor! ¡Mi tesoro va a ser un nuevo Einstein! ¡Ahora escúchame bien, Einstein! Todavía me quedan tres cafés por visitar hoy. Si en cada café tengo que invitarte a dos jarabes de frambuesa con sifón, ¿cuánto voy a tener que pagar? Pero no te olvides de sumar los dos de este café. Y ahora multiplícalo por treinta, por un mes, y en un abrir y cerrar de ojos resta esta suma de mi sueldo. Y ahora contéstame a esta pregunta, ¿tú crees que todavía me trae cuenta ir a trabajar?

—¿Alguna cosa más? ¿Otro jarabe de frambuesa con sifón para el joven, tal vez?

El abuelo miró a Viktor con una sonrisa de ánimo.

—¡No, gracias! —dijo Viktor.

No quedó ahí la cosa. Pues entonces el abuelo le fue con el cuento a la abuela —«¡Imagínate, Dolly!»—, y la abuela —«Habrás visto, qué ocurrencias tiene el niño»— se lo contó a la madre de Viktor, y su madre le preguntó enfadada si se había vuelto loco.

—¿Dime, quieres estropear los dientes? ¿Ocho jarabes de frambuesa querías tomarte? ¿Cuándo te harás mayor de una vez?

Viktor ya no podía confiar en nada. Ni siquiera en el encanto de los malentendidos infantiles. Una frase como «mi madre es una señorita», que hacía bien poco todavía era recibida con una risa sincera y emocionada de su madre, era merecedora ahora de una mirada nerviosa, un cabeceo de reprobación y la frase: «Viktor, no sabes lo que dices. ¡Cállate y no te pongas en ridículo!». Lo que quería decir, probablemente, es que la ponía en ridículo a ella, a la madre, que se llamaba María, era una señorita y tenía un hijo. La madre había encontrado un empleo de camarera en la cafetería Espresso Real. El abuelo le llevaba allí todas las tardes a la salida del colegio, entre las cinco y media y las seis, abría la puerta de cristal, le metía en el Espresso de un empujón, como quien dice, y se iba por donde había venido, a «buen paso», por la edad que tenía. Dos cosas aborrecía el abuelo por encima de todo: el fútbol austríaco, desde que se acabaron el Hakoah y el equipo de ensueño austríaco, y las cafeterías. Que alguien pudiera sentarse en una cafetería —habiendo cafés— le resultaba tan incomprensible como que alguien capaz de acordarse del genio del balón Sindelar estuviera dispuesto a pagar ochenta chelines para ver a «esos negados de pateapelotas de ahora» en el estadio del Prater. Una degeneración sólo superable por ésta: trabajar en una cafetería. Puede que el hecho de que su hijo, «de golpe y porrazo» —para él todo sucedía fundamentalmente «de golpe y porrazo», aunque él tenía su experiencia—, hubiera abandonado a la madre de su «tesoro» de buenas a primeras le resultara chocante y luego incomprensible, pero cuando poco después la madre de Viktor entró a trabajar en una cafetería, se le aclaró todo. Esa mujer de largas y bonitas piernas y sonrisa encantadora, pese a haber conseguido casarse con un miembro de la familia Abrava-

nel, no era una Abravanel, ni podría serlo nunca. Para un Abravanel auténtico, con las cafeterías, nada de medias tintas, sólo cabía una única reacción: evitarlas.

Viktor se pasaba entonces media hora, a veces una hora entera, sentado a una de las mesitas del Espresso Real, muy tieso, tratando con intensa concentración de evitar que las mangas de su más que holgado blazer azul se le escurrieran sobre las manos mientras esperaba que su madre terminara su turno. Por las dudas, cuando ya no sabía qué hacer, se sumía en la contemplación de las anclas de los botones de su chaqueta. Aprendió que los niños tenían una libertad muy especial: podían hacer pasar la apatía por fantasía y ser alabados por ello. Se ensimismaba examinando los botones dorados de su blazer, con el único propósito de evitar las miradas ajenas, y al poco un hombre se dirigía a él y le decía: «¡Oye, joven! ¿Son de oro auténtico? ¿Has encontrado un tesoro tal vez?». O: «¿Son ducados de oro, eso que llevas cosido ahí? ¡Eres un hombre rico!». Y como Viktor sabía que a los adultos no hay que decepcionarlos jamás, siempre contestaba sonrojado y con voz tímida que sí. Entonces alababan su fantasía, sí, los niños tienen una fantasía tan increíble, ven tesoros de pirata en sus botones. Y esos hombres abotargados, con sortijas de sello y «peinados engominados» —así se refería a ellos la madre en casa, pero Viktor no tenía que repetirlo nunca en voz alta, pobre de él como empleara estas palabras delante de esos hombres que se peinaban con el pelo mojado de modo que les quedaban marcadas las líneas del peine, con una onda que les caía sobre la frente—, esos hombres derrumbados sobre las botellas de cerveza, que fumaban y esperaban una oportunidad para tontear con esa señorita que era su madre, empezaban a recordar algo inconcebible: su propia infancia. «Bueno», «imaginativo» o «soñador» eran los términos preferidos de los clientes cuando hablaban de ese niño que contemplaba con la cabeza gacha los botones de su blazer, a lo que la madre, siempre risueña, replicaba mencionando las muchas «preocupaciones» que le causaba. Viktor entonces se sonrojaba y simulaba no haber oído nada, los niños buenos no escuchan las conversaciones de los adultos, pues es de sobra conocido que están inmersos en su mundo de fantasía, así que entonces, otra vez, agachaba la cabeza, y trataba de observar: en ese pequeño y oscuro establecimiento, los hombres, cuando querían algo de su madre, llamaban «¡Señorita!». Y su ma-

dre, la señorita María, les llevaba lo que pedían. En los cafés donde iba con su abuelo, el camarero jefe y las camareras le trataban siempre muy amablemente, pero aquí, en la cafetería, el servicio, en el mejor de los casos, le ignoraba, y le regañaba si llamaba la atención. Y aquí el servicio era su madre. Pero aun así se sentía orgulloso de ella. Observaba a los hombres que solícitos se esmeraban con ella, con esa señorita inalcanzable que tenía un hijo, y la seguían con la mirada cuando iba de un lado para otro. Ellos creían que él soñaba con tesoros de pirata, pero él veía con qué soñaban ellos: con las piernas de su madre. Llevaba una falda negra corta, un delantalito blanco y medias negras de malla. Todo el Espresso Real tenía una idea fija: esas piernas. Al llegar a casa, lo primero que hacía su madre era lanzar los zapatos a un rincón como un futbolista, quitarse las medias, echarse en el sofá y masajearse los pies, los tobillos y las pantorrillas. Me están saliendo varices, decía, y él no sabía lo que eran varices, seguramente algo que les salía a los adultos, y ella se daba el masaje en las piernas y decía, con voz apagada —¿cuántas veces?, ¿cien?, quizá sólo una, pero ésa fue la que se le quedó grabada en la memoria—. Viktor, le dijo, ¿sabes una cosa?, cuando conocí a tu padre, yo quería estudiar. ¿Para qué quieres estudiar?, decía, porque a mi mujer yo voy a llevarla en palmitas por la vida. En palmitas por la vida, dijo ella frotándose los pies, mientras Viktor, muy quieto, permanecía sentado a su lado con los ojos muy abiertos. Con una mano delante y otra detrás, así voy ahora por la vida, dijo. Hoy estaría —echó rápidamente la cuenta—, estaría en el duodécimo semestre. ¡No! Se rió. No sería una estudiante eterna, probablemente ya habría acabado. ¿Y qué soy? Una persona acabada, con los nervios destrozados. ¿Y qué tengo? ¿Un doctorado? No, varices. Se rió y Viktor intentó consolarla como un adulto. Señorita, le dijo, y trató de arrimarse contra ella.

—¡Viktor, no seas tan tontito!

¿Ocurrió aquella misma noche o fue otra? La madre se quedó dormida en el sofá antes de «darle el pienso» y de llevar a Viktor a la cama. Sentado a su lado, Viktor la observaba, tuvo la intuición de que la nostalgia era un sentimiento de alejamiento, incluso en la cercanía más inmediata, se levantó despacio y en silencio, sin respirar. ¿Cuánto tiempo se podía vivir sin respirar hondo nunca? Por el suelo, delante del sofá, es-

taban las medias arrugadas de su madre. Viktor lo vio claro, tenía que darse prisa. Si quería experimentar, sentir la sensación de ser tan deseado, tan admirado y tan querido como su madre, no podía perder más tiempo quitándose los zapatos y los pantalones. Eso requería su tiempo y su madre podía despertarse en cualquier momento y pillarle antes de haber conocido esa sensación tan deseada. Así que intentó ponerse las medias por encima de los zapatos y del descomunal pantalón de franela gris que le habían comprado, estiró y en ese momento su madre se despertó. Las medias, por descontado, estaban rotas.

A Viktor, de pequeño, le pegaron tres veces. Su madre dos. Ésta fue la primera.

Colgar las ligaduras de las piernas en el gancho de hierro de la polea. Arriba. *¡Así, senhor!* Con el movimiento pendular, el cuerpo, suspendido, se encabritaba una y otra vez. La cabeza, con el vaivén, iba de lado a lado, un modo ridículo de asentir. *¡No gritas, senhor? ¡Dentro de poco cantarás!*

La boca abierta de par en par, muda, y la mirada, un grito. Seguía el balanceo del cuerpo colgado de sus ataduras. Un pedazo de vida convulso. Suspendido.

Dónde estaba el padre, qué pasaba con él, Mané no lo sabía. No se hablaba de eso. No con él. Lo sabía... No lo sabía. El padre se había ido. Tienes que ser muy valiente ahora. Tienes que rezar mucho. Quién lo dijo. Nadie. Algunos sí. Pero éstos no eran nadie. Rezar mucho. Nuestro Señor que estás en los cielos, haz que padre vuelva a casa con mucho oro, tan rico como para poder comprar el carruaje más bonito. ¡Nuestro Señor que estás en los cielos!

Padre está en América, hay mucho oro allí, ha ido a buscarlo ahora, contaba Mané. *¡A quién? A sí mismo. O al gatito del patio.*

El gatito apareció de repente un día delante de la puerta de la casa de los Soeiros, un ser vivo que no rehuía demorarse ante esa puerta. Tan flaco y débil que apenas le sostenían las patas, con el pelaje tiñoso y sucio. Mané lo recogió y lo llevó al patio, le puso un plato de leche, se sentó en las escaleras de la entrada trasera y se quedó mirando al gatito, que lamía la leche. Acto seguido, lavó el plato concienzudamente y lo volvió a colocar en el armario de la cocina.

—¿Le has dado leche en un plato a ese animal? ¿Qué plato has cogido? ¿No puedes contestar? Dilo ya. ¿Qué plato?

Con el padre de Mané también desapareció la madre. Tenía que «estar preocupada». Y sin embargo siempre estaba allí, manteniendo la disciplina, poniendo orden —con frases como ésta: «El que alimenta a un gato no tardará en no tener leche en la casa, y a cambio tendrá ratones!». O: «¡Un gato negro! ¡Traes la desgracia a esta casa!»—. Habían detenido al padre, y roto las ventanas de la tienda; el propio Mané había tenido que sujetar los clavos cuando clausuraron con tablones las ventanas, y la puerta de entrada y la pared junto a la puerta estaban embadurnadas, se habían acabado la red de amigos y el intercambio de miradas expectantes, sólo cabía apartar la mirada. Ya nada quedaba que la atrajera. Mané podía pasarse el día entero sentado en los peldaños de piedra del patio, sin hacer nada, sentado sobre la piedra, y de tanto no ver ni ser visto cada vez se hundía más, hasta la piedra cedía. ¿Qué otra desgracia podía abatirse sobre esta casa por culpa del gatito? Mané dejó de salir a la calle. Una vez salió y se encontró con Fernando y sus vasallos y Fernando hizo un gesto con la mano levantada... ¿Un saludo respetuoso de amistad? ¿O una mano preparada para pegar? Y Fernando le gritó —sonó como un respetuoso— «¡seu Moell!», «¡señor Manoel!», pero no, sonó como «¡Samuell!», y eso significaba «¡Tú, judío!». Y los otros se rieron, y a Mané le pareció que le enseñaban los dientes.

Mané interpretaba las risas como que le enseñaban los dientes, pero cuando su gato le enseñaba los dientes lo interpretaba como una risa. En su casa no había más risas que ésta. Quién lo dijo: «¡Dar de comer a un gato! ¿Cuándo te harás mayor de una vez? ¿Todos los años, el día de San Juan, se queman gatos públicamente y tú te pones ahora a dar de comer a un gato?». ¿Quién lo dijo? ¿Su madre? Aunque no estaba allí, estaba bien representada por Estrela, su hermana. En todo lo que decía, en todo lo que hacía, Estrela mantenía un orden vigente que Mané por fin veía. No lo entendía. Pero al fin lo veía. Siempre había comido lo que le ponían en la mesa, del plato que tenía delante. Ahora veía que había platos en los que no estaba permitido echar leche. ¿Por qué? Había estos platos y aquellos platos. Un orden incomprensible. No lo entendía, pero empezaba a verlo.

Estrela era la madre, cuando la madre no estaba. Pero con el gato se produjo por primera vez una ruptura entre las frases de la madre y la

normalidad que estas frases representaban. Plato para leche. Las cosas no eran así, pero en esta casa sí lo eran. Y el día de San Juan: se quemaban gatos en la plaza. Desde hacía décadas, quizás siglos, el día de San Juan se quemaban públicamente trece gatos encerrados en una jaula de hierro —que simbolizaban la desgracia, la desobediencia y el vicio—. No, no «se» quemaban gatos, los quemaban los católicos. En Estrela, la hija de la madre, Mané vio por primera vez que había algo así como puntos que se solapaban, donde ya no era posible distinguir lo que uno creía realmente, lo que uno afirmaba creer, lo que uno se esforzaba en creer o si empezaba a creer lo increíble. Ya no existía una normalidad bajo cuya superficie afloraran rápidamente estas contradicciones. Así que: «¡Haz lo que te dé la gana, pero este maldito animal no entra en casa!». No, no era su madre, era Estrela.

El gatito tiñoso se recuperó espléndidamente con la comida kosher.

Al cabo de muy poco ya se había convertido en un gato sano, aunque particularmente torpe. Un animal pulido, pero nada elegante. Mané lo observaba cuando se tumbaba al sol en el patio y se lamía incansable el pelaje, pero siempre tiraba algo en sus correrías, una caja de clavos o de tuercas en el almacén de su padre de pasada, o volcaba el plato de la comida saltando impetuosamente sobre él. *Meu Senhor no ceu*, ¡Dios del cielo!, gritó Mané, y porque el gato le miró en el momento preciso en que Mané dijo *Senhor*, como si lo hubiese llamado por este nombre, Mané lo siguió llamando por este nombre: *Senhor*.

Mané tenía miedo. Dejó de salir de casa porque había en la calle unos peligros incomprensibles, que parecían crecer y volverse más amenazadores a medida que pasaban los días en que Mané prolongaba su encierro. Cuando la madre o Estrela salían, le decían, no a modo de nerviosa advertencia, sino como abrumadas por una fuerza inconcebible, como una mera constatación, que no admitía preguntas ni alternativas:

—No salgas de casa. Ni abras la puerta, aunque llamen. Sobre todo si llaman. No contestes. Que no se note que estás en casa.

Para Mané, era como si le hubieran puesto una venda encima de los ojos. Se transparentaba lo justo para poderse mover lentamente por la casa. Luz y sombras. Contornos. Era un sueño suspendido en el vacío, sin el sujeto que lo soñaba.

Podía pasarse días observando al gato en el patio, pero no veía nada, sólo que lo veía. A veces le parecía que se veía mejor a sí mismo, allí sentado allí, observando, que lo que miraba tan fijamente.

Veía al gato levantar las orejas, después bajarlas otra vez, lo veía acechar, inmóvil, lo veía saltar, de pronto, hacia algo que Mané no podía ver. Luego veía al gato oscilar en la cornisa de la fachada del almacén, lo veía caer: ¡Qué torpe era ese animal!

Por las noches, se sentaba junto a la mesa, en el cuarto, con la madre y la hermana, inclinado sobre sus cartulinas de letras, igual que antaño el padre encima de su libro. Todo estaba silencioso, sólo oía tenues sonidos familiares: un crujido, un chasquido, algún carraspeo contenido. Pero él no era el padre y su hermana no era la madre, y su madre estaba tan ausente, por mucho que estuviera allí, y su padre estaba presente, por mucho que se hubiera ido, y los sonidos familiares eran sonidos de miedo, los carraspeos, los suspiros silenciosos.

En este mundo casi mudo y casi ciego, Mané tardó mucho en percatarse de que el gato no cantaba. Un día lo vio de repente, lo vio en la boca abierta del animal de la que no salía sonido alguno. Se puso fuera de sí:

—El gato no canta. Escucha, Estrela, ¡el gato no canta!

—¿Qué quiere decir que el gato no canta?

—No lo hace. No puede hacerlo. No sé.

—Los gatos no cantan. Ningún gato puede cantar. ¡Siéntate!

—¡Estrela! El *Senhor*...

—¡Siéntate y estáte quieto! ¡Deja de chillar! Tengo...

—¡Tengo otras preocupaciones! Siempre tienes otras preocupaciones. Pero...

—¡Por favor, Mané! El gato no canta. Vaya. Cuándo te harás...

—Mayor de una vez. ¡Por favor, Estrela! Eso no tiene nada que ver con hacerse mayor. Cuando una persona mayor no lo puede entender. Eso es. Demencial. Por qué nadie puede explicar lo que esto significa. Los gatos cantan. O qué es eso que hacen por las noches cuando están fuera y la luna brilla, pues cantan, a la luna, o a su ser más querido, o porque tienen hambre, eso hacen los gatos allá afuera. Pero *Senhor*... de un salto se había subido al regazo de Mané. Mané lo acarició, lo apretó sobre su regazo, para sentirlo; el gato se revolvió, dispuesto a escapar de

nuevo, Mané lo inmovilizó, lo sujetó. Padre está muy lejos, *Senhor*; en América. En el Nuevo Mundo, donde... El gato quería escapar. Mané lo retuvo, lo acarició, el gato no emitió ningún sonido. *Senhor* trató de escapar, quería irse. Adónde. Donde había tanto oro, las casas, las calles, todo era de oro. Y los animales, *Senhor*; allí duerme la oveja al lado del lobo. Mané oprimió con ambas manos al gato que se encorvó, echó hacia atrás la cabeza, abrió la boca y le enseñó los dientes.

Y después el grito. De horror y de dolor gritó Mané. Con gesto brusco levantó las manos y lanzó al gato lejos de sí, y éste, ya antes de caer, tomó carrerilla en el aire, dio una voltereta, tocó el suelo y salió disparado silenciosamente. Ese gato era mudo. Mané lo comprendió en el momento preciso en que sintió las garras del animal en el brazo. Un dolor como una quemadura, pero Mané gritó sobre todo horrorizado. Las fauces abiertas, enseñando los dientes, pero ni un sonido. Ni un bufido, ni un grito, ni un siseo, nada. Qué más habría querido *Senhor*; eso ya lo veía Mané, pero *Senhor* no podía. Ni ronronear, ni maullar, ni un triste miao. Nada, ningún sonido.

Un animal tan mudo como los de los sueños. Que enseñara los dientes, que sacara las garras, todo tan silencioso, tan irreal como en una realidad otra e impenetrable. Mané tuvo miedo.

Por la noche, cuando colocó el plato de comida delante de la puerta del patio, el gato no dio señales de vida. Mané lo llamó, luego gritó, sí, gritó impaciente su nombre, hasta que Estrela de pronto apareció a su espalda, lo metió en casa de un empujón y le pegó en la boca.

—Ya está bien. ¿Qué mosca te ha picado? No lo vuelvas a hacer, ¿me oyes? Gritar *Senhor Senhor Senhor*; así, de noche. ¿Qué van a...?

—Pero Estrela, el sol ya se ha puesto y *Senhor* no ha vuelto... —se interrumpió, sólo veía esa mano que se agitaba delante de su cara, tosca, huesuda, más que mano, garra.

El padre había pegado a Viktor una vez. Sin pegarle de verdad. Se le escapó la mano, como se dice. Pero Viktor lo vivió como la erupción de un volcán, aunque, visto desde fuera, fue relativamente «docente». Pero no había nadie que pudiera verlo desde fuera. Sólo fue un susto, un poco de agitación y de asombro excitado.

—Entonces yo mismo me di cuenta de que... —dijo Viktor a Hildegund, pero ella no lo oyó.

Aquello pasó entonces, cuando Viktor pegó a Feldstein.

Su madre tuvo que ir a ver al director, y su padre se enteró después, por su madre. «¿De verdad has dicho esa palabra? De verdad has dicho...», y entonces, en vez de repetir la palabra, de lanzársela a la cara, aterrizó en su cara la mano de su padre. Todas las frases siguientes fueron un intento verbal de razonar el tortazo de forma irrefutable, de disculparlo. Con las palabras el padre de Viktor era mucho más hábil que con las manos. Fueron las palabras lo que a Viktor le dolió durante mucho tiempo.

En el fondo, la particularidad de aquel tortazo estribaba en que se había producido un contacto. Este hombre, su padre, tenía una boca que no besaba. Unas manos que no acariciaban, y que, cuando él caminaba a su lado, no permitían que sus manitas desaparecieran dentro de ellas. Un regazo al que no estaba permitido subirse, tampoco sentarse en él. Y ahora, después del tortazo, la sensación que quedaba era tan intensa como diáfana: un deseo, que casi le volvía loco, de que esta mano que le acababa de pegar le cogiera, de que estos brazos le abrazaran. Y Viktor se daba cuenta de que al padre le habría gustado saltarse sus propias normas una segunda vez —había pegado al niño, lo que no hacía nunca, y quería acariciarlo, lo que tampoco hacía nunca—. Volvió a levantar la mano y la acercó despacio, con cuidado, vacilante, a la cara de Viktor, pero no, la mano cayó, ¿sobre el hombro de Viktor? No. Para entonces el padre ya había recuperado el control. No lo cogió, no lo abrazó. Los hombres no se hacen arrumacos. Si Viktor no hubiera sido su hijo, sino su hija. Estaba bastante seguro de que su padre no sólo habría querido a su hija, sino que también la habría mimado.

—Niño de mamá —dijo Viktor—, en aquella época me hacías polvo con eso, Hilli, ¡ja ja! ¡Hildegund! Cuando me decías: niño de mamá. Lo bien que te lo pasabas haciendo que me sonrojara cuando me mirabas, qué digo sonrojar, brillaba como la luz de emergencia en una sala de cine oscura. En el internado, compartía dormitorio con otros treinta chicos, y allí... pero eso no viene a cuento. Y los maestros. Los profesores. Hombres, siempre hombres, todos hombres. Sí, yo era un hijo de mamá. Si hubiera podido, entonces, lo que más me habría gustado es asesinar a mi madre, para poder ser la mujer de mi padre, mi propia madre. ¡No te rías!

¡Cerdo judío! le había dicho finalmente su padre, no lo olvides: sólo hay una clase de personas a las que se puede llamar cerdo judío: ¡a los judíos que llaman cerdo judío a otro judío!

Entonces se enteró por primera vez de que se había pegado a sí mismo.

No paraban de suceder cosas. Pero para Mané fue un tiempo muerto, sin acontecimientos, vacío, un compás de espera inconcebible. No sabía cuándo volvería su padre. No sabía qué estaba haciendo su madre. No sabía qué pasaría cuando su padre volviera. ¿Alguna vez volverían a ser las cosas como antes? ¿Qué hacían Fernando y los otros chicos? Él era su archivo, a fin de cuentas, y ahora el acceso a este archivo estaba vedado. El archivo estaba clausurado. Aislado. ¿Qué hacían sin sus actas? ¿Una regresión a la arbitrariedad? Todas las actas inculpatorias, que afectaban a más de una docena de personas, se pudrían dentro de él y sólo representaban una carga para él, el propio archivo. No sabía cómo satisfacer el mandamiento de su hermana: ¡Sé de piedra! ¡Sé tan duro como la piedra! Y por encima de todo: ¡sé tan mudo como la piedra! Allí estaba, sentado en los peldaños de la puerta del patio, mudo, inmóvil, pero no era de piedra. Lo que se había petrificado era el tiempo. María. ¿Qué debía de estar haciendo? No había vuelta de hoja: él no estaba circuncidado. No entendía lo de ¡judío! El reproche de «judaizante», esto lo había entendido, pero no era lo mismo, no podía serlo. Siempre con la mano entre las piernas. Como protección. Pero también como confirmación. Lo que ahí se movía... no era una prueba, sólo una leve indicación de que era un pecador. Sólo eso: un pecador. Él no era de piedra. ¡*Meu Senhor!*

Se fue a buscar al gato. Mudo. Sin llamarlo. Sentía nostalgia. ¿De qué? No sólo la nostalgia, también su mirada y sus movimientos denotaban desgana. La mirada erraba sobre las cosas, contra las que el cuerpo se iba dando golpes. El niño tenía mala vista. El niño se movía muy poco.

Muy poco tardó en comprobar los escondites posibles que había en el patio. Las sombras oscuras detrás de las manchas de luz deslumbrantes. Después el almacén. Allí reinaba la oscuridad. Había armarios altos y largas repisas, innumerables cajones de madera pesada, cajas apiladas

de madera ligera, sacos de yute y de estopa llenos y las dos mesas de trabajo de espesos tablones, con sus tornos de tarugos gruesos y finos, que se podían subir, bajar y apretar sin esfuerzo por medio de una rosca de hierro. Mira, le dijo su padre una vez, mientras, a título demostrativo, accionaba con un solo dedo una manivela, ¡mira! ¡Un juego de niños!

Al lado, los mostradores con los objetos más interesantes. Aceitados, de un negro reluciente, un poco polvorientos. La gran polea. ¡Mira! Hasta un niño puede levantar un caballo.

Lo orgulloso que estaba su padre de todo eso. De su funcionamiento impecable, asombroso. De lo bien que encajaba todo. De las fuerzas, que, una vez liberadas, multiplicaban de forma colosal la propia fuerza. ¡Mira!

¡*Senhor!* El grito sonaba en su cabeza. Y Mané, asimismo, gritó sin voz llamando al gato. Pero el animal no obedeció. Ni acudió ni se mostró. Mané le buscó por todas partes, mareado por el olor a maderas calientes, aceites pesados, hierros fríos y orines de gato. Buscó por todas partes. Se detuvo un instante delante de la cruz de madera colgada encima del mostrador.

—¿Somos el pueblo elegido? Sí, porque nos habéis elegido para llevar la cruz.

¡*Senhor!* Repitió a gritos el nombre una y otra vez. En su cabeza. El gato no volvía. Le retumbaba la cabeza. Los olores. La luz. Luz oscura. Colores ambarinos, matices pardos, reflejos negros. La cruz. Las roscas. El hierro.

Tres horas permaneció sentado Mané en la escalera. Piedra. ¿Dónde estaba Estrela? ¿Dónde la madre? ¿Dónde *Senhor?* ¡Ahí! De pronto el gato había vuelto. El gato, mimoso, se restregó contra las piernas de Mané. Quería comer. Comer de su mano. Había desaparecido durante horas, no había vuelto a casa antes de la puesta del sol, no obedecía cuando le llamaban. Y ahora quería. Mané lo cogió en brazos. *Senhor* se dejó coger.

Todo estaba allí. En el almacén del padre. La polea. Las cadenas. Las roscas extensibles. Los clavos de hierro. La cruz. El frío. La oscuridad.

—Hablando de Portugal —dijo Viktor—. ¿Conoces ese fado famoso —no sé por qué me acabo de acordar, de repente es como si lo escu-

chara—, cómo se llama? En cualquier caso, el estribillo dice: *¿Somos el pueblo elegido? Sí, porque nos habéis elegido para llevar la cruz.* Creo que lo canta la gran Misia. ¿No? ¿No lo conoces? En fin... pero, ¿sabes qué es un fado? Sí, sí, disculpa, ¡pues claro que lo sabes!... en fin, es tan in-sólito porque no habla de las *saudades* por la grandeza perdida de Portugal, sino de la nostalgia que sentían los judíos expulsados de Portugal. O sea, de la nostalgia por Portugal. De los marranos expulsados de Portugal.

—¡Sí, ya lo he entendido!

Qué sonrisa tan extraña la de Hildegund. Extraña, no. Maravillosa.

—Lo notable de este fado es que resitúa la historia del pueblo elegido de una forma tan acertada. ¿Por qué se considera a los judíos el pueblo elegido? Porque Dios así se lo reveló. Pero todas las religiones tienen su origen en una revelación. ¡No pongas esa cara! Todas las religiones del mundo tienen su origen en una revelación. Es decir, que en esto el judaísmo no se diferencia de las demás religiones. Si los judíos son el pueblo elegido, en el caso de que lo sea, sólo es porque los cristianos los eligieron como...

—Y los árabes.

—¿Y a ti qué te pasa con los árabes? Ah, sí. El pañuelo de los palestinos —yo pensé entonces, en los años setenta, que sólo era una manifestación de tu sentido de la moda!

—¿Por qué te preocupa, por cierto? ¿Pertenece al pueblo elegido?

—¿Acaso me ha elegido la señora esposa del profesor de religión? ¡Por descontado que no!

—Por favor, Viktor, no empieces otra vez con tus chistes sobre la «crucifixión» y otras lindezas por el estilo. Sólo quería saber...

—Me siento tan vulnerable, tan enfermo de amor cuando me siento enfrente de ti, que en la Cruz Roja tendrías que...

—¡Viktor!

—Tenderme, clavarme...

—¡Viktor! Sólo quería saber —no pudo contener la risa— si eres judío, quiero decir... ¡Ah, olvídale!

—¿No puedes preguntarme si soy judío sin que te dé la risa? ¿Qué es lo que encuentras tan divertido? —le gustaba parecer más tonto de lo que era, sobre todo cuando estaba borracho—. Voy a contestar gustosa-

mente a tu pregunta: sí, yo soy, o sea, no, no en este sentido, quiero decir...

—Viktor, ¿no será que ya no sabes lo que dices? Yo soy católica romana. Quería saber si eres judío. Así de sencillo. Pero da igual, ¡olvida la pregunta!

—La pregunta tan sencilla no es. Porque... ¡Espera! Creo que ahora entiendo por qué lo preguntas. Porque estaba exento de las clases de religión católica romana cuando estábamos en séptimo, o porque me excluyeron, no, estaba exento. ¿Es eso lo que quieres decir, verdad? ¡Acabas de caer en la cuenta!

—Sí. El profesor Hochbichler te llamó asesino de Cristo y a partir de ese día no volviste a clase de religión.

—Sí. Y tú has pensado de repente: asesino de Cristo, es decir, judío. Lo normal, verdad. Así se aprende, de los profesores de religión, en el colegio y en el matrimonio, ¿estoy en lo cierto?

—¡Por favor Viktor, no bebas más! ¡No, no he querido decir eso!

—No he querido decir eso. No he querido decir eso. Te voy a decir en realidad cómo fueron las cosas. Un día, en clase de religión, Hochbichler se inclinó hacia mí, no recuerdo por qué, con qué estaba relacionado o cuál fue el detonante, creo que fue sencillamente una asociación de ideas que se le ocurrió. En cualquier caso veo aún su jersey negro manchado debajo de la chaqueta gris, el cuello blanco...

—¡El alzacuellos!

—El alzacuellos. Bueno, lo que fuera, en contacto con el cuello, gris negruzco y grasiento, le vi los dientes, se reía, tenía los dientes amarillentos y marrones, y restos de comida...

—¡Estás exagerando!

—No estoy exagerando. Soy, respecto a este recuerdo, de un realismo socialista ideal, de manual, vamos. Absolutamente veraz, y lo que cuenta es la veracidad misma. Bueno: estábamos en que se inclina hacia mí, huele a sudor que tira de espaldas, a rapé y a naftalina...

—Viktor. Estás exagerando. Me estás engañando. ¿Cómo puedes recordarlo hoy con tanta precisión y seguridad, incluso los olores? ¿No olía también a incienso y a tiza y a...?

—¡Oye! Lo he contado suficientes veces como para reconocer humildemente que si la historia al final se ha independizado bajo esta for-

ma no es por casualidad. Bueno, pues el pedagogo, el profesor de religión, el párroco de San Roque, ese sujeto se inclina hacia mí, borracho perdido por cierto —me di cuenta en ese momento, cuando le oí el aliento y vi tan cerca de mí sus ojos vidriosos...

—Sí, eso sí que puede ser. Estaba muy a menudo borracho.

—Se inclina hacia mí y dice: ¡Abravanel, asesino de Cristo! Me quedé tan, tan... no sé qué, pasmado... que lamentablemente no fui capaz de darle ninguna respuesta más acertada que: Hochbichler, ¡fullero!

—¿Le dijiste eso?

—Sí. Si tú estabas allí. Te sentabas dos filas delante de mí.

—¿Cómo sabes eso todavía?

—¡No puede ser verdad! ¿Es que entonces siempre estabas colocada cuando ibas al colegio o qué? Delante de mí se sentaba Wetl. Y si me inclinaba un poco hacia un lado, mirando más allá de Wetl, podía ver tu nuca. Y a veces te volvías y mirabas hacia mí y yo me ponía colorado como un tomate.

—Sí. Me acuerdo de eso. Sólo había que mirarte...

—Sí. Bueno. El caso es que dije: Hochbichler, fullero. Seguro que había respuestas mejores, pero por otro lado: para un chaval de diecisiete años era una respuesta de campeonato, y me pregunto de qué sirve ser a veces de campeonato, si después ninguno de los presentes se acuerda, quiero decir...

—Ya vale, Viktor, fue verdaderamente... valiente por tu parte. ¿Y qué pasó?

—Nada. Es decir, se evitó que pasara todo lo que podía pasar. Lo extraño fue que momentáneamente vi la vergüenza de Hochbichler. Fue el patinazo de un borracho... que de pronto se horrorizó de sí mismo. Pero lo dicho dicho estaba, y trajo cola. Mi padre finalmente me borró de las clases de religión. Eso fue algo tremendo para él. Siempre se empeñó en que yo lo hiciera todo como los demás, sin diferencias, nada de llamar la atención. El problema vino de que Hochbichler anotó mi descarada respuesta en el libro de clase. Así que de pronto resultó que me vi yo más cerca del castigo que Hochbichler de la amonestación. Pero con mi renuncia a las clases de religión se dio por zanjado este asunto y no me castigaron. El caso es que quedó claro que yo no pertenecía a ese gremio.

—No. Claro no quedó nada. Después del 68, 69, muchos católicos también dejaron de asistir a clases de religión. Y Feldstein salía de clase desde el principio, en la hora de religión. Por eso mi pregunta, si eres judío...

—Tengo la sospecha de que lo único que te interesa es saber si estoy circuncidado. Eso es más fácil de responder, así que ¡pregúntame eso!

—Vale. ¿Estás circuncidado?

—¡Ah! Con qué ansia esperaba este momento, que quisieras saberlo. ¿Qué quieres que te conteste aquí y ahora? ¡Habría que echarle una ojeada al asunto, habría que verlo!

Risas sofocadas. Como un cloqueo de gallina.

—Retiro la pregunta. Otra pregunta en un idioma que entiendes: ¿no será que estás en celo, que padeces celozheimer?

Más risas. Eran los camareros, que estaban a la espera junto a la pared lateral, y eran todo oídos. Uno le dio un codazo al otro.

—¡Qué bueno —se rió—, «celozheimer»!

—¿No tienen otras mesas que atender? (Hildegund).

—No. ¡Sólo tenemos que atenderles a ustedes!

—¡Preferiríamos que sólo estuvieran aquí cuando los necesitamos!

—Pero Hilli, los necesitamos. Precisamente ahora. Urgentemente. Podrían traernos agua mineral, necesito agua mineral con la máxima urgencia. Treinta botellas, ¡por favor!

—¡Hilli-gund! ¡Vale, vale! ¡Dime! Seguro que tienes un segundo nombre. ¿Qué pone en tu partida de bautismo? ¡Dime cuál es tu segundo nombre y me olvido de Hildegund y empezamos de nuevo!

—María.

—¡Me lo temía!

El mundo de Mané se oscureció.

Como mucho desde el entierro del gato la obligación de volver a casa antes de la puesta del sol estaba de más. Ni la más mínima posibilidad de corretear con la pandilla, y ocasiones de salir corriendo de algún sitio, tampoco. Ahora, en el supuesto de que pudiera abandonar la casa, sólo lo hacía después de la puesta del sol. Al amparo de la oscuridad, de una doble oscuridad: sus caminos estaban trazados por las sombras más oscuras de la pequeña población sumida en la oscuridad de la noche. No

podía pasar el día sentado en la escalera de la puerta del patio o junto a la mesa, tenía que salir, eso lo entendían su madre y Estrela. Pero sólo cuando sea de noche, ¿oyes? Solo después de la puesta del sol.

Cuando el sol se ponía, los viernes, empezaban las horas de inmovilidad, sentado, con las velas prendidas, y sudoroso junto al horno incandescente, aunque nada se guisaba en él, pues la comida se había preparado mucho antes. Sólo un día, éste, cobraba a la puesta de sol algún significado, pues era una frontera que a él le estaba vedado traspasar, no podía salir afuera, a la libertad de la oscuridad, o a la oscuridad de la libertad.

Cuando lo estaba empezando a ver, el orden empezó a disolverse. Ya no era amparo, sino obstinación. Celebraremos el sabbat. Mientras podamos, celebraremos el sabbat.

¿Cómo? ¿Qué? Estrela puso su mano derecha sobre la frente de Mané, apretó, como si quisiera apartarlo de un empujón, apretó más fuerte, como si quisiera echarlo de su lado. Mané aguantó, le gustaba la presión cálida de la mano en la frente, cerró los ojos, no vio la expresión despectiva y severa de su hermana, solo notó que penetraba el calor en su cabeza a través de los huesos de la frente. ¿Por qué? «¿Qué tienes ahí dentro?», preguntó Estrela, «Jesusmariayjosé» «¡No ofendas a Dios!» (la madre). «¿Qué es lo que tienes ahí dentro, en la cabeza?», y aumentó la presión. Que comprendiera ahora ya no significaba nada. Al margen de que aún no comprendía realmente qué era lo que estaba empezando a comprender. La obligación de volver siempre a casa antes de la puesta del sol se estaba convirtiendo en un recuerdo remoto: había sido un tiempo luminoso, pero precisamente al borde del ocaso. Una circunstancia crepuscular.

Por eso siempre había tenido que volver a casa antes del anochecer: para que no llamara la atención que todos los viernes tenía que estar en casa antes del anochecer.

¿Por qué? ¿Por qué? Ahora las respuestas eran contundentes. Si hubiera tenido dos o tres años más... ¿qué habría sido de él?

Estaba sentado a la mesa haciendo ejercicios de escritura. Sin asomo de sentido, creía él. Había dejado de ser el archivero. Iba moviendo las tarjetas de letras de un lado a otro, como un oráculo. Copiaba donde no había originales que copiar. Allí estaba su madre, estaba Estrela. Pensaba

en María. Pensaba, sin entenderlo, en una vida sin vida anterior, en una liberación sin saber de qué tenía que liberarse. Se levantó, miró a su madre y a su hermana y se negó a ver lo que veía. Salió afuera, a la oscuridad, se deslizó entre las sombras de los soportales, espió en las esquinas, evitó los haces de luz de las ventanas y se adentró en la Rua da Prata cuando escuchó voces en la Rua da Consolação, oyó que relinchaban los caballos en la cuadra de seu Vicente y esperó, siguió andando, oyó que ladraba un perro, esperó, esperó un rato, largos minutos, se tocó la frente. ¿Qué tenía allí dentro? Tiró con fuerza de la cuerda que le hacía las veces de cinturón y que le sujetaba los pantalones.

Ahora. No se oye a nadie. Nada a la vista. Siguió caminando, adentrándose en ese nada a la vista. Hasta la casa de los Pinheiros. Había luz detrás de las ventanas. Se apretó contra las sombras del otro lado de la calle, observó esas ventanas iluminadas. ¿Qué quería ver? ¿Qué estaba esperando? Aquí podía detenerse y esperar hasta que las ventanas se oscurecieran, y entonces regresar y anotar: había luz detrás de esas ventanas, luego se apagó.

Tenía que entrar en esa casa. Buscó en el bolsillo de su pantalón; el trozo de papel, ¿dónde lo había metido? Hurgó con la mano en el bolsillo del pantalón, con sensación de pánico metió la mano en el otro... ¡Aquí! Estaba aquí. Saltó por encima de las sombras. Se dirigió a la casa de los Pinheiros.

Estuvo un buen rato llamando hasta que le abrieron. El propio Mané se asustó al oír sus puños golpeando la puerta de la calle. Un silencio sepulcral envolvía la casa, por mucho que Mané aporreara la puerta a vida o muerte para entrar en la casa. Cuando paró, pareció instaurarse un silencio aún más silencioso que antes: un silencio sin respiración. Mané llamó otra vez, pero ahora procurando que sus golpes casi no produjeran ruido. Más tenues que unos pies caminando sobre un suelo de madera. Mané se acaloró, se le hizo un nudo en la garganta, de modo que apenas podía tragar la saliva que se le acumulaba en la boca. Llamó otra vez, ahora con más fuerza, escupió... justo cuando el padre de María abría la puerta. A todas estas Mané estaba tan agotado que no podía articular palabra. Sin despegar los labios, mientras se limpiaba la boca con la mano izquierda, tendió la derecha al hombre que espontáneamente la tomó... Con el apretón de manos

sonó un crujido: sólo entonces se percató Gusmão Pinheiro de que Manuel había tratado de entregarle un papel. Las manos rápidamente se separaron, el papel cayó al suelo y ambos al unísono se agacharon para recogerlo. Se miraron, medio agachados, medio en cuclillas. La luna se abrió paso entre dos nubes y, antes de que la nube siguiente la ocultara de nuevo, en este instante fugaz de luz y de tinieblas, los rostros parecieron adquirir una expresión de ferocidad que se sumaba a lo grotesco de la postura de ambos. Gusmão Pinheiro asintió con la cabeza, los dos se levantaron y seu Gusmão intentó descifrar en la oscuridad lo que ponía en el papel.

—¡María! —dijo Mané, y su voz sonó a graznido—. ¿Está en casa?

Toda la escena, desde que seu Gusmão abriera la puerta, le parecía a Mané ahora una especie de extraño ritual de salutación de una tribu desconocida. Mané se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor fruto del nerviosismo y del miedo, luego la colocó sobre el corazón: no, sólo se estaba limpiando la mano en la camisa.

Seu Gusmão se sumió en la contemplación del papel. Estaba muy oscuro delante de la casa. A ratos, brillaba la luna. Mané levantó la vista hacia el cielo. Qué veloces pasaban las nubes. Como si estuvieran huyendo.

—¿Quién está ahí, marido?

—¡El hijo de Gaspar y de doña Antonia! —gritó seu Gusmão, y le dijo a Mané—: ¡Pasa!

Los ojos de doña Maddalena Pinheira, los ojos de José y de sus hermanos mayores, Gonçalo y Bartolomeu, los ojos de seu Gusmão y los ojos de María. Todos clavados en Mané.

Hildegund tenía los ojos muy juntos, y cuando meditaba, o cuando algo la irritaba, casi los cerraba. Parecía haber, en esos ojos, en esa mirada, algo esencialmente rebelde, fundamentalmente atrevido, que incluso conservó en la clase de griego, cuando una vez la llamaron y estaba concentrada en una traducción de Platón, tratando de conseguir la mejor nota.

Viktor la miró por encima de la mesa directamente a los ojos, bebió con avidez agua mineral, el agua que le corría por las comisuras de los labios le bajaba por la barbilla y le empapaba la camisa, se limpió la

boca con el revés de la mano... tantos años para poder sostener esa mirada.

—¿Cuántos hijos tienes con tu profesor de religión?

—Ninguno. Pero con mi marido tengo cinco.

Cabía que su marido fuera tan católico que sólo «ejecutara» —pensó Viktor— el acto sexual con fines procreativos. Se le escapó una sonrisa. Entonces, cuando acabaron el bachillerato, en Austria, la discusión sobre la impunidad del aborto era un tema de la más candente actualidad, y el entonces canciller Kreisky había prometido estudiar la despenalización del aborto dentro de unos plazos determinados; los demócratas cristianos se movilizaron en contra, hubo un «cara a cara» televisivo entre Kreisky y el líder del partido demócrata cristiano, en el transcurso del cual Kreisky dijo a Schleinzler: «¿Por qué habla todo el rato tan pomposamente de ejecutar un ajuste de la procreación? Nosotros, los socialdemócratas decimos que la gente lo que tiene que hacer es poder amarse, ¿está claro?, amarse sin miedos, ¿está claro?». Así que de pronto entonces dejó de existir el pasado, sólo había futuro. El mundo parecía de color de rosa para un muchacho totalmente inexperto... con las mujeres. Amarse. Amarse sin miedos. El canciller lo había prometido. Cuánto miedo había pasado él. Miedo de Hildegund.

—¿Cuántos años lleváis casados?

—Trece.

¿Cinco veces en trece años? ¿Era posible? ¿Con esa mujer? Antes de que Viktor pudiera decir algo de lo que, en su sano juicio, se habría arrepentido, Hildegund preguntó:

—¿Pero tú sabes que Hochbichler no era tan primitivo ni tan degenerado como lo pintas ahora?

—Cierto. Primitivo no.

—¿Sabías que era jesuita?

—Sí. Que lo había sido. ¿Y? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Que era un intelectual, por decirlo de algún modo?

—Sí. Seguro.

—Vale, lo reconozco: Hochbichler podía ser absolutamente genial cuando sorprendentemente estaba sobrio o de algún modo felizmente borracho. ¡Espera! ¡Escucha! Sí, genial. ¡Entonces, en efecto, era capaz de luchar intelectualmente por un alma!

—¡Viktor, mira que puedes llegar a ser tan extravagante!  
—¿Extravagante? ¿Y eso te gusta? ¿Me quieres?

«Ven a mi casa. Después de la puesta del sol. M.»

—¡Miriam! —gritó seu Gusmão — ¿Has escrito tú eso?

Y él mismo dio la respuesta: «No».

Y dijo, dirigiéndose a Mané:

—Ella no ha podido escribir eso. Ni siquiera sabe escribir. ¿De dónde has sacado ese papel?

—Oh sí. Sí que sabe escribir. ¡Pero ésa no es su letra! (dona Maddalena).

—¡Déjame ver! (Gonçalo).

—¡Enséñamelo! (Bartolomeu).

¿Había seu Gusmão llamado de verdad Miriam a María? ¿Era ése su segundo nombre? ¿Su nombre clandestino? Pero ya estaban otra vez llamándola María, María, María todo el rato.

Las manos de seu Gusmão, las manos de dona Maddalena, las manos de Gonçalo, las manos de Bartolomeu y las manos de José. El papel pasó de mano en mano.

María se había sentado en una silla en un segundo plano y contemplaba la escena con los ojos entornados. No es que Mané tuviera la impresión de que María hiciera como si nada fuera con ella, pero tenía una expresión tan distante que parecía venir de otro planeta. A Mané le habría gustado poder volar a este planeta. Pero nunca había estado más alejado de él que ahora. Lo veía más brillante que nunca, pero de pronto Mané tomó conciencia de que a partir de ese momento ambos iban a seguir distintas órbitas y a perderse uno a otro. Estaba equivocado, por supuesto, a la vez que, por supuesto, tampoco lo estaba. Ambas cosas eran algo que superaba el entendimiento de un chico de esa edad y en esa situación. En el libro que leía su padre por las noches figuraba esta frase: «El planeta más lejano es la tierra». Y en este planeta se encontraba Mané. Creía que podía sentirlo debajo de las plantas de sus pies: que estaba en un planeta que se movía, que describía una órbita en el firmamento. Lejos de dónde. En ese momento se sintió tan asombrado y fuera de sí como el mundo cuando se enteró de que la tierra era redonda y de que era un planeta que giraba alrededor de su eje y de que existían

nuevos continentes entre Iberia e India. Y de repente ocurrió algo extraño: en la pavorosa inmensidad que él sentía, todos sus temores infantiles desaparecieron, por lo menos durante unos instantes; en la ilimitada inmensidad todo aquí se le antojó pequeño, estrecho, ridículo. ¿Qué hacía él aquí? Si se trataba de una pueril prueba de valor, entonces la había superado —aunque de forma distinta de la deseada— con arrojo.

La boca de seu Gusmão, la boca de dona Maddalena, la boca de Gonçalo, la boca de Bartolomeu, hasta José abrió la boca. ¡Tanto discurso y tanta réplica, tanta argumentación y tanta contraargumentación!

¡La escritura es muy torpe! ¡Muy de principiante! ¡Pero no es la de María, vamos, de ninguna manera! ¡Y qué letras tan torcidas, se disparan en todas las direcciones! A lo mejor es alguien que ha intentado falsear su letra. ¿Por qué haría María una cosa así? ¡Falsear su letra! ¡Si apenas sabe escribir! Ya está aprendiendo, ¡pero para falsear la letra hay que saber escribir muy bien! ¡Trae la pizarra! ¡Que María escriba «puesta de sol»! ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Cómo puedes dudar? La pizarra. Además, ¿qué clase de papel es ése? ¡Nosotros no tenemos papel de esa clase en la casa! ¡Ese papel lo usan los comerciantes! ¿Qué, lo ves? ¡Aun así! Que María escriba la frase y ya veremos. ¡María! ¡Dilo tú misma! ¡María! ¿Qué tienes que decir?

¡Están jugando a tribunales! —pensó Mané—. ¡Oh Dios mío! Están jugando a celebrar un juicio. Están convirtiendo un juego de niños en algo muy serio.

El padre de María, la madre de María, los hermanos de María. María. Ella se levantó, cogió el papel, lo miró y dijo:

—¡M! Solo M. ¿Por qué se habrá creído este chico que M significa María? Marco. Marçelo. Maximilão. Mauro. A lo mejor lo ha escrito él mismo: Manoel. Tú te llamas Manoel, ¿no? —dejó el papel encima de la mesa y se cruzó de brazos.

No hay más recuerdos de esa noche.

Detuvieron a seu Gusmão a la mañana siguiente. Sólo por esa circunstancia casual se ha conservado el papel hasta la fecha: estaba encima de la mesa cuando fueron a buscarlo y de este modo quedó integrado en el acta del sumario contra Gusmão Pinheiro. Ya durante su primer interrogatorio severo confesó que su nombre de judío clandestino era Moi-

sés. No se llevó a cabo, entonces, ningún estudio comparativo entre la letra del papel y la que denunció a Gaspar Rodrigues.

Había trabajo de sobra en Vila dos Começos. Los tiempos de los hombres que vagaban por las calles, sin más ocupación que esperar y mirar, pertenecían al pasado. Nadie andaba ya necesitado de un trabajo eventual, de una limosna, de que llegaran tiempos mejores. Faltaban manos útiles. Y más valía no ser demasiado mirado, o no demostrarlo. La Casa da Misericórdia, sede de la burocracia del Santo Oficio en el término municipal de Começos y al mismo tiempo su cárcel, propició, en un tiempo brevísimo, un auge desconocido hasta entonces. Ebanistas y carpinteros trabajaban sin tregua ni descanso para abastecer a la Casa de potros de tortura, por ejemplo, unas obras de arte que aunaban precisión artesanal, inventiva mecánica y humano anhelo estético y ornamental. Sólo la construcción de la balaustrada de la gran sala de audiencias de la Casa impulsó la aparición de diecisiete innovaciones en el arte del torneado de la madera, documentadas por escrito —el oficio de amanuense se convirtió de la noche a la mañana en una profesión con futuro—. Se introdujeron reformas en la escuela de Começos, incluso se la completó con un instituto de formación de maestros. Los alumnos como Fernando fueron expulsados a bastonazos y devueltos a los bancos de trabajo de sus padres. O a los eriales y florestas de los alrededores de Começos, donde aprendieron a plantar cepas y después, aplicando con exactitud las instrucciones, a prensar la uva del vino «Lagrima do Nosso Senhor», según los deseos del señor de la Casa, que, asimismo, coincidían con las preferencias de los ciudadanos más relevantes. Tras interminables años de sequía, las tierras de la nobleza rural volvieron a ser fructíferas. Los aristócratas, que hasta hacía poco vivían como parásitos a expensas de la vanidad de sus ricos yernos judíos o nuevos cristianos, dejaron de empeñar la vajilla de plata y los ropajes de brocado y arrendaron sus campos; dejaron de vender a sus hijas, solamente listas de nombres; dejaron de esconderse de sus acreedores, y, en cambio, impacientes, esperaron que llegaran los sastres que habían mandado llamar. Y los sastres necesitaron costureras, carruajes y caballos para poder atender la demanda.

Las lujosas necesidades de los señores del Oficio, emulados por los comerciantes y artesanos prósperos, cambiaron la fisonomía de la ciu-

dad: los pequeños talleres donde unos hombres encorvados efectuaban —cuando no estaban bebiendo aguardiente en la Praça do Mercado— modestas tareas de reparación se transformaron en manufacturas con una constante y creciente necesidad de aprendices y ayudantes. Había tal abundancia de edificios en construcción que parecía que se estaba refundando la ciudad. Los albañiles y carpinteros, que tenían contratos para meses, traían a Começos a los segundos y terceros hijos de los campesinos del Alentejo que vagaban por Portugal sin perspectiva alguna y les daban trabajo y pan. La seda, el terciopelo y el brocado se convirtieron en algo tan corriente como antes la tela de tosco lino. Los zapateros aprendieron a cortar el cuero con la misma perfección que los mejores zapateros de Florencia. Los orfebres, que trabajaban el oro y la plata, competían con los de Córdoba y Venecia. Los señores de la Casa, que calzaban botas finas, se las arreglaron para que el consejo de la ciudad pavimentara primero la plaza y al final todas las calles. Canteros y enlosadores se establecieron en Começos creando nuevos oficios. El Santo Oficio disponía de dinero suficiente. Dinero de la Corona, pero sobre todo de los bienes requisados a los que habían caído en manos de la Inquisición. Dilatadas y cuidadas relaciones comerciales de comerciantes que se encontraban ahora en la Casa da Misericórdia fueron a parar a manos de los hombres que anteriormente habían sido sus amanuenses y, muchas veces, sólo sus cocheros. Inundaban el mercado de monedas y de oro como si lo extrajeran de los pozos de sus nuevas casas. Había que reconstruir las casas requisadas y posteriormente saqueadas y arruinadas, y que amueblarlas —por familias dispuestas a pagar lo que fuera por la madera de Brasil—. Fue una época dorada. Sobre la fachada de la Casa da Misericórdia se colocó el emblema de la Inquisición, el «estandarte», de oro macizo: una espada, una cruz y una rama cortada. Debajo, las letras «M e J».

Cuando la espada de oro del escudo se desprendió del enfoscado fresco y húmedo del edificio y cayó al suelo en plena noche con gran estruendo, a los pocos minutos había desaparecido sin dejar el menor rastro. Los que, por el ruido, salieron de sus casas sólo pudieron constatar, con grandes carcajadas, que las cuatro libras de oro ya no estaban. El jubiloso regodeo llegó hasta las mazmorras de la Casa. A los que estaban en la plaza lo mismo les daba las cuatro libras de oro que una moneda de

níquel. La espada está haciendo el turno de noche. Ja, ja, las botellas de Bagaço pasaban de mano en mano, ja, ja, ¿dónde estaba la espada? ¿En casa de los Oliveiras? ¿En casa de los Soeiros? La espada de Dios haciendo su obra, ¡ja, ja!

Cuatro días más tarde, una nueva espada ocupaba su lugar en el escudo. El oro corría en abundancia por Começos. Los cristianos viejos empezaban a pensar en pavimentar con oro los patios de sus casas nuevas. Y ese mismo día, el día en que la espada recuperó su sitio en la fachada de la Casa, al cabo de un año escaso del entierro del gato, detuvieron a Antonia Soeira. Sometido por segunda vez a interrogatorio riguroso, Gaspar Rodrigues había acusado a su mujer de haberle incitado a judaizarse. Pronunció una única palabra en el potro de tortura, tal vez gritara «sí», o tal vez sólo emitiera un grito inarticulado. Pero en el acta constó:

«... sometido a interrogatorio severo por segunda vez declaró que su esposa Antonia Soeira...»

De repente, la Casa se llenó de hombres que iban con camisas zurcidas, brazaletes rojos y una cruz cosida en el pecho, demasiado toscos y torpes para desempeñar alguno de los oficios que andaban escasos de mano de obra. Por un plato de sopa al día y Bagaço en el mercado, porque los taberneros no se atrevían a cobrar a los hombres del brazaletes, vivían de ir a por la gente. Sin olvidar los cacheos, con los que conseguían algo más que llevarse a la boca. Había pan para todos en Começos.

Y también había allí un hombre con sotana y solideo rojos, que no paraba de frotarse las manos y de cruzarlas cuando decía algo. Tenía las manos enrojecidas y escamadas, crujían literalmente cuando las frotaba una contra otra y se le desprendían pequeñas partículas de piel que caían al suelo. Más adelante, Mané se arrepentiría a menudo de haber estado tan pendiente de esas manos que no había logrado ver nada más. No vio la expresión de la cara de su madre, no vio si manifestaba temor o permanecía fría y despectiva... fría y despectiva, eso es lo que afirmaría él más tarde por lo menos: «Parecía reaccionar fría y despectivamente, y sólo preocuparse por el destino que podíamos correr nosotros, los hijos».

—¡Los hijos serán entregados mañana mismo a la custodia de la educación cristiana! —dijo el hombre de las manos.

Ésa fue la última noche que pasaron en esa casa:

—¡Ya sé lo que estás pensando! (Estrela).  
—¡No, Estrela, no puedes saberlo porque ni siquiera lo sé yo!  
—¡Deja de llamarme Estrela! ¡Me llamo Esther!  
—Esther —pensó que ya era demasiado tarde—. ¿Qué estoy pensando?  
—¡Quieres echarte a correr, salir huyendo a la carrera, escaparte a toda prisa!  
—No puedo correr.  
—Entonces no llegaremos muy lejos.  
—¡Ni siquiera saldremos de esta casa!  
—Pues preparemos nuestro equipaje, para mañana.

Mané lloró mientras Esther llenaba dos bolsas con los enseres más imprescindibles. Ella sí que se mostraba fría y despectiva; llenó primero las bolsas hasta arriba y luego las volvió a vaciar: ¡Hay tantas cosas que no se necesitan! ¡Tantas cosas de las que se puede prescindir! Casi no se necesita nada... ¡cuando se parte hacia un destino incierto! Y se convierte en ritual de despedida la minuciosidad con la que se vuelve a colocar en su antiguo lugar lo que se estaba dispuesto a incluir en el equipaje y que después se ha decidido no llevar. Al final, lo cierto es que no se necesita nada. Sólo algo de ropa de abrigo. Hasta en los países cálidos acaba convirtiéndose esto en un último mandamiento: llevar algo de ropa de abrigo.

Mané lloró.

—Ella se mostró tan fría mientras yo lloraba lágrimas candentes... ¡Y entonces, a una hora tardía de esta última noche, aprendí a quererla!

—Salgamos. ¡Salgamos a recorrer Começos por última vez!

—¡Sí, salgamos!

Recorrieron la ciudad. Una ciudad que se despedía de ellos: su itinerario lo establecieron tanto las barreras que cerraban las calles debido a las obras de pavimentación, los andamios que envolvían las fachadas de las casas en proceso de reforma, las alambradas protectoras, las vallas y los cercos como la oscuridad; al final anduvieron cogidos de la mano. Entonces llegaron al cementerio.

¿De quién fue la idea? Apoyadas contra una tapia, había unas palas. La tierra todavía no estaba asentada del todo. Desenterraron el ataúd del gato. Bromearon. Se rieron. Todo lo que tuvieron que soportar después lo so-

portaron, porque habían vivido esta experiencia. Desenterraron el gato. No había ni una nube en el cielo. Las estrellas gritaban. Sólo estos dos niños oían el grito de las estrellas. Les devolvieron el grito, sin miedo de que alguien pudiera oírlos. Se reían y jadeaban. Se besaron. Los primeros besos de Mané. Fue una fiesta de locos. ¡Bum! La pala de Mané cayó sobre el pequeño ataúd. Cómo se rieron. Lo sacaron de la tumba. Lo abrieron. La madera se astilló. Pero no fue nada. Bien mirado, fue muy fácil.

A la mañana siguiente, cuando fueron a buscarlos, Mané y Esther se sonrieron.

Y con cada milla que recorrían los dos carruajes distintos en los que se alejaban de Começos, crecían, en la pequeña ciudad, una vez descubiertos la tumba abierta del gato y su ataúd vacío, el desconcierto y la histeria.

En el viaje de ida, Hochbichler bebió aguardiente. Llevaba una petaca en el bolsillo izquierdo de la chaqueta que extraía a intervalos regulares y desenroscaba y enroscaba con unos movimientos giratorios rutinarios a la vez que delicados.

El viaje de peregrinación a Roma. Semana Santa de 1971. Veintiocho muchachos de sexto y séptimo curso del internado se apuntaron al viaje en autocar que, con unas condiciones muy ventajosas, había organizado Hochbichler. No por un especial fervor por recibir la bendición pascual del Papa, sino por escapar de la familia y de la disciplina del colegio en una capital extranjera, que no era precisamente Londres, pero que tampoco estaba mal... Y con ese sacerdote decrepito, el profesor Hochbichler como único mentor. Alas para la imaginación. Durante la última clase de filosofía, antes de las vacaciones de Semana Santa, el profesor Bogner había tratado del concepto «Condiciones de lo posible». Se produjeron risas y alborotos —obra de los colegiales inscritos en el viaje de peregrinación a Roma.

Pero se hacían ilusiones. Para empezar, el profesor de latín, Spazierer, también fue con ellos, aunque a título privado, *privatim*, como subrayó varias veces *no obstantequam*, un pedagogo, como solía decir, siempre es un pedagogo, incluso de vacaciones, máxime tratándose de un viaje escolar. Spazierer no era particularmente religioso; para él, el viaje a Roma constituía casi una oportunidad de refrescar el idioma en el único lugar, el Vaticano, donde el latín no era una lengua muerta. Y puesto que par-

ticipaba, *nolens volens*, con su presencia introducía una nota de disciplina: en el autobús ocupaba el asiento central de la última fila —le gustaba tener visión de conjunto— y no tardó en tener concentrados a su alrededor a los pelotilleros y a los que llevaban peor la asignatura, para practicar con ellos la bendición pascual del Papa en latín. Así, expresado en términos técnicos de disciplina escolar, tenía ya de entrada neutralizados a los carneros más sedientos de estampida del rebaño.

En segundo lugar, el propio Hochbichler. No podía estar tan borracho como para olvidarse siquiera un solo instante de sus vivencias como capellán castrense, la última en septiembre de 1941, antes de que lo destinaran de nuevo a Viena, procedente de Jelnja, Rusia —en 1971 todavía hablaba de las Rusias—. En aquella ocasión, más de cien socialistas radicales fueron enviados a una muerte segura a primera línea de fuego, a morir como héroes —y así fue, en efecto, pues todos murieron—. Todos, por supuesto, estaban al tanto de lo que les esperaba. Quien, en su día, tuviera una participación activa para evitar que ese puñado de revolucionarios, un escuadrón convertido en carne de cañón, se rebelase o desertase también estaba capacitado para dirigir, incluso con los ojos cerrados, a un grupo de colegiales...

—¡Para de una vez, Viktor! ¡Eso son fantasías tuyas! ¡Son invenciones tuyas!

—No. Eso no se puede inventar. ¡Y mi limitada fantasía ya se agotó cuando soñaba con seducirte!

—Viktor, ¿quieres parar de una vez?

Exterior noche. Luz fría de una farola. Hochbichler de pie, con las piernas abiertas, de negro, impartiendo órdenes. Ladridos de perros procedentes de no se sabe dónde. Cada tanto, con insólita regularidad, las luces redondas de los faros de los coches que pasan, se oyen bocinazos continuos, como sirenas. Los colegiales, muertos de sueño y agotados, salen tambaleándose del autocar, pasan al lado de Hochbichler y se adentran en un edificio donde hay dormitorios con literas. Habían llegado a Orvieto. Antigua sede papal. Etapa intermedia en el viaje de peregrinación.

Hochbichler tenía sus trucos. Los colegiales que, al día siguiente, y tras visitar la catedral de Orvieto, ya estaban dentro del autocar y ansio-

sos por llegar a Roma no sabían todavía que en Roma apenas se bajarían del autocar. Una semana en Roma se quedaba en realidad en dos días, una vez descontados los viajes de ida y de vuelta, con las paradas para ir al retrete y las pernoctas. Y dos días en Roma eran dos largas visitas turísticas de la ciudad sin bajar del autocar, con monumentos históricos a derecha e izquierda y en el espejo retrovisor, seis comidas en las que estaba prohibido hablar, dos días de irse a la cama a las diez, en un albergue escolar católico cuyas puertas, previo recuento de los colegiales, se cerraban a las nueve en punto. Dos de los llamados momentos culminantes: el reclutamiento de voluntarios para formar un coro de alumnos que cantarían, tras un único y fugaz ensayo, la cantata «¡Oh cabeza llena de sangre y heridas» de la Pasión según San Mateo de Bach, en Santa María la Mayor, como homenaje al apóstol Mateo, que estaba enterrado allí. Los colegiales, que soñaban con borracheras de grappa y noches italianas durante su viaje a Roma, ya se consideraban unos rebeldes ahora sólo por cantar de forma especialmente exagerada o limitarse a mover los labios sin proferir sonido alguno y a sonreír con disimulo. De la media estadística de ambas formas de obstrucción resultó más o menos lo que Hochbichler deseaba. El segundo momento culminante lo constituyó la bendición pascual del Papa en la plaza de San Pedro. Hochbichler hizo gala, para la ocasión, de un alarde de maestría psicológica absolutamente memorable: todos los alumnos tenían que cogerse de las manos, y eso, claro está, sirvió para evitar que alguno se perdiera, pero Hochbichler entre balbuceos les soltó un rollo sobre las corrientes de energía espiritual, y así hubo incluso más de uno que acabó convencido de que, si en medio de esa multitud compacta y realmente amenazadora, de ese bochorno, de esa nube agobiante de sudores, no había sido presa de pánico ni se había desmayado como tantos otros en la plaza, era debido a que, como iba cogido de las manos, se había sentido parte de un todo más grande y poderoso.

Hildegund bebió un sorbo de su vaso, sacudió la cabeza y dijo:

—A ver, querido, ¿puedes explicarme por qué te apuntaste al viaje, si hacía muy poco que habías dejado de ir a clase de religión?

Tan grande era la cerrada unanimidad de conjurados que animaba al grupo de escolares cogidos de las manos en aquel tumulto insoportable

de gente aglomerada en la plaza, tan fuerte la corriente de energía dentro del pequeño grupo en medio de la creciente histeria colectiva, que la participación fue prácticamente total y casi todos los alumnos se unieron al profesor Spazierer cuando éste, sumándose al Papa, empezó a repetir en latín las palabras de la bendición papal. Quien ahora se limitara a mover los labios no es que fuera un rebelde, sino que había prestado poca atención durante los ensayos en el autocar. Y nadie se dio cuenta de que faltaban dos: Hochbichler y Viktor.

La lucha intelectual por un alma. ¿Por qué se apuntó Viktor al viaje de peregrinación? Precisamente por eso. Hochbichler sedujo a Viktor, que se dejó llevar al territorio donde aquél pretendía plantear la lucha según sus condiciones, con la esperanza de ganarla. Convocó a los padres de Viktor a una charla en el colegio. Sabía que estaban divorciados y fue suficientemente listo como para mandar dos cartas, una a la madre y otra al padre. Acudieron ambos. Viktor recordaba perfectamente aquella mañana cuando sus padres, justo durante el recreo, subieron la escalera del colegio buscando la sala de profesores. Su madre, por supuesto, cuando le descubrió en medio de sus compañeros de clase, fue incapaz de reprimir su impulso de mandarle un beso con la punta de los dedos, lo que le valió una larga temporada de burlas.

Hochbichler alabó entusiasmado la inteligencia y viveza, los talentos y predisposiciones del alumno Viktor Abravanel. Se disculpó profusamente por el malentendido de la clase de religión, por lo de «asesino de Cristo». Muy teórico educativo y, a la vez, casi conspirativo —Hochbichler bajó incluso el tono de voz—, abogó por la necesidad de dejar que Viktor participara en el viaje de peregrinación. Para ofrecer a este alumno inteligente y también lleno de inquietudes la posibilidad de someter a examen sus sentimientos religiosos. Para ofrecer, a este joven de madurez precoz y desarrollo tardío...

—¡Esta formulación es tuya!

—Por supuesto. Lo admito. Todas las formulaciones son mías. Así es como me imagino yo la situación...

... la posibilidad de aclararse sobre su pertenencia cultural y religiosa, una decisión que nadie podía arrebatarle, ni los padres ni los maestros. Y

para esto, el alumno Abravanel necesitaba tener experiencias y al mismo tiempo una vivencia espiritual fundamental. El caso es que incluso los mejores argumentos sólo convencen por razones equivocadas. El padre de Viktor vio que la posibilidad, que las probabilidades de una asimilación radical, nulas puntualmente y a corto plazo, podrían restablecerse de una forma sorprendentemente rápida y completa, y la madre de Viktor estaba encantada con la idea de que su hijo estuviera bien atendido y en buenas manos durante esa semana de vacaciones que para ella casi representaba una semana entera de trabajo. Y a lo mejor también otros profesores valorarían de forma positiva la participación de Viktor en esa «excursión escolar». Analizaba todo lo que concernía a Viktor, pensando básicamente si redundaría en beneficio o en perjuicio de la línea bachillerato-doctorado-emancipación social-salvación. El padre sacó la cartera, para pagar inmediatamente el viaje de Viktor —y a Viktor no le costaba nada imaginar este momento—. Porque su padre pagaba de una manera que ya de niño le había impresionado y que había marcado su relación con el dinero. Por principio, su padre pagaba siempre con billetes grandes, incluso los importes más pequeños. Tenía una aversión manifiesta a revolver en el monedero, a sacar varios billetes y sumar. Como si no llevara. Como si le costara. O como si se resignara a que el dinero obstaculizara o impregnara las relaciones humanas inmediatas. Tendía un billete grande y acto seguido guardaba la cartera. El cambio, cuando lo había, lo cogía sin prestarle mayor atención y se lo metía sin contarlo ni comprobarlo en cualquier bolsillo del pantalón o de la chaqueta. Viktor se imaginaba a su padre vaciándose los bolsillos todas las noches y cambiando a la mañana siguiente, temprano, los muchos billetes que le habían devuelto por uno grande. Cuando su padre le visitaba en el internado, y Viktor le pedía dinero para sus gastos, esperaba que le diera cincuenta chelines, pero su padre le daba mil. Sacaba la cartera, un billete, a toda velocidad, se lo alcanzaba, como quien no quiere la cosa, sin mirar y, en un abrir y cerrar de ojos, se guardaba la cartera, le preguntaba por las notas y, sobre todo, por el fútbol. Si le habían seleccionado para el equipo del colegio. Su padre no tenía otros billetes. Si los hubiera tenido más pequeños tal vez le habría visitado más a menudo. El caso es que Viktor se sentía muy incómodo cuando tenía día libre y podía pasar un sábado con su madre y la acompañaba al supermercado. Vaya modo de contar el

dinero. Y por si fuera poco, no paraba de preguntar si ese o aquel artículo figuraban en la cuenta, total, para acabar luego rebuscando los céntimos en el monedero y pagar el «importe exacto».

El caso es que Viktor estaba vendido, con plaza reservada y pagada.

La madre (con fe de bautismo católica):

—Me parece muy bien que le hayas pagado a Viktor este viaje a Israel. Creo que será una experiencia importante...

El padre (judío):

—¿Israel? Creía que se trataba de un viaje a Roma. ¿Israel? ¿Estás segura?

La madre:

—¿Roma? ¿No ha dicho el profesor que se trataba de un viaje en autocar? Pues entonces tiene que ser a Roma. ¿Cuánto has pagado?

El padre:

—Mil.

La madre:

—Y encima te ha devuelto cambio. ¡O sea, que tiene que ser Roma! Roma tenía que ser.

—¿Vamos a tomar un café? (el padre).

Los padres fueron al café Kundmann, situado casi enfrente del colegio, pero se marcharon corriendo al café Hufnagl, huyendo de los colegiales que hacían novillos y que a gritos alardeaban de su cambio de voz. Para el padre, el Espresso Rochus, que estaba justo al lado, ni entra en consideración. Los cafés se convirtieron en Camparis.

—No sé si eres tú o el café, ¡pero tengo unas palpitaciones!

Luego pasearon por la Landstrasser Hauptstrasse hacia el centro; a la altura de Fleischhauers Kalal ya iban cogidos del brazo. Cruzaron la Ringstrasse con el semáforo en rojo, cogidos de la cintura y echando las piernas hacia delante, como dos bailarines de tango, y se besaron una vez superado el peligro. Almorzaron en el restaurante Koranda, en Luegerplatz. La madre bebió vino, se puso sentimental, colocó por encima de la mesa su mano sobre la mano de su ex marido, cosa que irritó a éste sobremanera: vamos a llamar la atención. Retiró la mano de la mesa.

Ella quería el menú y él comer a la carta.

—Escucha —dijo él—, si pides el menú te traerán un entrante, un plato principal insulso y un postre superfluo porque ya no tendrás ham-

bre. Si yo ahora pido aleta de ternera rellena, me traerán un plato principal excelente, porque este local es famoso por ese plato, pero ni entrante ni postre. Lo que quedaría completamente desequilibrado y no complacería de verdad a ninguno de los dos. Mientras te comes el entrante y el postre, yo tendría que esperar mirando, y tú te sentirías frustrada por tu plato principal al ver el mío. Luego, estarías todo el rato queriendo probar de mi plato. Qué espectáculo, tú con tu tenedor todo el rato hurgando en mi plato... ¡Espera! ¡Escucha! Sé que sería así, lo sé. Ya nos ha pasado muchas veces. Entonces, qué te parece si llegamos al siguiente compromiso: pedimos una sopa cada uno y luego un plato, principal y siempre tienes la posibilidad de pedir un postre!

—¡A la carta! ¡Con lo caro que es! ¡El menú, postre incluido, sale mucho más barato!

—Bueno, ¿y qué? ¡Si invito yo!

Cuando, a las seis, la madre de Viktor inició su turno en el Espresso Real, no se había pasado el resto de la tarde en la cama, había contestado de forma harto procaz a la pregunta de su ex marido de si no deberían intentarlo de nuevo, no había contemplado la posibilidad de sacar a Viktor del internado o no había querido contemplarla. Llamó «cabrón» al primero que se puso pesado en el Espresso cuando en realidad estaba pensando en su ex marido. «Me emborracha. Me desnuda con la mirada. Me trata como a una fulana pueblerina. Y los humos que se da. Sólo lo mejor, sólo lo más caro. Pero para que me pague la manutención tengo que perseguirlo. Y pobre de mí si toco el tema. No quiere ni oír hablar del asunto. No me hables de la manutención, me dice, se me ocurren otras cosas. ¡Cuando dice que se le ocurren otras cosas a mí me dan palpitaciones! Esto hay que saborearlo despacio: ¡yo hablo de manutención y él me habla de que vuelva con él! ¡Se cree en serio que me voy a conformar con la miseria que me paga ahora de manutención para cubrir el concepto de gastos domésticos? Y él, a cambio, volvería a tener todos los días su comidita caliente y encima se ahorraría la asistenta. ¡Ni hablar! Y usted, quite la mano de ahí. ¡Cabrón!»

Y así se llegó al viaje a Roma de Viktor.

En Orvieto, antes de reanudar el viaje, Hochbichler puso su mano sobre el hombro de Viktor y le retuvo.

—¡A ver, tú, espera un momentito!

Viktor fue el último en poder subir al autocar, y cuando quiso avanzar por el pasillo hacia la parte trasera, Hochbichler le retuvo de nuevo.

—Tú te sientas aquí —le dijo señalándole un asiento en primera fila—, a mi lado. Tenemos que hablar.

Hochbichler, con ademán de pedagogo interesado y comprometido, le hizo una serie de preguntas. Quería saber si Viktor se encontraba a gusto en el colegio, y sobre todo en el internado. Si sentía nostalgia y no preferiría estar en casa con su madre. Si le preocupaba mucho el divorcio de sus padres y si creía que volverían a unirse. Que en qué consistía exactamente el trabajo de su padre y si asistía con regularidad a los servicios religiosos de la comunidad. Viktor, a todas estas preguntas, respondía con monosílabos. «Sí. Más o menos... No sé.» La situación le resultaba tan incómoda... A veces, cuando oía las risas que provenían de la última fila, volvía la cabeza con añoranza. ¿Por qué no podía sentarse con los demás? Cada vez se iba encogiendo más en el asiento, ocupando cada vez menos sitio, vigilando, aterrorizado, que Hochbichler, sentado a su lado, desparamado y relajado, no le tocara, nada de muslo contra muslo, nada de manos en la rodilla. ¿Y cómo hablaba la madre del padre, tras su experiencia de matrimonio mixto?

—¿Por qué mixto? —preguntó Viktor—. Mi padre es blanco, como mi madre.

¿Por qué tenía Hochbichler siempre una sonrisa tan húmeda? Saliva, sudor, aguardiente, nunca tenía los labios secos. A Viktor le repugnaba. «Un matrimonio mixto, hijo mío, no es un matrimonio entre un negro y una blanca, por ejemplo, sino un matrimonio entre personas que profesan distinta religión. Esto es lo que entiende la Iglesia por matrimonio mixto.» Viktor todavía se encogió más en el asiento. A ver, por qué no podía quedarse en casa. Se pasaba todo el año en el internado. Y luego, cuando llegaban las vacaciones, tampoco podía quedarse en casa. Tenía que participar en ese viaje. Hochbichler hablaba del amor. Desde luego, no era un tema en el que Viktor pudiera meter baza. El deber de amar a los padres, por mucho que —no, no estaba escuchando. Sólo tenía la vista fija. Miraba hacia delante, el parabrisas del autocar. La autopista. Él quería a sus padres, y no era algo que le apeteciera discutir con el hombre que iba sentado a su lado. Y se sentía querido por sus padres, por

mucho que, indudablemente, siempre se lo quitaran de en medio de un modo u otro. Este pensamiento le desazonaba. Se preguntaba si es real lo que uno siente, o si uno siente algo y desea que sea real. O bien esta cuestión le superaba, o bien la charla de Hochbichler sobre el amor, el respeto y la sangre le distraía demasiado, el caso es que no podía concentrarse en el problema. ¿Sangre? ¿Por qué sangre?

—Abravanel —dijo Hochbichler, con la cara resplandeciente, de placer, de sudor—. No sé si sabes tanto sobre este nombre como sé yo. ¡A-bra-vanel! —bebió un sorbo de la petaca. La apretó contra su tripa, eructó, emitió un largo Aaaaahhhh... bravanel...—. ¿Qué sabes sobre tu familia?

Viktor no entendía.

—¿Sabes español?

—No.

—¿Nunca se habla español en tu familia?

—No. Es decir: los abuelos saben español, creo. Por lo menos antes hablaban así de vez en cuando, cuando no querían que les entendiera.

—O sea, ¿los padres de tu padre?

—Sí. Pero me parece que no es un español normal. O no es realmente español. Porque papá, mi padre, siempre me decía: ¡Tú no escuches, no les hagas caso! Eso que hablan a los españoles les parece chino. Quiero decir...

Hochbichler rió. Bebió otro sorbo como si fuera un remedio contra los ataques agudos de risa. Introdujo de nuevo la petaca en el bolsillo lateral de la chaqueta, le pegó un cariñoso azote una vez la hubo guardado y finalmente cruzó los dedos por encima de la tripa. Asintió con la cabeza. Su pelo fino y negro descansaba húmedo encima de su cuero cabelludo, como recién dibujado con tinta china.

—Un español antiguo, por decirlo de algún modo, un español deteriorado. Sí, sí. Sabes...

—Pero mi padre habla muy bien inglés. A la perfección. Se crió en Inglaterra. En aquellos tiempos...

Hochbichler se secó los labios con el dorso de la mano y denegó con un gesto de impaciencia.

—¿Y nunca habéis hablado del origen de vuestra familia? ¿De los antepasados?

—No. ¿Qué antepasados? —si Viktor acababa de hablar de sus abuelos, éstos eran los antepasados.

—Te voy a contar una historia. Tu historia. La Historia. En el fondo es la Historia. Sí... —sacó la petaca, echó otro trago—. Abravanel...

—¿Sí?

—... es el nombre de una de las familias judías más importantes, es decir, de las familias judías clandestinas de principios de la Edad Moderna. Con sinceridad, me parece muy improbable que alguien que lleve este apellido no sea un descendiente de esta familia.

Tras una breve pausa, exclamó:

—¡Ejemplo!

Había recuperado sus hábitos de maestro. En sus clases nunca decía «¡Por ejemplo!», siempre sólo: «¡Ejemplo!». Si éste iba seguido de otros ejemplos, exclamaba «¡Ejemplo *dos*!» y «¡Ejemplo *tres*!». Eso había que apuntarlo todo, hasta las comas. Las libretas tenían que estar cuidadas y ordenadas, que se pudieran leer fácilmente. Otro azote al bolsillo lateral.

—Isaak Abravanel. No fue sólo uno de los exegetas de la Biblia más significativos de su época, también fue maestro tesorero, hoy se diría ministro de Hacienda, del rey Fernando y de la reina Isabel de España. En calidad de tal, fue por supuesto el principal artífice de que la Corona española finalmente financiara las naves de Cristóbal Colón. Era un hombre de formación universal y de amplios horizontes. Conocía las teorías del cosmógrafo italiano Toscanelli y los mapas antiguos tan bien como su Biblia. Y como ministro de la corte española, supo muy pronto que la expulsión de los judíos por los Reyes Católicos sólo era una cuestión de tiempo. Puede que considerara posible el descubrimiento de una ruta occidental hacia las Indias, pero puede que sólo pensara de una forma más pragmática todavía: da igual lo que Colón descubra, en cualquier caso puede significar una nueva vía de escape adicional para los judíos. En 1484 o 1485, no lo recuerdo exactamente, en todo caso a mediados de la década de los ochenta, consiguió convencer a Isabel de que invirtiera en el proyecto. Y cuando en 1492 concluyeron los preparativos y Colón pudo hacerse a la mar, el acontecimiento coincidió con el ultimátum real a los judíos para que abandonaran España. Durante todos esos años, Isaak Abravanel, por supuesto, también había preparado a la perfección su propia retirada. Puso pies en polvorosa unos días antes de

que se publicara el ultimátum. No sólo eso: llevaba tiempo preparando la huida de cientos de sus correligionarios; no sólo la mera salvación de sus vidas, sino también la de sus capitales. ¡Te sentirás orgulloso de tu nombre escuchando una historia así!

—No sé, quiero decir, yo no sé nada de todo eso y..

Viktor estaba hecho un lío. ¿Lo decía en serio, Hochbichler, lo de los antepasados? ¿Y qué quería decir con eso? Al mismo tiempo, habría preferido morderse la lengua en vez de haber contestado como lo había hecho, pues si algo había aprendido era que a los adultos, cuando formulan preguntas retóricas, no hay que decepcionarlos. En este caso, claro está, tendría que haber dicho que se sentía orgulloso, ya que era manifiesto que eso era lo que Hochbichler estaba deseando oír. Así que dijo rápidamente, en un susurro, con voz apenas perceptible:

—Sí. ¡Claro que sí!

—¡Escúchame bien, Abravanel! A lo mejor te suena esto o, dicho de otro modo, tal vez puedas asimilarlo mejor así: don Isaak Abravanel era un hombre desgarrado, dividido. Era de origen judío. Pero vivía en una sociedad católica —a la que conocía tan bien y en la que se desenvolvía con tanta habilidad que logró abrirse camino y hacer carrera de forma notable—. Se dedicó al estudio de la Biblia, naturalmente del Antiguo Testamento, pero sin alardes de judaísmo como esos judíos que llevan caftán y rizos en las sienes. Hoy en día, sus interpretaciones de las sentencias de Salomón o sus lecturas de los libros de Job cuentan también con el reconocimiento del mundo cristiano y son materia de estudio, por ejemplo, en los colegios de jesuitas. Y en su faceta política, fue un hombre indiscutiblemente laico, abierto al mundo y pragmático. Como hombre de Estado tuvo una participación importante en la concepción y en el desarrollo del primer Estado centralista de la Edad moderna —y sabía perfectamente lo que eso significaba: un Estado, un pueblo, una religión—. España, los españoles, el cristianismo. ¿Qué era pues ese judío asimilado? ¿Un judío? ¿O estaba tan asimilado que ya era un cristiano? ¿Un cristiano al que sólo le faltaba una cosa, el bautismo? ¿Por qué no pudo decidirse, tras larga lucha, a dar ese paso tan próximo y que le habría asegurado la continuidad y la culminación de su venturosa vida? Dirás que...

A Viktor le picaba la curiosidad. No tenía ni idea de lo que iba a decir ahora.

—Dirás que don Isaak era un judío fiel, porque se marchó con los demás judíos cuando éstos tuvieron que abandonar Iberia. ¿Adónde fue? A Venecia. Pero allí no se quedó de brazos cruzados sentado en el gueto, sino que se convirtió en uno de los comerciantes más prósperos de la ciudad en muy poco tiempo. En España, había necesitado casi ocho años para financiar las naves de Colón; en Venecia, al cabo de tres años escasos poseía quince naves que, con las bodegas rebosantes de mercaderías, surcaban los mares del mundo para él. Era tan rico que pudo comprarse el derecho de residir libremente en Venecia, fuera del gueto. ¿Un judío fiel? ¿Por qué se compró el derecho de vivir libremente fuera del gueto, donde estaban sus semejantes? Se había ido con los judíos, pero volvía a vivir entre los cristianos, volvía a ocupar un lugar central en la sociedad cristiana, entraba y salía de la casa del Dogo. ¿Qué clase de hombre era ése?

No lo sé. Esto es historia. Yo de historia no sé nada. ¿Por qué no se desmaya Hochbichler de una vez, con la cantidad increíble de aguardiente que se ha bebido? —Viktor no dijo ni palabra.

Siguieron un buen rato sentados uno al lado del otro, sin despegar los labios. La petaca de Hochbichler estaba vacía. Ahora sacaba de vez en cuando un pañuelo blanco y se frotaba con él la cara y el pelo. El pañuelo acabó empapado, pero la cara no se le secó.

—Por lo que veo, no se te ha olvidado detalle de la historia de ese... ¿Cómo se llamaba? ¿Isaak?

—No. Claro que no. Me he quedado con lo suficiente como para poder buscar y leer esta historia más adelante. Quiero decir, el apellido de don Isaak es bien fácil de recordar. Por otro lado: hay historias que nos contaron cuando teníamos diecisiete años y cuyo recuerdo se nos ha grabado en la memoria, seguro que a ti también te ha pasado, mucho más que vivencias que hemos tenido a los treinta o treinta y cinco. ¿O no?

—Sí. No sé.

—Yo tampoco.

Hochbichler parecía ensimismado. De repente miró a Viktor. Tenía la cara enrojecida y empapada.

—¡Ejemplo dos! —exclamó—. Don Judah Abravanel. El hijo de Isaak.

Hochbichler sacó la petaca del bolsillo de la chaqueta, aunque sabía que estaba vacía. No desenroscó la tapa, sólo la sacudió junto a su oído y gritó al conductor que parara en el área de descanso siguiente. ¡Parada para ir al retrete!

—Don Judah era el hijo de don Isaak. Pero él no fue a Italia con sus hijos, sino a Portugal. A Lisboa. Lo que, bien mirado, era más lógico. Hizo igual que muchos judíos, que se fueron a Austria cuando Hitler asumió el poder en Alemania. Judah era médico, pero aún hoy es famoso como filósofo y poeta. Como autor de los *Dialoghi di Amore*. En el año 1497 ya se consideraba esta obra como un clásico moderno de fama mundial. Y precisamente en este año de 1497, este autor mundialmente conocido se encontró, junto con unos centenares más de judíos confinados en la iglesia Nossa Senhora de no sé qué, en una catedral, en cualquier caso en Lisboa, ante la alternativa de tener que elegir: bautismo o muerte. Fue una concesión que hizo el rey Manoel de Portugal a la Corona española, fue, por decirlo de algún modo, el *Schussnigg* de entonces. Naturalmente, no sirvió de nada, y poco después Portugal fue anexionado a España, pero da igual. Allí estaba, en todo caso, don Judah Abravanel con su mujer y sus hijos en esa catedral, y ¿sabes tú lo que pasó entonces?

A Viktor no le dio tiempo a decir que no, Hochbichler ya seguía contando.

—Los judíos hacinados en esa catedral, cientos de judíos, empezaron a estrangular a sus hijos con sus propias manos, o si tenían un cuchillo a apuñalarlos, les clavaban el cuchillo en el corazón o les abrían las venas, sólo para ahorrarles la ignominia del bautismo forzoso. Luego, entre lágrimas y gritos de dolor, se abalanzaban sobre sus esposas para estrangularlas o apuñalarlas y acto seguido atentaban contra sus propias vidas. En aquellos momentos, contaron más tarde los testigos presenciales, se cantaron a Dios los himnos más impresionantes que jamás se hayan podido escuchar en una iglesia. Dicen que durante siete años y nueve días todos los intentos de limpiar la sangre derramada en el suelo de la iglesia resultaron vanos. El siete y el nueve algo significan en la Cábala judía. De todos modos: ¿qué hizo tu antepasado Judah Abravanel?

Cogió a su mujer y a sus hijos de la mano y avanzó hacia el altar cantando el Credo, por encima de los agonizantes y de los cadáveres, avanzó cantando, para recibir con alegría, así consta en las crónicas, con alegría, el sacramento del bautismo. Muy probablemente el gran Judah, mostrándose dispuesto a recibir el bautismo, salvó la vida de docenas de judíos. Porque, y así consta en las crónicas, éstos se serenaron y paulatinamente le fueron imitando. El caso es que se salvó a sí mismo y salvó a su familia, y hasta bien entrado el siglo XVIII, el nombre de Abravanel aparece siempre en la historia, prácticamente en casi todas las generaciones, una vez como filósofo, luego como poeta, estadista, médico, comerciante, rabino y también como cardenal, en Lisboa, Alejandría, Estambul, Amsterdam, Venecia y qué sé yo dónde más. Los Abravanel se dispersaron por todo el mundo, y en todas partes se adaptaron, se asimilaron y siempre —¿cómo diría?— ¿descollaron? ¿Fueron diferentes? Ya me entiendes. Escindidos. Siempre cristianos. Y siempre el mismo talismán: el origen judío. Talismán. ¿Por qué no aceptar tal como es el mundo en que uno ha alcanzado el éxito? Aceptar. Al Mesías. Si los judíos lo estaban esperando. Y de pronto llegó. ¿Por qué quererlo siempre todo al mismo tiempo, Abravanel? ¡El mundo redimido, el éxito, la felicidad, el cristianismo y el Antiguo Testamento, el Muro de las lamentaciones, una lealtad a la sangre cuando no es la sangre lo que cuenta, sino el alma, el espíritu, las creencias! Y...

Hochbichler estaba cansado, ya sólo hablaba con un hilo de voz y con los ojos cerrados, y Viktor seguía con la vista fija, mirando hacia delante a través del parabrisas, mientras oía las palabras de Hochbichler como si fueran una voz interior.

—En Roma. Cuando estemos en Roma tengo una sorpresa para ti. Una sorpresa.

Entonces pareció quedarse absorto. Viktor miraba fijamente hacia delante, a través del parabrisas del autocar. ¿De qué sorpresa hablaba? Estaban entrando en Roma. Vías de acceso, suburbios, tráfico creciente. Viktor esperaba ver ruinas, pero ruinas antiguas, no contemporáneas, hormigón podrido, hierros oxidados, vertederos, cementerios de coches, bosques de antenas de televisión sobre conejeras humanas de tejas rojas, en mal estado. Esperaba ver el país de los limoneros en flor, pero allí no crecían más que cardos polvorientos y ortigas sobre el hormigón agrieta-

do. Viktor sintió miedo. ¿Por qué? Tal vez porque el mundo fuera del internado no mostraba ningún parecido con el mundo que les transmitían dentro del internado, o con el mundo descrito en los libros que él, para poder abandonar el internado, leía con tanto fanatismo dentro del internado. Pues claro que Roma era la ciudad santa, y no sólo para los católicos, sino especialmente para los alumnos de bachillerato de letras. Pero tal vez también porque no se le iba de la cabeza lo que Hochbichler le había contado, esa historia que de repente le ponía en estrecho contacto con otro mundo más, un mundo del que no tenía ni el conocimiento más remoto, ni siquiera un conocimiento como el que les enseñaban en el colegio, tópico, sospechosamente idealizado y limitado. Roma. No. Lo importante era: la capacidad de vivir. Viktor pensó en esas palabras: capacidad de vivir. Viktor sintió miedo, porque de repente le pareció del todo imposible que, cuando se abrieran las puertas del internado y se encontrara en libertad, fuera capaz de moverse con soltura por el mundo, como alguien que sabe quién es, dónde está y lo que quiere.

Tampoco parecía que a Hochbichler, a pesar de estar ensimismado, se le fuera de la cabeza lo que había contado, pues tuvo un sobresalto, susurró «lealtad a la sangre», tanteó buscando su petaca.

—Un zumo extraño —dijo Hochbichler, al tiempo que afligido apretaba el gollete de la petaca contra el dorso de su mano para sacar una última gota, que después lamió—, *limpieza de sangre*, decían los españoles, limpieza de sangre, y los nazis también lo llamaban así o algo parecido, teoría racial, en todo caso. Los mayores delitos se han cometido por creer en la sangre. ¡Abravanel!

—¿Sí?

—En tu casa, ¿se habla de la época del nacionalsocialismo? Seguro que en tu familia se cuenta lo que pasó entonces...

—Sí —mintió Viktor.

—Bueno, entonces ya tendrás una idea. ¡Pero ojo! No vayas a creer ahora que estoy tratando de disculpar de alguna forma o de relativizar lo que pasó entonces, pero mucho me temo que estos crímenes sólo fueron posibles en semejante magnitud porque también las víctimas creían en alguna medida que algo de cierto había en esas historias de la sangre. No cada víctima individualizada, claro que no, pero de alguna manera,

cómo diría yo, en general, las víctimas y los verdugos tenían eso en común, esa creencia equivocada. Creencia —repitió con incredulidad, y luego exclamó—. ¡Ejemplo tres!

—¿Sabes lo que creo? —dijo Viktor—, que Hochbichler se volvió alcohólico porque, como capellán castrense, también se volvió en parte culpable de ese delito entonces. Y cuando más tarde tomó conciencia de ello, y extrajo las consecuencias pertinentes, volvió a convertirse en culpable, esta vez según los mandamientos de su religión. Entró en un círculo infernal, el cristiano en un círculo infernal. Podía elegir entre seguir siendo culpable o expiar. Y sabía que expiando sería culpable de otro modo. ¿Sabías que Hochbichler vulneró en varias ocasiones el precepto del secreto de confesión?

—¡Viktor, estás loco!

—No. ¡Escucha! Después de 1945 se produjo un goteo continuo de hombres que acudieron al confesonario de la iglesia de San Roque y contaron los delitos que habían cometido durante los años anteriores. Asesinatos ordenados bajo estado de necesidad, bajo un hipotético estado de necesidad, pero también por placer y megalomanía. Violaciones, robos y estafas a cuenta de la arianización, etc. Dormían mal, eran incapaces de asumirlo en su fuero interno, tenían miedo de las autoridades de desnazificación y querían obtener al menos el perdón de la Iglesia —o lo que fuera—. Hochbichler los denunció a todos, los interrogaba a fondo en el confesonario, y cuando tenía todos los datos, con pelos y señales, cuando le habían confesado todo hasta el último detalle, entonces los denunciaba...

—¡Calla ya! ¡Mientes! ¡Ningún sacerdote haría eso! El secreto de confesión es...

—¡Escucha! ¿Qué quiere decir que ningún sacerdote haría eso? Hochbichler lo hizo. Vale, a lo mejor no era un sacerdote, sino un ángel de la historia vestido de cura. Lo que sea. En el año 85 escribí un trabajo sobre la desnazificación de Austria después del 45 y casualmente —y créeme, para mi gran sorpresa— encontré en el archivo un expediente Hochbichler. Denunció una docena escasa de delitos y yo lo comprobé: unos delitos que, considerando su biografía, no podía conocer y menos aún atestiguar. Pero todas las denuncias estaban perfectamente funda-

mentadas, basadas en hechos comprobables. Tuvo conocimiento de los hechos a través del confesionario.

—¡Espera! ¡Escucha...!

—No. ¡Escúchame tú! Ese hombre tenía problemas consigo mismo. Y eso dice mucho en su favor. ¡Y su lucha por mi alma era en realidad una última lucha por la suya!

—¡Ejemplo tres! —siguió diciendo Hochbichler—. El hijo de Judah Abravanel, Isaak Abravanel. Fue separado de la familia, arrancado del hogar. Por mucho que don Judah hubiese aceptado el bautismo forzoso y se esmerase, de puertas afuera, en llevar una vida cristiana intachable, no se fiaban de él. Y querían tener la seguridad de que no seguía transmitiendo, clandestinamente, las leyes de la fe mosaica. Así que un día entraron unos hombres en la casa de la familia Abravanel y raptaron a su hijo Isaak. Los padres nunca averiguaron su paradero y jamás lo volvieron a ver. Romper la cadena, eso era lo que se proponía la Iglesia. Isaak recibió una educación cristiana y el nombre de una antigua estirpe española, Gómez de Medeiros, su pasado fue borrado y nunca se habló con él de su origen. Isaak, es decir, Joaquim Gómez de Medeiros, fue haciéndose mayor, el niño se convirtió en un joven que deparaba grandes alegrías a sus nuevos padres y a sus maestros y educadores cristianos. El joven se transformó en un adulto de modales exquisitos, amplia cultura y profunda espiritualidad. Se decía de él que era un muchacho que justificaba las mayores expectativas, así que el arzobispo de Coimbra creó una beca que pagó de su propio bolsillo para ofrecer a este niño prodigio la posibilidad de estudiar en la mejor universidad del país. Joaquim era, por decirlo de algún modo, un proyecto ambicioso, un santo experimento de la Iglesia, controlado y manejado desde las más altas esferas eclesiásticas. Por eso está tan bien documentada su biografía. Ahora bien, Joaquim tenía que marcharse a Coimbra, abandonar la casa de sus padres, la de los Gómez de Medeiros, a los que, se suponía, él consideraba sus padres verdaderos y a los que al cabo de tantos años forzosamente tenía que seguir considerando como tales, ya que no conservaba recuerdos de su primera infancia, cuando fue separado de sus verdaderos padres. Besó entre lágrimas a estos padres, partió y no llegó jamás a Coimbra. Un día apareció en Venecia y —¡agárrate!— proclamó que se

llamaba Isaak Abravanel y se hizo la circuncisión. Se convirtió en un médico famoso, el fundador de la medicina legal, por cierto, pero eso no viene a cuento ahora, ¡dime sólo una cosa, Abravanel! ¿Cómo te lo explicas? ¿La sangre? ¡No, por favor, no digas que sí! La sangre no tiene voz. Porque, si así fuera, la Inquisición habría tenido razón, los nazis habrían tenido razón y los primeros en haberlo demostrado con anterioridad serían precisamente las víctimas.

—Roma —dijo de repente—, hemos llegado. Aquí te espera una sorpresa. Y después me podrás dar tu respuesta a mi pregunta.

La bendición papal en la plaza de San Pedro. Y nadie, entre los viajeros que cogidos de la mano integraban el grupo que se apiñaba alrededor del profesor Spazierer, reparó, en medio del alboroto y del éxtasis general, en que faltaban dos. Hochbichler había agarrado del brazo a Viktor, con fuerza, y lo había sacudido con impaciencia.

—¡Ven! ¡Ven conmigo! ¡Date prisa!

Arrastró a Viktor a un lado. Por lo visto, la sotana que llevaba ese día le confería tanta autoridad que sólo tenía que adelantar la mano derecha y empujar para que la muchedumbre se abriera como las aguas del mar Rojo. Viktor se dejaba llevar; de vez en cuando volvía la cabeza a sus espaldas: la marea humana se cerraba de inmediato; miraba hacia delante y sólo veía ese pasillo en la muchedumbre por el que pasaban apresurados, como si Hochbichler lo hubiera abierto a hachazos. La sorpresa. Pegados a un lado de la plaza de San Pedro, llegaron delante de un edificio situado a la derecha de la catedral.

—Aquí —dijo Hochbichler.

Se sacó el pañuelo blanco y grande del bolsillo y se lo pasó varias veces por la cara. Dirigió a Viktor una sonrisa de ánimo. Tenía la cara empapada, pero más aún los labios, no sólo de sudor, sino de sudor y de saliva. Espuma en la boca. Hochbichler escondió el pañuelo grande y blanco en los pliegues de la sotana negra, cogió a Viktor del brazo y tiró de él hacia una puerta. Viktor se dejó arrastrar, pero se giró, como si quisiera echar una última mirada al mundo que ahora tenía que abandonar. Vio la fachada lateral de la iglesia de San Pedro, un pedazo de cielo, adoquines, oyó el ronco murmullo de la muchedumbre de turistas de la plaza, la voz metálica del Papa difundida a través de los altavoces, notó que

Hochbichler le agarraba del brazo y tiraba de él, sintió que una sombra fresca empezaba a envolverle, volvió la vista hacia delante. La puerta estaba abierta, Hochbichler lo había arrastrado adentro de ese edificio, lo soltó y cerró la puerta.

—El Patio de Dámaso —dijo Hochbichler—, y lo que vas a ver aquí todavía se lo contarás a los Abravanel que serán tus nietos. ¡Sigue andando!

Se dirigió con Viktor hacia un portón de bronce.

—¿Sabes qué hay detrás de esa puerta? ¿No lo sabes? —preguntó al tiempo que miraba la hora—. Un sótano. Un sótano muy profundo. Lo que hay aquí es el subconsciente de la Iglesia Católica Romana: el archivo del Vaticano —volvió a consultar la hora. Viktor miraba fijamente el portón de bronce.

—¡Está cerrado! —graznó Viktor.

—Sí.

—¿Y usted quiere entrar ahí?

—Nosotros queremos entrar ahí. Sí.

—Pero, ¿hoy? Es decir, ¿precisamente hoy? No podrá ser que nosotros entremos ahí, seguro que todos han salido a escuchar la bendición papal.

—Lo que queremos hacer sólo lo podemos hacer hoy. Por eso mismo.

En ese instante, el portón de bronce se abrió y Viktor vio a un hombre alto vestido de jesuita. Esto lo aprendió después: que aquel atuendo era la indumentaria clásica de los jesuitas. Se componía de una túnica amplia y negra, con forma de saco y una jareta escondida en el centro, un fajín negro de tela plisada alrededor de la cintura y un alzacuellos blanco. El hombre era en todo el polo opuesto de Hochbichler, tenía el cuerpo delgado, la cara pálida, el pelo espeso y blanco y la frente y los labios secos.

—¡Giovanni! —exclamó—. ¡Hans, *fratello!* —abrazó a Hochbichler y le besó en las mejillas—. Y pese a todo este alboroto, llegas puntual. La vieja precisión de siempre. Sí, cuando se aprende, se aprende, Hänschen. ¿Estás bien? ¿*Va bene?*

Sujetaba las manos de Hochbichler entre las suyas. Viktor vio todo negro: la sotana negra, la túnica negra, la sombra negra delante de la

puerta. Pero ¿de dónde provenía el rojo? También tenía manchas rojas, veía estrías rojas delante de los ojos, los cerró, se concentró para no caerse, respiró hondo. Oyó su nombre, hablaban de él, volvió a oír su nombre; pero esta vez le llamaban; abrió los ojos de nuevo.

—Éste es mi viejo amigo el padre Ignazio. Fuimos juntos al seminario. Y ahora ven. Anda, ¡sigue!

Detrás del portón de bronce había una escalera que bajaba hasta el sótano, donde había una puerta blindada pintada de verde que el padre Ignazio abrió con un gesto que seguidamente se convirtió en una invitación.

—*Ecco!* ¡Entrad y no abandonéis toda esperanza!

Los finos labios del padre macilento parecían esculpidos en su cara, a modo de sonrisa perpetua, una media sonrisa de sabihondo suficiente y cínica, de cuya imagen Viktor, muchos años después, ya de estudiante, seguiría conservando un recuerdo muy vívido, una sonrisa ejemplar, sobre todo para los simposios.

Viktor veía ahora lo que no había visto nunca. Tenía dieciséis años y jamás volvería a ver nada semejante.

—Cuarenta y ocho kilómetros —dijo el padre Ignazio sonriendo—, estas estanterías tienen una longitud total de cuarenta y ocho kilómetros, o «kilómetros», *¿come si dice?*

—Los códices más antiguos del mundo —dijo Hochbichler.

Millones de códices y manuscritos; los había de lino, encuadernados en cuero, metidos en cubiertas de cartón, muchos sencillamente en carpetas apiladas unas sobre las otras. Viktor pensó que la Historia allí andaba manga por hombro: las estanterías, con sus correspondientes letras y números inscritos en pequeñas placas de metal clavadas en la cara frontal de los estantes, parecían hechas para la eternidad —pero qué frágiles, qué fáciles de destruir todos esos tomos y papeles colocados sobre las baldas, como si fueran a desmenuzarse en el mismo instante en que alguien los sacara.

—Aquí, en estos cuarenta y ocho kilómetros, la historia de la Iglesia y la historia del mundo coinciden, son idénticas. *¡Fratello!* —dijo rodeando con el brazo los hombros de Hochbichler—, aquí están *archiviati*, *¿come si dice?*, todos los pecados del mundo.

—Archivados.

—*Arquivados Bene*. ¿Qué bebiste ayer? —cogió descuidadamente una carpeta de la estantería, la abrió—. *Mezzo litro*, ¡aguardiente! ¡Giovanni! ¡Te abrasarás en el infierno! —sonrió.

El pañuelo grande y blanco.

—¡Oye! Al joven Abravanel, queríamos...

—¡Certo! El joven Abravanel. ¿Impresionante, verdad? —dirigiéndose a Viktor—. Olvídalo. Espera y verás. Todo esto está abierto al público. Cualquiera lo puede ver. En 1881 León XIII liberó para la investigación histórica el acceso a las actas existentes hasta el año 1800. En 1924 Pío XI hizo lo propio con las actas que llegaban hasta el año 1846, y nuestro Pablo VI ha hecho lo mismo con las anteriores a 1878. Pero, ¡pero! —se golpeó repetidas veces la frente con el índice—, nunca está de más guardarse un as en la manga, o más de uno —otra vez aquella sonrisa.

El padre Ignazio siguió andando, cada vez más deprisa, a lo largo de las interminables estanterías, y Hochbichler y Viktor aceleraron el paso tras él, hasta que Ignazio se detuvo delante de una estantería que había en la parte más ancha del sótano. Se dirigió a Viktor:

—Antes de liberar el acceso a una nueva parte del archivo, durante las semanas previas, docenas de sacerdotes andan por aquí de arriba abajo, *¿come si dice?*, de un lado a otro, imagínate, docenas de *patres* y se llevan todo lo que el Papa no quiere que se vea. ¡Lo llevan ahí, ahí dentro!

Tocó por el lado una de las baldas de la estantería ante la cual se hallaban y el estante basculó. Ignazio empujó a Hochbichler y a Viktor para que dieran un paso atrás y dijo:

—*Ecco!*

Descubrieron delante de ellos un pasadizo y una empinada escalera que conducía a un nivel inferior del sótano. Avanzaron entre tropiezos, luego bajaron a tientas y se detuvieron cuando chocaron con la espalda del padre Ignazio. El *pater* accionó la palanca de un anticuado interruptor y brotó la luz.

—Cuarenta kilómetros de estanterías más —dijo, y se agachó hacia Viktor—. La parte de arriba la puede ver cualquiera, basta con ser historiador, y tener un papel, *va bene*. Pero esto de aquí, esto, tú no haberlo visto en tu vida. *L'archivio segreto*. Cuarenta kilómetros de estanterías. León XIII y Pío XI hicieron desaparecer aquí millones de documen-

tos. Iglesia funcionar así: veinte contraseñas y una orden y desaparecen millones de actas. En pocas semanas. Cuarenta kilómetros de estantes llenos de historia, y es secreto. ¡Abravanel, A-, Ab-, Abra-, ¡Abracadabra! ¡*Eccolo qua!*—esa sonrisa.

—¿Y? ¡Cuenta de una vez! ¿Es verdad? Entonces: ¿qué viste allá abajo, en ese sótano secreto, qué te enseñaron? ¡Dilo ya!

—Toda la historia de la familia Abravanel. Allá abajo había varias mesas de lectura o de trabajo, de madera, con una especie de dispositivo que tenía una placa de cristal. Los documentos se ponían encima de la mesa de madera. El *pater* accionaba una manivela que había en un lado de la mesa y la placa de cristal bajaba mediante un sistema hidráulico hasta colocarse encima del código. De este modo siempre tenías a tu disposición el documento original encima de la mesa, pero sin estropearlo, porque el cristal lo protegía.

—Sí, fantástico, pero ¿qué te enseñaron?

—Ya te lo he dicho. La historia de la familia. Generaciones de Abravanel.

—¿Y?

—¿Y? La historia era un infierno. Vi sumarios y expedientes de las denuncias y actas de las torturas. Destrozaban a las personas y recomponían sus almas. Una producción de almas casi a escala industrial. Quiero acostarme contigo. ¡Hoy, sin falta!

—¡Viktor, no seas tan estúpido!

—Perdona. No quería decir eso, no hoy, sin falta... sino ¡hoy, al fin!

—¿Y? Venga, dilo ya. Tiene que haber algo más, el intrínquis del asunto. ¿Qué más había en ese sótano?

—No hay ningún intrínquis. De lo contrario, la historia se habría acabado hace mucho. No, nada. ¡El infierno... y la expulsión del infierno! Y un pequeño secreto por añadidura.

—¿Qué secreto? ¡Dilo ya!

—A lo mejor te lo cuento luego. ¡Contigo más vale que me guarde por lo menos un as en la manga!

En el viaje de vuelta, Hochbichler bebió una medicina. Llevaba un pequeño frasco de cristal marrón oscuro en el bolsillo lateral, que conte-

nía algún elixir de hierbas para aliviar el dolor de estómago. No paraba de sacar el frasquito, echaba un trago, se sacudía y volvía a ensimismarse con la cara empapada y roja como un tomate. Tras la noche en Judenburg, cuando reanudamos el viaje, ya no guardó el frasco en el bolsillo de la chaqueta. Lo mantuvo sobre la tripa, entre sus manos y el rosario. Parecía que lo llevara con las manos atadas a su vientre hinchado. No despegaba los labios. Ahora, a quien le habría gustado hablar con él era a Viktor. Hochbichler falleció cinco meses después de este viaje. En su funeral, en la iglesia de San Roque, Viktor se sentó en primera fila, aunque su tutor, el profesor Spazierer, les había dicho que, para él y para Feldstein, la asistencia no era obligatoria. Pero Viktor se empeñó en que quería ir para decepcionar a Hochbichler, para decirle:

—¡Lo siento, no tengo respuesta a su pregunta!

—Me acuerdo muy bien de esa misa. Fue interminable, y de un patetismo insoportable. Y tú fuiste voluntariamente, aunque una cosa está clara: ¡la lucha por tu alma Hochbichler no la ganó, menudo pedazo de ateo estás tú hecho!

—No estoy hecho ningún pedazo de ateo. Ni siquiera soy ateo. Pero de algún modo sí que ganó la lucha. Porque, porque le imprimió una dirección a mi historia.

—¿Qué quieres decir con eso?

—A resultas de aquello aprendí español, estudié historia y fijate, sólo con su pregunta de si en mi casa se hablaba de la época nazi, ya me indujo a seguir indagando, siempre.

—Dime, ¿cómo es que fuiste a parar a un internado, por cierto? Tus padres vivían los dos en Viena, ¿por qué te metieron interno?

—Los perdí, a ambos, por culpa del divorcio. Mi madre tuvo que volver a ponerse a trabajar, todo el día, y las clases se acababan a mediodía, así que no habría habido nadie en casa. Con lo que me enviaron a un centro de enseñanza cerrado para que tuviera lo que no hubiera tenido en casa: alguien que me diera de comer, que vigilara mis estudios, una disciplina férrea, violencia...

El carruaje en el que se alejaba Mané de Começos ni era tan bonito, confortable y manejable ni tenía una suspensión tan buena como aquel

con cuya llegada empezó la fatalidad en Começos. Ni siquiera tenía cortinas, con lo que el sol, cegador, abrasador, penetraba a cada rato a través de las ventanas, provocando dolor en los ojos y en la piel quemada de la cara que ya tenía cubierta de polvo y de sudor. Si el sol desaparecía detrás de las copas de los árboles entre los que iba dando tumbos el carruaje, la acompasada alternancia de rayos de luz y de sombras intermitentes parecía acentuar las sacudidas y los golpes en las asentaderas, la espalda y el estómago a merced de los cuales viajaban el niño y el hombre sentados en esta cabina rodante. Mané miraba hacia fuera, hacia el paisaje que traqueteaba a su paso, y estaba mareado. Começos y cualquier cosa relacionada con Começos desaparecieron sin que Mané intuyera ni remotamente lo literal y definitivo de esta desaparición.

Era manifiesto que el hombre que había ido a recoger a Mané y que ahora se sentaba enfrente de él lo estaba pasando mal. Tenía la cara tan hinchada y amoratada que daba la impresión de que iba a estallar. Esporádicamente, el hombre levantaba la mirada, sacaba un pañuelo con el que se enjugaba el sudor, ponía los ojos en blanco, gemía, cerraba los ojos y volvía a dejar caer la cabeza hacia atrás. Pero no para quedarse amodorrado, sino para ensimismarse en una única actividad: la de apretar los dientes. Tal vez también rezara. ¡Ojalá acabe pronto el viaje! Aunque, por otro lado: ese hombre tenía que estar al tanto de la duración del viaje, a diferencia del propio Mané, al que esa incertidumbre era lo que lo ponía enfermo. ¿Qué sentido tenía luchar contra las náuseas cada vez que tragaba aire si el viaje aún iba a durar días? Por otro lado: si llegaran pronto donde fuera...

Mané observaba a ese hombre, intentaba imaginar quién era, qué hacía, cómo vivía. Y siempre los mismos destellos de luz y el viento azotándole en la cara sudada, cubierta de polvo, que notaba rasposa cada vez que se la limpiaba con el dorso de la mano. Pero Mané tenía demasiada poca imaginación. Solo veía lo que veía. Ese hombre tenía más o menos la edad de su padre. Y un aspecto desastrado. Vestía una camisa y un pantalón de tela tosca, tiesos de lo sucios que estaban. Pero el cinturón y las botas eran de cuero fino. Y llevaba un anillo con un sello. El hombre siempre olvidaba que el anillo llevaba un sello: cada vez que se pasaba el dorso de la mano por la cara mojada, le quedaba la marca durante un rato de una señal roja y oscura sobre la piel enrojecida, allí donde el anillo le había arañado.

Al hombre le gustaba comer y beber en abundancia. Era manifiesto. ¿Pero cuál era el origen de su fortuna? Y si tanto dinero tenía, ¿por qué iba tan desastrado al mismo tiempo? Por mucho que Mané lo observara, no consiguió imaginarse nada, sólo fue capaz de registrar lo que veía. Sólo se le ocurrió un pensamiento, que le sorprendió: muchas veces le habían preguntado qué quería ser cuando fuera mayor. Ahora trataba de imaginarse cómo y qué habría respondido este hombre, preguntado de niño —no, no le cabía en la cabeza que hubiera respondido: ¡Cuando sea mayor, quiero llevar a niños lejos de sus casas!

Mané apretó los labios e intentó, sentándose, amortiguar de algún modo los golpes del carruaje para que su estómago se sacudiera lo menos posible. Bien acolchado ya lo estaba. Aunque eso iba a cambiar, pues sin entender nada, sin averiguar nada que pudiera almacenar, iba a ir adelgazando, hasta quedarse literalmente vacío.

El hombre abrió los ojos, se agachó entre gemidos y miró por la ventana. Había refrescado, el sol estaba más bajo y anchas bandas de luz oblicua en vez de rayos cegadores iluminaban el paisaje desde el horizonte.

—Ésta es la luz que más me gusta —dijo inesperadamente, pero con toda naturalidad, como si se hubiera pasado el viaje conversando con el joven—, ¡esos rayos de luz como en las pinturas de la iglesia!

Mané apretó los labios, después cometió un error, dijo: «¡Sí, *senhor!*!». Entonces vomitó un torrente que había estado reteniendo, reprimiendo, conteniendo valerosamente dentro de sí durante todas esas horas. Arrojó de una forma tan violenta que con el espasmo el cuerpo se le dobló hacia delante y cuando llegó la segunda arcada lo dejó todo perdido.

El hombre gritó, clamó a Dios y al diablo, llamó a gritos al cochero, sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡Pare! ¿No lo oye? ¡Pare ahora mismo!

Cuando el carruaje se detuvo, el hombre sacó al chico a empujones, estiró el brazo hacia el asiento del cochero e hizo con la mano un gesto impaciente que significaba «¡dame!»; sacudió a Mané, golpeándolo en el pecho, mientras, con los dedos de la mano, seguía indicando por señas al cochero que le alcanzara algo.

—¿*Senhor?* ¿Qué...?

—¡Maldito seas! ¡Dame el látigo de una vez! ¡El látigo! ¿Me oyes?  
Cogió al punto el látigo en la mano y con un zumbido lo abatió sobre el niño.

—¡Granuja judío, te voy a enseñar a... —un nuevo latigazo cayó sobre Mané— ensuciar a un cristiano, cerdo!

Otro latigazo.

—¡Cerdo judío!

Los caballos, al oír el chasquido del látigo, se encabritaron y arrancaron, y el cochero se las vio y se las deseó para dominarlos.

—¡So, traaaanquiiiiilos!

Pero el hombre no se tranquilizaba.

—¡Mira la que has armado!

Y otro latigazo, y entonces pasó algo extraño: Mané habría podido salir corriendo, era imposible que el hombre, rollizo y sin resuello, le alcanzara, ¡salir corriendo! Pero ¿adónde? Mané no tenía ni idea. Sólo se le ocurría una cosa: si lo resistía, si no salía corriendo, si aguantaba los golpes con la cabeza gacha, antes se aplacaría ese hombre y su furia se desvanecería. Y el hombre, viendo la sumisión con la que recibía el niño los latigazos, le propinó, ya sin convicción, un último golpe y dejó caer el látigo:

—¡Así que ésas tenemos! ¡Quieres enseñarme lo que es ser cristiano! ¡Me ofreces la otra mejilla! ¡Cerdo!

Dejó caer el látigo y dijo:

—¡Ven aquí!

Se pasó la mano por la cara que tenía sudorosa y sucia de vómito mientras Mané obedecía. Estaba tan alterado que con el sello del anillo se arañó en la mejilla, y la sangre empezó a manar de la herida. Increíblemente, el hombre se palpó la mejilla y emitió un quejido. Con la mano plana, estampó el sello en la cara de Mané. Cual reflejo de ese hombre en un espejo, la mejilla de Mané también se abrió, un poco por debajo del pómulo, que aún le dolía más que el rasguño mismo, y la sangre empezó a brotar y a mezclarse con la sangre de la mano del hombre, que ahora sonreía y se enjugaba la mano en la herida del chico. Hermandad de sangre en la locura. Escrito en la cara lo llevaban.

El hombre no volvió a subirse al carruaje, y el último trecho, que cubrieron muy deprisa, viajó delante, sentado en el pescante con el coche-

ro. Hasta que llegaron a una posada, donde Mané tuvo que limpiar el carruaje. Después, con las manos atadas al cabestro de un caballo, lo arrojaron a un cercado, donde en algún momento acabaría durmiéndose, tratando de escuchar las canciones de los borrachos que le llegaban desde la taberna. Sin entender lo que le había pasado ni tener la menor idea de lo que le iba a ocurrir, sencillamente así: entregado.

¿Por qué aceptaba ese niño sin protestar todo lo que le estaba pasando? ¿Por qué soñaba Mané, cuando soñaba, con ser uno de los que le martirizaban y no con rebelarse y luchar, o por lo menos huir? ¿Por qué soñaba Mané que era ese hombre que le había castigado con el látigo, que le había golpeado hasta hacerle sangrar? Ese hombre conocía las respuestas. Sabía a donde les conducía ese viaje. Sabía cuánto iba a durar. Y sin duda sabía también por qué tenía que suceder todo eso. Era una parte necesaria del mundo, tal como era. En el que una cosa iba ligada a la otra. No había otro mundo —y por eso al parecer se castigaba: por no saber ni entender nada, por no ser una parte necesaria del todo—. El niño no lo sabía, pero creía en un orden. Que existía un orden. En la paja sobre la que yacía Mané, muy cerca de sus ojos, había una araña. Se quedó mirando al bicho que, petrificado, parecía esperar a ver si se movía o hacía algo. Era un bicho repulsivo. Mané podría haberlo matado sin compasión, o haberlo torturado, arrancándole las patas una a una, hasta que sólo le quedaran dos, a medida humana, y luego contemplar fríamente cómo ese bicho, marcado por la fealdad intentaría mover, sólo con dos patas, su cuerpo peludo condenado a una muerte lenta. A Mané se le ocurrió pensar que poseer el poder de infligir el látigo a otros no era reprochable, pero que era más caballeroso y noble poseer ese poder y no ejercerlo. Si él fuera ese hombre... —Mané decidió no martirizar a la araña, prescindiendo por completo de que tenía las manos atadas.

Mané se despertó porque notó unos golpes en la espalda. Había un hombre, delante de él, que no paraba de patearle la espalda con la punta del pie.

—¡Despierta, chico! ¡Venga! ¡Despierta!

El hombre parecía encontrarlo muy divertido; sus órdenes se convirtieron en carcajadas y después en tos. Escupió y volvió a decir:

—¡Venga! ¡Despierta! Despertad, conejos, ¿no oís las trompas de los cazadores?

Otra vez las risas, las toses y los esputos. Mané levantó la mirada y volvió a cerrar los ojos al instante —eso sólo podía ser un sueño, no, un sueño no, nada, una equivocación—. Se había encontrado a gusto en el calor de la paja, cobijado en un profundo olvido, quería volver a ese calor, a esa profundidad en la que estaba sepultado, noble y libre. Pero estaban esa voz, esos golpes contra su cuerpo, esa risa ronca y esa tos estentórea. Volvió a levantar la mirada, mientras se giraba para poder ver mejor lo que había encima de él, pero sobre todo para protegerse la espalda y... ¡lo que vio! Vio una cara, en el supuesto de que eso fuera una cara, hirsuta, rodeada de pelos y de cañones de la barba; pero no era eso lo más horrible: la cara sólo tenía un ojo, la otra cuenca estaba vacía, era un agujero profundo, una cicatriz. Un ojo parecía rodar, brincar y saltar y, al lado, esa pequeña cavidad muerta. Debido a lo cual, también la boca parecía una cicatriz purulenta que se abría ininterrumpidamente y supuraba saliva y esputo de su tos. Vaya forma más fantasmagórica de manifestar su regocijo ante el espanto de Mané.

—Sí, ya puedes mirarme, te tengo echado un ojo. ¡El otro se lo eché a otras criaturas como tú!

Mané, olvidando sus ataduras, se incorporó de un salto y volvió a caer. El tuerto le puso un pie sobre el pecho. Se reía y tosía tanto que apenas se sostenía, pero le liberó de sus ligaduras.

—¡Corre a la taberna, animal, es la hora del pienso!

El tuerto propinó otro puntapié a Mané.

—¡Venga, a qué esperas! —le espetó, y echó a correr delante de él a través de la plazuela polvorienta desde las cuerdas a la taberna, donde le esperó—. ¡Alto ahí, un momento! ¡No se puede entrar así de sucio en una taberna cristiana! ¡Lo que quiere decir que antes tienes que lavarte!

Cogió un cubo de agua que había y lo volcó sobre Mané. En parte por el diluvio y en parte por el susto, el chico retrocedió unos pasos tambaleándose, cayó al suelo y, cuando acto seguido se levantó, no sólo estaba empapado, sino sucio de arriba abajo. ¡Menudo ataque de risa que le dio a ese hombre! Tan fuerte que parecía que fuera a morir ahí mismo de la tos.

—¡Ooohhh! —dijo tristemente, una vez su risa se hubo apaciguado—. ¡Estás empapado! ¡Qué pena! ¡Está claro que así tampoco puedes entrar en un lar cristiano de bien que, alabado sea el Señor, resplandece por su limpieza!

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón, sacó un mendrugo de pan que tiró a Mané y dijo:

—¡Cómetelo ahí fuera y espera!

La puerta se abrió fugazmente y se volvió a cerrar. Mané se quedó fuera, de pie, frotó con los dedos el mendrugo de pan, lo limpió de porquería y le pegó un mordisco.

El pan tenía buen sabor. Sabía tan bien...

Otro día de viaje. Esta vez, Mané tuvo que viajar tumbado en el suelo del carruaje, mientras que el hombre que le acompañaba colocaba sus piernas por encima de él, sobre el asiento de enfrente.

—¡Por si se te ocurre volver a vomitar otra vez! ¡Así solo ensuciarás el suelo y te puedo usar como bayeta!

El hombre estaba manifiestamente de buen humor. Le habían lavado la sotana durante la noche y la habían puesto a secar delante del fuego; él mismo había cenado y bebido abundantemente, y ahora, chasqueando, hurgaba con la lengua entre los dientes en busca de restos de comida, mientras fantaseaba con embutidos, de la Alheira para más señas, y aquí tenían una alheira que estaba en su punto, como tenía que estar, que no desmerecía comparada con las de algunas casas distinguidas de Évora, o incluso de Lisboa.

Mané pensó en las chimeneas. En la chimenea de su casa, donde su madre colgaba las alheiras hasta que estaban bien ahumadas, en las chimeneas de las casas que sus padres solían frecuentar; en todas colgaban alheiras, las veía ante sí, bien claras y grandes, las tripas rellenas envueltas en humo, cada vez más negras, le parecía olerlas todavía, mientras la cara de su madre, las caras de todos sus familiares y de toda aquella gente de las casas permanecían turbias, borrosas, como si se desvanecieran en el humo.

—En casa también teníamos siempre alheiras en...

—¿Qué has dicho?

—¡En la chimenea de casa también teníamos siempre alheiras!

Mané sintió un puntapié en la espalda.

—¿Y a ti quién te ha preguntado? —dijo el hombre.

Y luego, tras acomodarse, una vez hubo apoyado los pies en alto, añadió:

—Esta noche te entregaré, yo cobraré mi recompensa y si te he visto no me acuerdo. ¡Hasta entonces no quiero oír ni una palabra más!

Así que era el último día de viaje. Lo cierto es que pese a lo humillante de su postura, a Mané, tumbado en el suelo del carruaje, entre las piernas del hombre, el viaje se le hizo más llevadero. Echado no padecía tanto con el traqueteo del carruaje ni con los rayos del sol abrasador, incluso consiguió dormir a ratos, o al menos dormir. Sólo le dolía la herida de la mejilla, que le escocía cada vez más, y Mané se asustó pensando que al hombre podía pasarle igual con su herida. Probablemente se enfadaría otra vez si aumentaba su dolor y empezaría a darle patadas, querría castigarle. Mané, echado en el suelo del carruaje, entre las piernas del hombre, intentó contener su dolor.

Cuando Mané salió a gatas del carruaje y se incorporó, se encontró delante de un gran edificio tras el cual el sol ya se había ocultado, mientras que las zonas libres adyacentes seguían bañadas por la luz crepuscular.

Un hombre que vestía sotana negra introdujo a Mané en este oscuro edificio que se tragaba la luz. Tras traspasar unas largas arcadas, alcanzaron el patio interior. Una vez allí, recorrieron pasillos interminables, subieron escaleras y cruzaron innumerables puertas, hasta que al fin llegaron a una sala donde esperaba un hombre plantado delante de una ventana, de espaldas a los visitantes. Parecía como si ese hombre, que también llevaba sotana, aún quisiera detener fugazmente con su cuerpo voluminoso y negro los últimos rayos de luz que penetraban por la ventana.

El hombre se giró despacio, asintió con la cabeza, se sentó delante de un escritorio, observó con mirada severa a Mané —¿por qué severa?— y dijo:

—Nombre.

El hombre formuló la pregunta en latín con acento portugués, aunque para Mané el resultado fue el mismo. No fue eso lo que le desazonó momentáneamente y le asustó, sino que la pregunta parecía situarle ante una disyuntiva que difícilmente podía resolver.

El niño tenía muchos nombres.

El hombre esperó, miró a Mané, la oscuridad entretanto se había adueñado de la habitación, las negras sotas de los hombres habían vencido.

¿Cabía que el niño no le entendiera debido a su educación judía clandestina?

—¿Habéis vivido, tu familia y tú, según la ley de Moisés? —preguntó entonces el hombre en portugués.

El niño no sabía qué significaba eso de «Moisés», pero entendió lo de «ley», y eso lo entendió a la perfección: que es más sensato vivir de acuerdo con la ley, someterse a su orden y a sus reglas... ¿Acaso no lo habían intentado?

Mané asintió.

El hombre le miró. Mejor así.

—¿Hah Schimchah? —preguntó.

Mané tampoco contestó. No entendía. Finalmente, el hombre que lo había introducido en la sala dijo:

—¡Su nombre es Manoel Dias Soeiro, padre!

—Un nombre digno y hermoso. ¿Hay que borrarlo?

—¡Todavía no se ha dictado sentencia, padre!

—Entonces no nos precipitaremos. Así pues: discípulo Manoel. Enseñad por favor al discípulo todo lo necesario para que encuentre su lugar entre nosotros y se adapte a una vida que pronto concebirá como afortunada. ¿Alguna pregunta?

—¿Y padre...? —Mané quería preguntar por su padre, por su madre, por su hermana, por su paradero, y saber cuándo volvería a verlos y cómo podía ponerse en contacto con ellos, pero ya después de la palabra «padre» estaba tan agotado que no prosiguió. El hombre que se sentaba detrás del escritorio no lo entendió como pregunta, sino sólo como tratamiento —¡qué rápido aprende el chico!— y dijo amablemente:

—¡Todo irá bien, hijo mío!

Así ingresó Mané en el colegio de los jesuitas.

Parecía todo tan lógico, mera consecuencia de la contundencia de las circunstancias: padres divorciados, que trabajaban ambos, pues al internado con el niño. Sin embargo, Viktor nunca podría entender esta lógica, nunca podría aceptarla, es más, ni esta noche, veinticinco años después de haber acabado el bachillerato, un cuarto de siglo después de la «liberación» de aquel centro cerrado, iba a resultarle fácil lidiar con la sensación de rabia y de autocompasión que se apoderó de él de inmediato en cuanto Hildegund tocó el tema. Y todo el alcohol que había bebido, para colmo, no facilitaba las cosas. Los hay que con el alcohol se

ponen agresivos, a otros les da la llorera. Viktor pertenecía más bien al segundo grupo. Había una única circunstancia en la que podía sintetizar ambas reacciones clásicas ante el alcohol: cuando le hablaban del internado o se lo hacían recordar. Podía llegar a cotas de autoflagelación que superaban con creces la brutalidad de las prácticas más salvajes del Opus Dei, y su violenta denuncia de los crímenes cometidos contra su persona amenazaba con alcanzar un grado de intransigencia muy superior a la crítica de Austria de los escritores austríacos. Viktor se quitó las gafas y se frotó los ojos. No era eso lo que quería ahora, tenía que andarse con ojo. En realidad, estaba pasando una maravillosa y extraordinaria velada que, después del estrés anímico del principio, ahora era ya sólo divertida y que contaba con todos los ingredientes para seguirlo siendo. Hildegund estaba negociando con el jefe del comedor, le estaba pidiendo que retrasara un poco el postre y que le trajera la carta de vinos; ahora quería pasarse al vino tinto.

—¿Qué te parece?

—*¡D'accord!*

Lo que Viktor no entendía a estas alturas —en su momento esta consideración no podía haber influido para nada en sus pensamientos— era cómo a su padre, que había vivido separado y alejado de sus propios padres, le podía parecer tan normal enviar a su propio hijo a un internado. ¿Y su madre, la gallina clueca? Cuando él tenía dieciocho años, a su madre le habría encantado llevarlo cogido de la mano a la universidad, para que no le pasara nada, pero del niño de ocho años se despidió con un beso fugaz delante del portalón de un edificio que parecía un cuartel... Y en un abrir y cerrar de ojos desapareció la hermosa mujer de la que estaba tan orgulloso, la madre, que no estaba cuando la había necesitado. Y su mundo color pastel se ensombreció. Veía de vez en cuando en la oscuridad el brillo de su boca hecha para besar, el brillo de sus medias finas, cuando se la quedó mirando mientras ella se alejaba; no iba a volver a verle más hasta las vacaciones siguientes. Más tarde, después del internado —cuando tenía tantas ganas de tener algún animal cautivo, un pez en una pecera, un pájaro en su jaula, un gato en el piso—, entonces sí, saltó a la primera:

—¡Eso tú, a ti mismo, no te lo harías! —dijo recalcando cada palabra—. ¡Eso tú, a ti mismo, no te lo harías!

Hildegund estudiaba la carta de vinos.

—¿Qué hago, pido el más caro o el mejor de los que yo conozco?

—¡Propón alguno tú!

—Hummm, déjame ver...

En una ocasión preguntó a su padre por los acontecimientos del año treinta y ocho, por el transporte de niños, pero el padre se mostró incapaz de hablar de ello. Un frío mutismo fue su única respuesta. ¿Pero qué sentiste entonces? ¿Cómo te fue allí, qué pensabas, qué sentías? ¿Tenías miedo? ¿O rabia? ¿Cómo viviste la separación de tus padres?

Una larga conversación que nunca llegó a ser tal. En el fondo, todo lo que salió a la superficie, más que una herida cicatrizada, fue una herida petrificada. Y entonces su padre:

—¿Qué es lo que quieres saber de mí, en realidad?

—Quiero saber cómo te fue, tus sentimientos y...

—¿Sentimientos?

—¿Qué te parece un «Red»... de las bodegas Heinrich? —preguntó Hildegund.

—¡Vale, que lo traigan!

Ojo, nada de ponerse melancólico ahora. Viktor volvió a cerrar los ojos y oyó al maître que decía al camarero:

—¡Súbeme una de tinto Heinrich de la bodega!

No, nada había sido lógico, los padres habían sido baqueteados por la historia, pero ese niño sólo lo había sido por sus padres. Unos seres que, liberados, enseguida tenían tendencia a sentirse nuevamente presionados. ¿Por qué no? Eran jóvenes y tenían todo el derecho a ser felices. Y los abuelos eran viejos.

—Somos viejos —dijeron cuando empezaron a notar que recoger todos los días al niño del colegio y entretenerlo hasta poder entregárselo a su madre, a las seis de la tarde en el Espresso, era demasiado para ellos.

Una mañana, el abuelo se encontró mal, cuando ni siquiera había tomado cuatro cafés —¿problemas circulatorios o el mismo corazón?—. Se puso nervioso, interrumpió su itinerario cafetero y corrió al médico. A un hombre como él, tan orgulloso de sus «buenas piernas» a pesar de su edad, ni se le pasó por la cabeza, en circunstancia semejante, que podía coger un taxi. Llegó a la consulta de su médico empapado de sudor